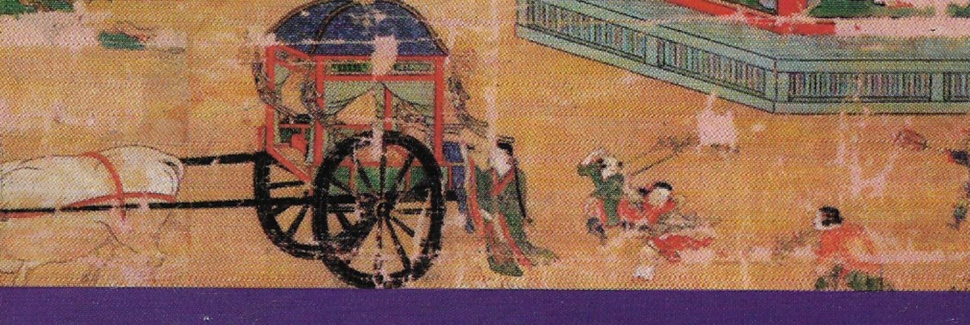


Lobsang
Rampa

Después del tiempo

Troquel

DESPUÉS DEL TIEMPO

LOBSANG RAMPA

DESPUÉS DEL TIEMPO

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título original en inglés: *Three Lives*
Traducción: Rosa Albert

Pichincha 969, Capital Federal (1219)
Buenos Aires, Argentina.

Diseño de tapa: Manuel Ressia

ISBN 950-16-0517-5

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Printed in Argentina
Impreso en Argentina

Dedicado al
señor Armando Silvio Ressia,
quien ha despertado en mí
un gran respeto y afecto.

OBRAS DEL AUTOR

- EL TERCER OJO
- EL MEDICO DE TIBET
- EL CORDON DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURIA DE LOS ANCIANOS
- EL CAMINO DE LA VIDA
- MAS ALLA DEL DECIMO
- AVIVANDO LA LLAMA
- EL ERMITAÑO
- LA DECIMOTERCERA CANDELA
- UNA LUZ EN LA OSCURIDAD
- CREPUSCULO
- TAL COMO FUE
- YO CREO
- DESPUES DEL TIEMPO
- EL SABIO TIBETANO

PALABRAS PREVIAS

Este libro NO se presenta a usted como ficción por una razón muy especial: ¡NO es ficción!

Por supuesto, podemos convenir fácilmente en que algunas de las expresiones sobre la vida de este mundo son "licencias literarias", pero debe usted aceptar mi afirmación de que TODO lo que se dice sobre la vida en "el otro lado" es definitivamente verdadero.

Algunos nacen dotados de un gran talento musical; otros, de un gran talento artístico y pueden pintar y cautivar al mundo. Cierta gente tiene el preciado don de su propio y duro trabajo y una insistente devoción para el estudio.

Yo tengo poco en cuanto a los bienes materiales en este mundo —no tengo coche, ni televisor, ni esto ni aquello—, y durante las veinticuatro horas del día estoy postrado en cama porque, entre otras cosas, soy parapléjico: no puedo utilizar las piernas, lo cual me ha dado la gran oportunidad de desarrollar talentos o capacidades que me fueron concedidos al nacer.

Puedo hacer todo lo que escribo en cualquiera de mis libros. . . ¡excepto caminar! Tengo la facultad de hacer viajes astrales y, debido a mis estudios y, según supongo, a la peculiar inclinación de mi carácter, soy capaz de viajar al astral, a otros planos de existencia.

Los personajes de este libro son seres que han vivido y muerto en este mundo y, en razón de previsiones especiales, me ha sido dado seguir sus "Vuelos hacia lo Desconocido". Insisto, todo lo expuesto en este libro sobre la Otra Vida es absolutamente cierto, por lo cual no clasificaré el libro como ficción.

Lobsang Rampa

CAPITULO I

"¿Quién es ese cascajo? " Leonides Manuel Molygruber se enderezó lentamente y miró al que había hecho la pregunta. "¿Eh? " —dijo. "Le pregunto que quién es ese cascajo."

Molygruber miró la calle donde un hombre en una silla de ruedas impulsada eléctricamente acababa de dar vuelta, ingresando en un edificio. " ¡Oh, él! —masculló Molygruber, expectorando con gran habilidad sobre el zapato de un individuo que pasaba—, es un tipo que vive por aquí; escribe libros o algo por el estilo, una cantidad de chismes sobre fantasmas y otras cosas raras, y cuentos sobre gente que está viva cuando está muerta." Dio un resoplido con gran suficiencia y continuó: "Todo porquería, ni un poquito de sentido en esa basura. Cuando usted está muerto, está muerto, es lo que yo siempre digo. Se salen con la suya, llegan curas que le dicen que tiene que rezar una o dos oraciones, y entonces, si usted repite bien las palabras exactas, se salvará e irá al cielo, y si no, irá al infierno. También tiene al Ejército de Salvación que pasa haciendo un escándalo infernal los viernes por la noche, y luego los tipos como yo tenemos que venir con nuestras carretillas y barrer una vez que se van. Ahí se quedan dando alaridos y golpeando sus tamborines —o como diablos se llamen esas cosas— metiéndoselas por las narices a los que pasan, chillando que quieren dinero para Dios". Lo miró nuevamente con cierta atención y se sonó la nariz sobre la acera. Entonces, volvió hacia su

interlocutor y dijo: "¿Dios? Nunca hizo nada por mí, jamás. Yo conseguí mi propio pedazo de acera que tengo que mantener limpia, y la barro. . . la barro. . . la barro, y tomo dos tablas y levanto los montones y los pongo en mi carretilla; y cada tanto viene un coche —nosotros los llamamos coches, pero en realidad son camiones— y toma mi carretilla y la levanta con toda la basura dentro y se lleva la basura y tengo que empezar todo de nuevo. Es un trabajo que no se termina nunca, día tras día, sin parar. Usted nunca sabe qué inspector vendrá en su flamante Cadillac, y si uno no está doblado sobre sus escobas todo el tiempo. . . bueno, supongo que va y se lo dice a alquien en la Municipalidad y que ese alguien hace un escándalo a mi jefe, y mi jefe viene y me hace un lío a mí. El me dice que no importa si yo no trabajo, el que paga impuestos jamás lo sabrá, pero que haga como que trabajo, y usted tiene que doblar la espalda para eso". Molygruber lo miró atentamente un poco más e hizo la tentativa de empujar su escoba; luego descargó su nariz con un sonido horrendo sobre su manga derecha y continuó: "Usted se estará preguntando en este momento, don, si alguien dice lo que le está diciendo este barrendero, pero lo que yo afirmo es esto: ningún Dios bajó alguna vez hasta aquí y estuvo barriendo por mí; siempre tuve que romperme los lomos durante todo el día, empujando la porquería que la gente tira. Usted nunca creerá lo que junto en mi sector, hasta pantalones y otras cosas que van con los pantalones, de todo; usted no creerá jamás lo que encuentro en las esquinas de estas calles. Pero, como estaba diciendo, ningún Dios vino para ayudarme a empujar mis escobas, ni a levantar la basura de las veredas por mí. Soy yo, pobre diablo honrado que no puede conseguir un trabajo mejor, el que lo hace".

El hombre que había formulado la pregunta miró de soslayo a Molygruber y dijo: "Un poco pesimista ¿verdad? Me juego a que usted es ateo".

"¿Ateo? —replicó Molygruber—. No, no soy ateo; mi madre era española, mi padre era ruso y yo nací en

Toronto. No sé lo que eso significa para mí, pero no soy ateo; de cualquier manera, no sé qué lugar es ése."

Su interlocutor riendo explicó: "Un ateo es un hombre que no cree en una religión, que no cree en nada, excepto en el presente. El está aquí ahora y cuando muere se ha ido. . . ¿dónde? Nadie lo sabe, pero el ateo cree que cuando él muere su cuerpo es exactamente como la basura que usted recoge. Eso es un ateo".

Molygruber rio entre dientes y replicó: "¿Eso es él? ¡Eso soy yo! Ahora he aprendido una nueva cosa; soy ateo, y cuando los muchachos que trabajan conmigo me pregunten qué soy, les diré siempre: no, no soy ruso, no soy español, soy ateo. Y entonces irán riéndose y pensarán que el viejo Molygruber es inteligente, después de todo".

El hombre se levantó y empezó a andar. Qué razón había para perder tiempo con un viejo gusano como ése, pensó. Es extraño cómo todos estos barrenderos —asistentes de calles, como ellos mismos se llaman— son tan ignorantes y, sin embargo, representan realmente una fuente de información sobre toda la gente que vive en el distrito.

Se detuvo repentinamente, golpeándose la frente con su mano abierta: "¡Qué tonto soy! —dijo. Estaba tratando de averiguar algo sobre ese tipo". Volvió sobre sus pasos hasta donde Molygruber estaba todavía de pie en actitud contemplativa, intentando aparentemente emular a la estatua de Venus, salvo que no tenía la forma exacta, el sexo exacto, ni los agregados exactos. Una escoba no es algo interesante, después de todo, para lograr una buena pose. El hombre se le acercó, diciendo: "¡Oiga! Usted que trabaja por aquí, que conoce a la gente que vive aquí ¿qué le parece esto? —y al mismo tiempo le mostraba un billete de cinco dólares—; quiero saber algo acerca de ese tipo, el de la silla de ruedas".

La mano de Molygruber se movió con celeridad hasta el billete de cinco dólares, arrebatándolo de la del preguntón casi antes de que éste se diera cuenta de que se lo había sacado. "¿Conocer sobre ese viejo? —preguntó.

¡Seguro que sé de él! Vive por ahí, baja por esa callejuela y luego dobla hacia la derecha. Allí es donde vive desde hace dos años. No se lo ve mucho. Tiene una enfermedad en las piernas o algo por el estilo, y dicen que no va a vivir mucho más. Escribe libros; lo llaman Rampa y las cosas que dice son sencillamente ridículas: la vida después de la muerte. No es ateo y dicen que hay una cantidad de personas que leen sus libracos. Usted podrá ver cómo los muestran en ese negocio; vende una enormidad. Es curioso cómo hay gente que hace dinero tan fácilmente, nada más que escribiendo unas palabras locas, mientras yo tengo que sudar y echar las tripas manejando esta escoba ¿no? "

El hombre preguntó: "¿Puede decirme exactamente dónde vive? Usted afirma que en esa casa de departamentos, pero dígame, averigüe para mí, ¿DONDE VIVE? Usted me dice el número del departamento donde vive; yo volveré aquí mañana, y si ha conseguido averiguar a qué hora sale, le daré diez dólares".

Molygruber quedó un rato pensativo, se sacó la gorra y empezó a rascarse la cabeza y luego a tirarse de los lóbulos de las orejas. Sus amigos dirían que jamás lo habían visto hacer antes estas cosas; pero Molygruber solamente las hacía cuando estaba pensando y, como sus amigos aseguraban, él nunca pensaba mucho. Pero bien podía tomarse ese trabajo ahora si había diez dólares de por medio por tan poco esfuerzo. Luego escupió y dijo: "Don, usted sabrá mucho de ese viejo; trato hecho. Venga mañana aquí, a esta misma hora, y le diré el número de la casa donde vive y cuándo sale. Tengo un amigo que conoce al guardián de la zona; empacan la basura juntos. La basura sale en aquellas cosas grandes azules ¿ve? Bueno, mi amigo averiguará para mí y, si usted quiere soltar un poco más, yo podría averiguar muchas cosas para usted".

El hombre levantó las cejas y, arrastrando los pies, contestó: "Bien, ¿él tira a la basura cartas o cosas como ésas? "

" ¡Ah, no, no! —dijo Molygruber—, eso ya lo sé; es el

único de esta cuadra que tiene una cosa que hace picadillo sus papeles. Aprendió esa trampa en Irlanda. Alguna vez unos periodistas se apoderaron de ciertos papeles suyos y él es un tipo, según dice, que no hace dos veces la misma tontería. Compró una cosa que le hace pedazos las cartas como si fueran papel picado o serpentinas. Yo mismo lo he visto en las bolsas de basura. No puedo juntar eso para usted porque allí son muy cuidadosos y no dejan nada que dé lugar a sospechas. . ."

"Muy bien, entonces —dijo el preguntón—, pasaré por aquí mañana a esta misma hora y, como se lo he prometido, le daré diez dólares a cambio del número del departamento y aproximadamente a qué hora lo puedo atajar cuando salga. ¡Adiós! " Y con esto el curioso levantó a medias la mano en un saludo y siguió su camino. Molygruber se quedó quieto, tan quieto que podría haberse pensado que era, en realidad, una estatua; pensando, tratando de resolver el problema sobre cuántas botellas de vino podría comprar con diez dólares. Luego, lentamente y arrastrando los pies mientras empujaba su vieja carretilla, simulaba con un pretendido barrido levantar la basura a medida que avanzaba.

Exactamente entonces un hombre, en ropas negras clericales, dio vuelta apresuradamente la esquina, y cayó casi sobre la vieja carretilla de Molygruber, quien exclamó enojado: "¡Fíjese por dónde camina! Casi vuelca toda la basura. Me he pasado toda la mañana cargando esta carretilla". El párroco se sacudió algunas motas de su saco y miró al viejo Molygruber. "Ah, buen hombre —dijo—, usted es la persona que puede ayudarme. Soy el nuevo párroco de este distrito y quiero continuar haciendo visitaciones. ¿Podría usted informarme acerca de la gente que ha venido a vivir a esta zona? "

El viejo Molygruber puso el índice y el pulgar sobre las ventanas de su nariz, se inclinó hacia adelante, y con un sonoro resoplido descargó sus fosas nasales, errándole a los pies del párroco que quedó muy disgustado.

"¿Visitaciones? —exclamó el viejo basurero—; siempre pensé que eso era lo que el diablo hacía. El nos recuerda

con visitaciones, y luego nos brotamos con granos y furúnculos y todo por el estilo; o acabamos de gastar nuestra última moneda en una botella de vino y alguien nos la quita de las manos. Eso es lo que pensé que eran las visitaciones."

El párroco lo miró de arriba a abajo con verdadero disgusto. "Hijo mío, hijo mío —dijo—, debo suponer que hace mucho tiempo que usted no entra a una iglesia, pues es singularmente irrespetuoso para con los hermanos de hábito."

El viejo Molygruber le devolvió la mirada directamente a los ojos, diciendo: "No, don, yo no soy hijo de Dios. Justamente acababa de decir lo que soy; soy ateo, eso es lo que soy". Y mientras hablaba sonreía de manera poco tranquilizadora. El párroco se desvió unos pasos y luego, mirándolo, replicó: "Pero, mi buen hombre, usted debe tener una religión, usted debe creer en Dios. Venga el domingo a la Iglesia y le dedicaré un sermón especialmente, a usted, uno de mis afortunados hermanos que tiene que barrer basura durante toda su vida".

Molygruber se inclinó complacientemente sobre el extremo de su escoba y contestó: "Ah, no, párroco, nunca me convencerá de que hay un Dios. Fíjese en usted; tiene un montonazo de dinero, yo lo sé, y todo lo que hace es largar unas cuantas palabras sobre algo que no existe. Pruébeme, señor párroco, que hay un Dios. Tráigamelo y deje que choquemos las manos. Ningún Dios jamás ha hecho nada por mí". Se detuvo y empezó a buscar afanosamente en sus bolsillos hasta que encontró un cigarrillo a medio fumar; luego hizo lo propio con un fósforo que encendió sobre la uña del pulgar antes de proseguir: "Mi madre era una de esas tías que lo hacen. . . —usted me entiende— por dinero. Nunca supo quién fue mi padre, probablemente una caterva de tipos fue realmente responsable. Y yo tuve que hacerme camino desde que era un chico que no llegaba a la rodilla de un saltamontes; y nadie jamás hizo algo por mí. Así que usted no venga desde su cómoda casa y su cómodo trabajo y su gran coche a sermonearme sobre Dios. Haga

primero mi trabajo en la calle y veremos lo que su Dios hace por usted".

El viejo Molygruber resopló con rabia y, con un manotón se puso en movimiento con una celeridad no acostumbrada. Tiró la escoba sobre la parte superior de la carretilla, tomó las varas y se fue casi al trote por la calle. El párroco lo vio alejarse con una expresión de total sorpresa pintada en el rostro y, sacudiendo la cabeza, se marchó mientras murmuraba: "¡Válgame Dios, válgame Dios! ¡Qué hombre incrédulo! ¡A dónde hemos llegado! "

Al finalizar el día, Molygruber se reunió con un par de porteros, barrenderos, encargados —llámeselos como se quiera— de algunos de los departamentos de los alrededores. Tenían la costumbre de encontrarse de este modo, intercambiando así sabrosos comentarios de suficiencia. En su estilo, Molygruber era uno de los más conocedores de la cuadra; sabía el movimiento de todos los que entraban en cada uno de los departamentos y de los que salían de ellos. De modo que dijo a uno de sus compañeros: "¿Quién es ese viejo de la silla de ruedas? Escribe ¿no? ". Los encargados se volvieron hacia él, y uno de ellos, largando una estrepitosa carcajada, espetó: "No me digas que te interesas por la lectura, muchacho. Yo creía que estabas por sobre todas esas cosas. De cualquier manera, ese tipo está escribiendo algo sobre lo que llaman 'tanatología'. Yo mismo no sé qué es, pero escuché que es algo así acerca de cómo se vive después que se muere, lo que me pareció bastante ridículo, pero eso es. Sí, él vive en nuestro sector".

Molygruber dio vuelta su cigarrillo en la boca y, paseando su mirada bajo su nariz, dijo: "Buen departamento ha de tener ¿eh? Apuesto a que con las últimas comodidades. Me gustaría ver por dentro alguno de esos departamentos".

El guardián le contestó, sonriendo: "No, te equivocas. Vive muy modestamente. Podrás no creer en todo lo que escribe, no importa, pero te digo que vive tal como dice que hay que vivir; y, por lo que se ve, está bastante mal

y pronto sabrá la verdad de esta tanato. . . no sé cuántos que está escribiendo".

"¿Dónde vive? ¿En qué departamento, quiero decir? "

El guardián le echó una mirada: "Ah, eso es un secreto, una cosa muy secreta. La gente no debe saber el número, pero yo sé dónde vive. Y tú, ¿qué sabes de eso, eh? ".

Molygruber nada contestó, y ambos volvieron a su habitual conversación deshilvanada durante algún tiempo, para luego: "¿Dijiste que es nueve, nueve o algo. . . su departamento? ". Su compañero rio, diciendo: "Sé que estás tratando de embromarme, viejo zorro, pero por tratarse de ti te lo diré. Su número es. . ." Precisamente en ese momento uno de los camiones recolectores de basura entró en la vereda rechinando y golpeteando; la cargadora automática entró en acción, ahogando con su ruido infernal el diálogo de los dos hombres. Pero Molygruber, que era despierto cuando se trataba de dinero, levantó un paquete de cigarrillos vacío y sacando un lápiz, lo alargó a su compañero diciendo: "Aquí tienes, escríbelo. Yo no voy a decir quién me lo dio". Un poco a su pesar, obligadamente, y preguntándose en qué andaría el viejo barrendero, el guardían así lo hizo, devolviendo el papel a Molygruber que le echó una mirada, llevó la mano a su cabeza y deslizó el paquete vacío de cigarrillos en su bolsillo. "Tengo que irme —dijo el guardián—; saca algunos de estos tachos; el próximo es nuestro turno para vaciarlos." Y se volvió, entrando al colector de basura de su edificio. El viejo Molygruber lo siguió.

Pronto el camión basurero dio la vuelta; dos hombres bajaron de él y tomando la carretilla de Molygruber, la levantaron hasta la parte trasera del rodado. "Sube, viejo —dijo uno de los hombres, el conductor, quizá—, te llevaremos al depósito". Molygruber subió sin importarle que aún disponía de quince minutos, y se dirigieron al depósito de distribución.

"Díganme, muchachos —dijo Molygruber—, ¿ustedes conocen en mi distrito al escritor llamado Rampa? "

"Sí —dijo uno de los hombres—, nosotros recogemos una enormidad de basura en su cuadra. Parece ser que gasta muchísimo en remedios: tira un montón de cajas vacías, botellas y envases por el estilo, y ahora veo que ha estado haciéndose una cantidad de inyecciones o algo así por unas agujas que tienen la marca 'Tuberculina'. No sé qué es eso, pero así están marcadas. Tuvimos que evitar que un guardián —uno de relevo— se comunicara con la policía porque nadie quiere estas cosas. Se preguntaban si el infeliz estaría tomando drogas." El recolector de basura se detuvo un rato y armó cuidadosamente un cigarrillo; luego, cuando quedó satisfecho, insistió: "Nunca creí en gente que se comunica con la policía. Recuerdo que hace poco, el año pasado, se hizo todo un lío de una confusión. Un guardián de relevo había encontrado un viejo balón de oxígeno entre la basura y, a pesar de que estaba totalmente vacío, sin siquiera una válvula, fue a la policía y a los hospitales hasta que después de un montón de inconvenientes se encontró que el hecho tenía una explicación perfectamente legal. Después de todo, la gente no tiene balones de oxígeno a menos que esté enferma ¿no? "

Cambiaron una mirada y se dispusieron a trabajar. Había pasado un minuto de la hora; cumplían un lapso extra sin que se lo pagaran. Rápidamente se despojaron de sus overoles y, poniéndose sus chaquetas de todos los días, bajaron de los coches precipitadamente para pasar un tiempo callejeando, dando vueltas las esquinas.

A la mañana siguiente Molygruber fue un poco más tarde a su trabajo. Cuando entraba en el depósito para tomar su carretilla, un hombre le hizo un cordial saludo desde el pescante de un camión que avanzaba. " ¡Eh, Moly! —gritó—, aquí hay algo para ti. Estuviste preguntando tanto sobre el tipo que te traje algo de lo que él escribe. Mete la cabeza en esto". Y así diciendo, le arrojó un libro en rústica cuyo título era "Yo creo".

"Yo creo —murmuró Molygruber—, a mí no me den estas estupideces. Cuando uno está muerto, está muerto. Ninguno volvió para decirme: ' ¡Eh, Molygruber, pórtate

bien en tu vida, viejo, que aquí hay un trono hecho especialmente para ti, lejos de los sucios tachos de basura'." Pero dio vuelta el libro entre las manos, recorrió algunas páginas rápidamente, y luego lo guardó deslizándolo en uno de sus bolsillos interiores. "¿Qué hace ahí, Molygruber? ¿Qué está robando ahora? ", preguntó una voz áspera y, saliendo de una pequeña oficina, apareció un gordo que, extendiendo la mano, ordenó: " ¡Déme! ". Molygruber desabrochó en silencio el botón superior de la chaqueta y extrajo el libro, entregándoselo. " ¡Hum! —dijo el superintendente, o capataz, o lo que fuere— ¿así que ahora se dedica a estas cosas, eh? . Pensé que usted creía solamente en sus botellas de vino y en su paga."

Molygruber sonrió al rechoncho personaje quien, aunque bajo, era todavía más alto que él mismo, y dijo: "Ay, ay, jefe, usted que tiene un montón de estos libros dígame cómo pueden ellos probarle si hay alguna vida después de ésta. Si yo camino y encuentro una cabeza de pescado a la vuelta de una esquina y la levanto, nadie va a decirme que el pescado vivirá de nuevo". Se volvio salivando intencionadamente sobre el piso.

El superintendente dio vueltas una y otra vez el libro entre sus manos, y luego dijo lentamente: "Bueno..., usted sabe, Molygruber, hay una cantidad de cosas sobre la vida y la muerte que nosotros no entendemos del todo. Mi mujer está realmente convencida de lo que dice este tipo; ha leído todos sus libros y jura que lo que él escribe es nada más que la verdad. Ella es algo vidente, ha tenido algunas experiencias, y cuando habla de eso me saca el diablo afuera. En realidad, hace un par de noches me asustó tanto con los fantasmas que asegura que ha encontrado, que me fui a tomar uno o dos tragos y luego otros muchos más y cuando volvía a casa... bueno, tenía miedo hasta de mi propia sombra. Pero siga con su trabajo, muchacho, siga con su ronda, ya está atrasado. Esta vez se lo voy a perdonar porque yo mismo lo he estado demorando, pero muévase. Ponga un pie delante del otro un poco más rápido de lo acostumbrado. ¡Vamos! "

Así, el viejo Molygruber tomó las varas de su carretilla, se aseguró de que estuviese vacía así como de que la escoba fuera la suya, y salió camino a la calle para empezar un nuevo día como recolector de basura.

Era un trabajo cansador, ciertamente. Un puñado de pequeños escolares había pasado dejando tras de sí un desorden de desperdicios en las alcantarillas. El viejo Molygruber, echando maldiciones, se inclinaba para recoger papeles de caramelos, de chocolates y demás basura que deja "un puñado de chicos" que pasa. La pequeña carretilla pronto estuvo llena. Se detuvo un rato, se inclinó sobre el extremo de la escoba, y se quedó observando un edificio en construcción. Luego, cansado, decidió hacer otra cosa. Llevaban un coche chocado a remolque, un reloj empezó a dar las horas y Molygruber, enderezándose, cambió el cigarrillo hacia el otro lado de la boca y se encaminó hacia el refugio del pequeño parque: era la hora del almuerzo. Le gustaba ir allí y comer lejos de la gente que se sentaba sobre la hierba, produciendo más basura y desorden para él.

Tomó calle abajo empujando la carretilla y, al llegar al refugio, sacó una llave del bolsillo y, abriendo la puerta lateral, entró. Con un suspiro de alivio sacó la carretilla del camino y se sentó sobre un montón de cajones que contenían flores que habían sido empacadas para el jardín. Cuando estaba revolviendo en su "vianda de almuerzo" en busca de sus emparedados, una sombra se proyectó desde la puerta. Levantó la vista y se encontró con el hombre que había esperado ver. La idea del dinero lo atraía enormemente.

El hombre penetró en el refugio y se sentó, diciendo: "Bueno, he venido por la información que usted iba a conseguirme". A medida que hablaba, sacaba su billetera y jugaba nerviosamente con los billetes. El viejo Molygruber lo miró hoscamente, respondiendo: "Bien, don, ¿quién es usted? Nosotros, los asistentes municipales, no damos información a cualquiera que llega, usted sabe, necesitamos saber con quién estamos tratando". Con esto dio un gran mordisco a uno de sus emparedados y el

tomate aplastado, con semillas y todo, hizo un desparramo. El hombre, que estaba sentado en las cajas frente a Molygruber, rápidamente dio un salto, apartándose.

¿Qué podía el hombre decirle de sí mismo? Lo que todos sabían; que era inglés, un producto de Eton, aunque había estado en Eton sólo durante una semana por una equivocación desgraciada cuando, envuelto en la oscuridad de una noche, confundió a la esposa de uno de los maestros de la casa con una de las domésticas, con consecuencias totalmente desastrosas. Así, fue expulsado casi antes de llegar, estableciendo de esta manera una suerte de récord. Pero a él le gustaba proclamar que había estado en Eton, lo que era totalmente cierto.

"¿Quién soy? —dijo—. Tendría que pensar que todo el mundo sabe quién soy: el representante de una de las publicaciones inglesas más prestigiosas que quiere conocer en profundidad la vida de ese autor. Mi nombre es Jarvie Bumblecross."

El viejo Molygruber dejó de masticar, desparramando emparedado por todos lados, para decir algo entre dientes. Tomó un cigarrillo en una mano y un emparedado en la otra, dando un mordisco a este último y una pitada al primero, alternadamente. Entonces, repitió: "Jarvie, ¿eh? Es un nombre nuevo para mí. ¿De dónde viene?".

El hombre pensó un momento y luego decidió que no había inconveniente en decírselo a un tipo que, después de todo, probablemente jamás volvería a ver. Por ello comentó: "Pertenezco a una vieja familia inglesa que se remonta a lo largo de varias generaciones. Hace muchos años mi bisabuela materna fugó de Londres con un cochero. En aquellos tiempos a los cocheros se los llamaba 'jarvies', y así, para recordar lo que fue un asunto bastante lamentable, los varones de la familia han recibido siempre ese nombre".

El viejo Molygruber pensó un momento y luego preguntó: "Así que usted quiere escribir sobre la vida de este hombre, ¿no? Bueno, según lo que he estado oyendo, él ha escrito demasiado sobre su vida. Me parece, por

lo que los muchachos y yo tenemos oído, que ustedes, los periodistas, le están haciendo la vida imposible a él y a los suyos. El jamás me hizo daño a mí, y vea esto ahora —extendió uno de sus emparedados— vea, papel de diario sucio sobre el pan. ¿Cómo suponer que pueda comer esto? ¿Qué tiene de bueno comprar estos diarios si ustedes no usan una tinta que no se salga? Nunca me gustó el gusto a imprenta".

El hombre se ponía cada vez más enojado, minuto a minuto. Replicó: "¿Pretende usted impedir el trabajo de los medios masivos de comunicación? ¿Usted no sabe que tienen perfecto derecho para ir a cualquier lado, entrar en todas partes y preguntar a cualquiera? Fui demasiado generoso al ofrecerle dinero por una información. Es deber suyo dármela gratuitamente porque soy hombre de prensa".

El viejo Molygruber tuvo un repentino arrebato de ira. No podía pegar a este inglés de habla pulida que se creía superior a Dios, de modo que se puso instantáneamente de pie, gritando: " ¡Váyase, don, fuera! ¡Lárguese! o lo empaqueto en mi carretilla y lo llevo al depósito para que los muchachos le den su merecido". Y blandiendo un rastrillo de recoger hojas avanzó sobre el hombre que se levantó precipitadamente, retrocediendo y tropezando con los cajones. Disparó en lo que podría parecer una confusión de brazos y piernas y astillas de madera que volaban, pero no se detuvo. Bastó una mirada a la cara de Molygruber para que se levantara como un rayo y atravesara la puerta, sin dejar de correr durante mucho tiempo.

El viejo Molygruber se movió lentamente, levantó cajones y astillas y murmuró enojadísimo: "Jarvie, cochero, ¿qué clase de cuento chino esperan que crea y, si tenía una bisabuela, o quien fuera, casada con un cochero, ¿cómo este pobre diablo ha salido tan estúpido? Ah, seguro —continuó con un rostro cada vez más convulsionado por la ira— tal vez por ser inglés tiene esos modos". Se sentó nuevamente e intentó empezar su segunda tanda de emparedados; pero, no, estaba demasiado

violento como para continuar almorzando, por lo que envolvió el resto de la comida volviéndola al envase de su vianda y salió al parque para beber de la canilla.

Se entretuvo mirando andar a la gente. Después de todo, estaba en su hora de descanso. Dando la vuelta, desde uno de los senderos donde habían estado ocultos por un árbol, se aproximaron dos sacerdotes. "Buen hombre —dijo uno— ¿puede usted decirme dónde hay... este... facilidades públicas para caballeros?". El viejo Molygruber respondió de mal modo: "No, no hay ninguna de esas cosas aquí; tienen que ir a alguno de esos hoteles y decir que están en un apuro. Usteden vienen de Inglaterra donde las encuentran en las calles. Bueno, aquí no, tendrán que ir a una estación de servicio, o a algún hotel o a cualquier lugar de ésos".

"Qué extraordinario, qué extraordinario —dijo uno de los curas al otro—, algunos de estos canadienses parecen tener una gran aversión hacia nosotros, los de Inglaterra". Y se fueron rápidamente hasta el hotel que quedaba una cuadra más allá.

Precisamente en ese momento se oyeron gritos provenientes de un pequeño lago ubicado en el centro del jardín. Molygruber se dio vuelta con presteza para enterarse del motivo de tal excitación. Bajó por el sendero hacia el estanque y vio a una niña de aproximadamente tres años que flotaba en el agua, mientras su cabeza se sumergía y volvía a salir a la superficie sin cesar. Un grupo de mirones se mantenía estático, rodeando el pequeño estanque, sin evidenciar el menor intento de rescatar a la criatura.

El viejo Molygruber algunas veces podía moverse con celeridad, y esa vez lo hizo. Dio una embestida, derribando a una anciana que quedó tendida sobre su espalda y a otra que tambaleó hacia los lados y saltó el pequeño cerco de piedra para caer en el agua poco profunda, su pie resbaló en el fondo musgoso del estanque y dio primero con la cabeza, lo que le produjo una herida bastante profunda en el cuero cabelludo. Con todo, se puso de pie, alzó a la niña en brazos, y la mantuvo boca abajo

para que eliminara toda el agua. Una vez hecho esto, caminó cuidadosamente sobre el fondo resbaladizo y saltó nuevamente el cerco para llegar a la tierra seca. Una mujer se abalanzó hacia él, vociferando: "¿Dónde está su sombrero? ¿Dónde está su sombrero? Era nuevo, acababa de comprárselo en Bay, haría bien en encontrarlo".

Molygruber, enojadísimo, echó a la niña, empapada y chorreando agua, en brazos de su madre. La mujer retrocedió pensando en que su vestido se arruinaría si se mojaba, mientras Molygruber regresaba a su pequeño refugio. Durante algún tiempo se mantuvo de pie, malhumorado, viendo cómo el agua se escurría de sus ropas y caía sobre los zapatos, desparramándose sobre el suelo. Pensó que no tenía ropa para cambiarse y que le hubiera venido muy bien poder hacerlo, aunque lo que tenía puesto pronto se secaría sobre el cuerpo. Con mucho cansancio, tomó las varas de la carretilla, salió con ella y cerró la puerta tras él.

Temblaba porque había empezado a soplar un frío viento del norte. El viejo Molygruber temblaba, pero se puso a trabajar enérgicamente en un intento por generar calor y secarse.

Pronto traspiraba profusamente, pero sus ropas no parecían secarse mucho. Estuvo dando vueltas desconcertado y le pareció vivir toda una eternidad hasta que al fin llegó la hora de volver al depósito.

Los otros hombres quedaron asombrados ante el silencio de Molygruber. "¿Qué le pasa al viejo Moly? —preguntó uno—. Parece como si hubiera perdido un dólar y encontrado un centavo. No es de él estar tan quieto ¿no? Me pregunto qué habrá pasado".

Su viejo coche no podía arrancar y, precisamente cuando pudo hacerlo y estaba listo para partir, halló que una de las ruedas traseras estaba en llanta. Con una sonora maldición detuvo la máquina, bajó, y se puso en la complicada tarea de cambiar la rueda. Una vez hecho esto, se metió nuevamente en el coche y una vez más encontró gran dificultad en hacerlo arrancar. Cuando llegó a su casa, a su cuarto solitario, se sentía enfermo;

enfermo por haber salvado a alguien; enfermo por el trabajo; enfermo de soledad; enfermo de todas las cosas. Con rapidez se sacó la ropa, se limpió con una vieja toalla seca y se tumbó en la cama sin importarle si tenía algo para comer.

Durante la noche se sintió traspirar profusamente. La noche parecía interminable; experimentaba dificultad para respirar y sentía que su cuerpo quemaba. En la oscuridad, respiraba dificultosamente, preguntándose qué le pasaba. Pensó que a la mañana siguiente iría a alguna farmacia y pediría algunas tabletas para la tos o algo que lo aliviara de esa molestia que sentía en el pecho.

La mañana tardó mucho en llegar, pero al fin los rayos rojos del sol atravesaron la pequeña ventana para encontrarlo todavía despierto, con la cara roja y volando de fiebre. Intentó levantarse, pero cayó sobre el suelo. Nunca supo cuánto tiempo estuvo allí; pero, más tarde, se despertó al percibir algunos movimientos. Abrió los ojos y vio que dos hombres de una ambulancia lo levantaban para colocarlo en una camilla. "Pulmonía doble, eso es lo que usted tiene, viejo —dijo uno de los camilleros—. Lo llevaremos al hospital general. Allí se pondrá bueno". El otro dijo: "¿Tiene parientes? ¿Con quién quiere que nos pongamos en comunicación? "

Molygruber cerró los ojos, agotado, y cayó en un profundo sopor. No supo cuándo fue trasladado a la ambulancia ni tampoco cuándo ésta ingresó en el hospital por la entrada de primeros auxilios, ni cuándo fue subido a una sala y depositado en una cama.

CAPITULO II

"Vamos, ahora, vamos, estire el brazo y nada de pavadas. Vamos, ¡muévase! ". La voz era imperativa, chillona e insistente. Leonides Manuel Molygruber se sacudió ligeramente y luego tuvo la confusa sensación de que su brazo era bruscamente tomado y sacado de abajo de las ropas de cama. "No me explico por qué opone tal resistencia —continuó la voz airadamente—; tengo que sacarle un poco de sangre. Vamos, nada de pavadas". El viejo Molygruber abrió un poco más los ojos y echó una mirada en derredor suyo. Ante él, a su izquierda una mujer, de pie, lo miraba con el ceño fruncido. Molygruber volvió la vista hacia algo así como una canasta de tela metálica ubicada sobre la mesa, al lado de su cama. Algo parecido a lo que llevan los lecheros, pensó, para poner botellas de leche, pero esta canasta tenía escondidos una cantidad de tubos de ensayo con algodones en sus extremos. "Bien, ¿se ha despertado, eh? Bueno, terminemos con usted, estoy perdiendo tiempo". Y con esto, la mujer le quitó torpemente la manga del pijama y rodeó su brazo con algo que le pareció de goma negra. Luego abrió un pequeño paquete y tomó algo de él, restregándole la piel enérgicamente. Sintió un dolor agudo que lo hizo dar un brinco, mientras la mujer exclamaba: "¡Maldito sea! ¿Por qué no tiene mejores venas? Ahora debo pincharlo de nuevo". Sacó la aguja, ajustó el torniquete del brazo y le dio otro pinchazo.

Molygruber miró hacia abajo con preocupación y vio

un gran tubo —un tubo de ensayo de vidrio— conectado a la aguja que estaba dentro de su brazo. A medida que observaba cómo se llenaba el tubo, rápidamente, con la habilidad que da una larga práctica, la mujer lo separó y puso otro que también quedó lleno. Entonces, satisfecha al fin con la provisión de sangre, sacó de un tirón la aguja y extendió una tela adhesiva sobre la lesión del pinchazo. Siempre refunfuñando, puso los dos tubos en su canasta metálica después de escribir cuidadosamente sobre ellos el nombre del enfermo.

La mujer se trasladó a otra cama y su voz gruñona y quejosa quebrantó los nervios del otro paciente. Molygruber miró a su derredor y vio que compartía una habitación con otros cinco pacientes. Luego su vista se nubló, su respiración se volvió dificultosa y nuevamente durante algún tiempo perdió la noción de todo.

Un golpeteo lo perturbó. Parecía algo así como tintineo de fuentes y retumbar y rechinar de un gran carro impulsado por la sala. De nuevo abrió los ojos lenta y penosamente, y a las puertas de la sala, frente a su cama, alcanzó a ver un artefacto cromado brillante que parecía llevar estantes también cromados. Una enfermera vino de algún lado y comenzó a entregar pequeñas bandejas con alimentos, cada una de ellas con un rótulo que contenía el nombre del enfermo.

Un asistente se le acercó, diciéndole: "Bueno, ¿cómo se siente ahora? "

El viejo Molygruber contestó con un gruñido porque se sentía demasiado fatigado para hablar y, como imaginó vagamente, cualquier tonto podía darse cuenta de que se sentía muy mal. El asistente descolgó algunas cosas del respaldo de la cama e indicó: "Estire el brazo izquierdo. Voy a tomarle la presión". Sintió una compresión cada vez mayor que le rodeaba el brazo y observó que el asistente aplicaba un estetoscopio a sus oídos. En la mano derecha sostenía una pera de goma que apretaba. Molygruber se adormiló una vez más, despertándose nuevamente a medida que cedía la presión sobre su brazo. "Muy bien —exclamó el asistente— el doctor Phle-

botum, pronto estará por aquí. Creo que ya está empezando su ronda". Y se dirigió a la cama siguiente. "Bien ¿qué le pasa, amigo? ¿Qué pasa con su desayuno esta mañana, eh? —preguntó a un hombre. Molygruber vio que éste tenía algo como un largo vástago al lado del cual estaba suspendida una botella con varios conductos. Inquirió débilmente: "¿Qué le están haciendo a ese hombre? ". "Oh, es un goteo endovenoso; —contestó el asistente— le ponemos suero para reanimar sus ideas".

La habitación volvió a oscurecerse; Molygruber podía oír su propia ansiosa respiración como un eco desde una gran distancia. Nuevamente fue molestado. Sintió una mano en su garganta y se dio cuenta de que los botones de su pijama estaban siendo desabrochados. "¿Qué le pasa a este hombre? —preguntó una voz masculina, mientras Molygruber abría los ojos y miraba hacia arriba. Y vio lo que evidentemente era un médico con su blanco delantal, que ostentaba sobre el lado izquierdo del pecho las palabras: "Doctor Phlebotum" con letras bordadas.

"Este hombre, doctor, fue traído y el practicante dijo que tenía pulmonía doble, por eso estamos esperando que usted lo examine". El médico frunció el ceño, y comentó: "¿Así que los practicantes ya hacen diagnósticos, eh? ¡Tendré que ver eso! ". Se inclinó sobre Molygruber y aplicó el estetoscopio sobre el pecho. Luego, dejando los auriculares hizo una segura percusión con un dedo, escuchando atentamente el sonido.

"Creo que necesitará una radiografía; sus pulmones parecen llenos de líquido. Ocúpese de eso, enfermera". Escribió algo sobre una tarjeta que obviamente era el cuadro clínico de Molygruber y se trasladó hacia la cama siguiente. Molygruber quedó adormilado.

Un ruido de voces hizo que abriera nuevamente los ojos y mirara: era una enfermera con un asistente que acercaban una camilla con ruedas al lado de su cama. Algo fue empujado rudamente hacia uno de sus lados y el borde de la camilla se deslizó por debajo de él. Con un movimiento rápido —como un hombre que saca del agua un gran pez, según pensó— fue descargado sobre la cami-

lla; el practicante echó prestamente sobre él una sábana, desplazándose luego sobre ruedas a lo largo de un extenso corredor. "¿Qué le pasó, amigo? —preguntó el asistente.

"No sé —respondió Molygruber—, me metí ayer en agua fría y no pude cambiarme de ropa después, de modo que empecé a sentir mucho calor y luego mucho frío, y me caí o algo así porque cuando desperté me encontré en esa sala. Me duele mucho el pecho. ¿Nadie va a hacer algo por mí? "

El asistente silbó algo entre dientes y dijo: "Sí, seguro, vamos a hacer algo por usted y se va a sentir mucho mejor, créalo. Lo llevamos a la sala de rayos X, ¿no? ¿Por qué piensa entonces que no vamos a ayudarlo? "

Hubo un ruido y un golpe y la camilla se detuvo contra la pared. "Aquí está —dijo el asistente deteniéndose—, lo llevarán adentro cuando todo esté listo. Ha sido un día de mucha tarea, de esos que pintan pesados, pesados, pesados. No se para qué estoy yo en este lío". Y diciendo esto se volvió, alejándose rápidamente por el corredor con paredes de vidrio. El viejo Molygruber quedó allí acostado durante lo que a él le parecieron horas. A todo momento sentía que cada vez le era más penoso respirar. Por fin, una puerta se abrió violentamente y una enfermera salió empujando otra camilla. "Vamos a llevarla de vuelta a la sala —dijo a una mujer que yacía en ella—; la dejaré aquí y alguien la recogerá cuando tenga tiempo". Tomó entonces la camilla de Molygruber y se volvió a él, diciéndole: "Bien, usted es el que sigue, supongo, ¿qué es lo que le pasa? ".

"No puedo respirar, eso es lo que me pasa". La mujer sujetó la camilla y con lo que pareció ser un esfuerzo innecesario la hizo girar, atravesando la puerta y penetrando en un cuarto muy oscuro. Escasamente había luz para verse una mano frente a la cara, pero Molygruber llegó a distinguir que había extraños tubos de metal y alambres cromados por todos lados, a un lado del cuarto se levantaba lo que parecía ser la boletería de un cine. La mujer lo empujó contra una mesa que, en vez de ser derecha, era algo curvada.

"¿Qué tiene este hombre? —preguntó una voz, y entró una joven de atrás del gabinete de vidrio.

"Aquí tengo su cuadro clínico. Posible pulmonía doble. Placa radiográfica de pecho, espalda y frente". Juntas, la joven y la enfermera empujaron la camilla contra la mesa y con un deslizamiento rápido fue desplazado directamente sobre esa mesa cromada con superficie curva.

"¿Alguna vez le han hecho una radiografía? ", preguntó la joven.

"No, nunca, no sé nada sobre eso", contestó Molygruber.

"Bien, ahora vamos a ponerlo en posición —indicó la joven—. Ya está, échese sobre la espalda y haga lo que se le diga, eso es lo único que queremos". Empezó a maniobrar modificando la altura de una caja grande que parecía suspendida de caños cromados. Presionó botones, se encendió una pequeña luz, y sobre su pecho proyectó algo semejante a una "X". Satisfecha entonces, con los ajustes que había hecho, advirtió: "No se mueva ahora, quédese quieto, y cuando le diga 'respire', usted respire hondo y mantenga el aire. ¿Entendido? ".

"Sí, entendí, dígame cuándo debo mantener el aire", contestó Molygruber.

La joven desapareció detrás de esa cosa semejante a una boletería. Después de un momento gritó: "Perfecto, mantenga, mantenga", y se produjo una especie de silbido. "Respire", admitió. Volvió al lado de la mesa y pareció que abría cajones o algo así. Molygruber pudo entonces ver que en sus manos tenía una caja grande de metal, más grande que su pecho. Maniobró con ella y luego sacó otra que deslizó por debajo de la mesa sobre la cual él yacía. Dijo entonces: "Ahora vamos a darlo vuelta, boca abajo". Lo tomó dándolo vuelta, tironeándolo de aquí o allí hasta que logró la posición correcta. Una vez más manejó la caja negra y una vez más apareció la pequeña luz que proyectó la "X" sobre él. Entonces, satisfecha, desapareció en el compartimiento con paredes de vidrio y dio la orden: "¡Mantenga su respiración!

Bien, puede usted respirar". Pasó algún tiempo. Molygruber perdió la cuenta del número de radiografías que le fueron tomadas, pero al final volvió hacia él, diciéndole: "Voy a trasladarlo afuera; se quedará allí hasta que veamos si las películas han salido bien. Si no, iré a buscarlo de nuevo. Si están bien, lo llevarán a su sala". Abrió la puerta e hizo rodar la camilla hacia afuera. Molygruber pensó que eso era muy parecido a los vagones de ferrocarril que eran desviados, y que en ese hospital no se evidenciaba escrúpulo o compasión alguna hacia los pacientes, todo se hacía a "golpe y porrazo".

Después de lo que le pareció un larguísimo tiempo, una chica que no aparentaba tener más de catorce años, se le acercó arrastrando los pies y sorbiendo por la nariz como si sufriera un terrible resfrío de cabeza. Sin decir una palabra tomó el extremo de la camilla y empezó a empujarla, siempre haciendo ruido con su nariz; por ese medio de propulsión, Molygruber pasó nuevamente a lo largo del corredor hasta llegar a la sala de donde había salido originariamente. La chica dio a la camilla un empujón final y dijo: "Aquí está, es todo de ustedes", y se fue.

La camilla siguió rodando un poco hasta dar con un golpe contra una pared lejana. Nadie se dio por enterado, pero más tarde el asistente la acercó hasta ponerla al lado de la cama del viejo Molygruber, diciendo: "Ya pasó todo. El médico dará una nueva vuelta dentro de una hora más o menos. Espero que se mantenga bien hasta entonces".

Molygruber, una vez deslizado desde la camilla, se encontró nuevamente en su propia cama. El asistente estiró la sábana hasta su barbilla y desganadamente empujó la camilla fuera de la sala.

Otro entró a toda velocidad y de una patinada se detuvo junto a la cama del viejo Molygruber: "¿Usted sacó a la chica del agua ayer? ", preguntó con lo que debía ser una voz discreta pero que resonó en toda la sala.

"Sí, me imagino que lo hice yo", dijo Molygruber.

"Bien, la madre está aquí y quiere verlo, pero le dijimos que no podía porque usted estaba muy enfermo. Es una mujer que hace mucho lío". En ese momento se oyeron pisadas pesadas y una mujer entró a la sala con un policía. "Usted. . . él, aquí —dijo muy enojada—, ayer robó el sombrero de mi chica". El policía se adelantó y miró severamente a Molygruber, diciéndole: "Esta señora me dice que usted ayer le sacó el sombrero a su hija y la arrojó al agua".

"¡Oh, qué mentira! —replicó el pobre hombre— yo saqué a la chica del agua mientras todos los demás estaban parados mirando cómo se ahogaba. La madre no hizo nada por ayudarla, y yo no vi ningún sombrero. ¿Qué es lo que usted piensa que podría hacer con él, comérmelo? "

El policía echó un vistazo alrededor y se volvió hacia el viejo: "¿Usted salvó a la chica, sacándola del agua? Entonces ¿usted era el hombre del cual se estaba hablando? ".

"Sí, supongo que sí", fue la respuesta.

"Bien, usted no me dijo nada sobre eso —reconvino el policía volviéndose hacia la mujer—, usted no me dijo que él había sacado a su chica del agua. ¿Qué clase de madre es que permanece parada haciendo tales acusaciones a un hombre que salvó a su hija? ". La mujer que se tornaba roja y pálida de ira, dijo: "Bueno, alguien debe de haberse llevado el sombrero, la chica no lo tiene y yo tampoco; por eso él ha de tenerlo".

El policía pensó un momento y luego decidió: "Iré a la sala de enfermeras, debo telefonear al superintendente". Y diciendo esto se volvió y salió, dirigiéndose a la rampa de ascensores. Poco después podía oírselo conversando y decir una cantidad de "sí, señor", "no, señor" y "así lo haré, señor". Cuando volvió a la sala informó a la mujer: "Me dicen que si usted insiste en semejante tontería tendré que culparla de provocar desorden público, así que mejor haría en retirar su denuncia o tendrá que acompañarme. El superintendente está enormemente enojado con usted, puedo decirle". Sin pro-

nunciar palabra la mujer salió taconeando de la sala, seguida poco después por el policía.

El viejo Molygruber parecía haber empeorado en ese lapso, su respiración se tornaba cada vez más ansiosa y el asistente, al verlo, pulsó el botón para casos de emergencia ubicado a la cabecera de la cama. Con prontitud la caba del piso se hizo presente y, al mirar a Molygruber, salió con urgencia, pudiendo oírsela hablar por teléfono con el médico de guardia.

El viejo Molygruber estaba adormilado, tenía vívidos sueños de los que fue perturbado por alguien que le desabrochaba el saco del pijama. "Corra las cortinas, enfermera, quiero ver cómo anda este pecho", dijo una voz masculina. El viejo levantó la vista y vio a otro médico que, notando que el paciente estaba despierto dijo: "Usted tiene líquido en los pulmones, líquido en pleura. Vamos a extraérselo". Entró otro profesional, esta vez una mujer, y una enfermera hizo rodar una bandeja de ruedas hasta la cama. El médico indicó: "Ahora puede usted sentarse, tenemos que llegar a sus costillas". El viejo trató de hacerlo pero no pudo; estaba demasiado débil. Por ello lo sostuvieron sujetándolo con una frazada por debajo de los pies y con algo que parecía una sábana arrollada por debajo de él, atada a la cabecera de la cama. De esta manera quedó en posición de sentado y no podía resbalarse.

La doctora estaba ocupada con una jeringa hipodérmica inyectando algo de un lado para otro, a la izquierda de Molygruber. Esperó unos pocos momentos, y luego lo pinchó con una aguja. "No, no la siente, todo está listo", dijo a medida que retrocedía.

Una enfermera sostenía una gran jarra de vidrio que tenía una cánula o sonda en el extremo superior y otra en el inferior. Con cuidado fijó los conductos de goma superior e inferior y los presionó con pinzas de resorte. Entonces, como mantenía la cosa levantada hacia la luz, Molygruber pudo ver que estaba llena de agua. Cuando lo consideró oportuno colgó la botella al lado de la cama, debajo de la parte inferior del colchón y se mantuvo de

pie con el extremo del conducto en las manos; el extremo más distante del tubo venía desde el fondo de la botella e iba a una cubeta.

El médico estaba ocupado manejando algo de espaldas al viejo Molygruber y, cuando estuvo satisfecho con los resultados, se dio vuelta y el viejo casi se desmaya al ver la inmensa aguja o tubo que el médico tenía en sus manos. "Voy a introducir este trocar entre sus costillas para sacar el líquido de la pleura y, una vez que lo hayamos hecho, le haremos un neumotórax artificial. Eso reducirá el volumen de su pulmón izquierdo, pero primero tenemos que extraer el líquido. No duele. . . mucho", dijo. Se aproximó a Molygruber y lentamente empujó el tubo de acero entre sus costillas. La sensación fue espantosa; el viejo sintió como si sus costillas estuvieran siendo hundidas y que con cada empuje el corazón se le subía a la boca. El primer lugar elegido no dio resultado, de modo que el médico ensayó otro. . .. y otro, hasta que al fin, con malos modales debido a su fracaso, dio un pinchazo rápido y brotó un líquido amarillo que cayó al suelo. "¡Rápido, enfermera, rápido! —exclamó el médico exasperado— Déme ese tubo". Y con eso conectó el tubo al extremo de la aguja de acero. "Este trocar parece totalmente tapado", hizo notar a medida que hurgaba en el pecho de Molygruber.

La enfermera se arrodilló al lado de la cama y poco después Molygruber pudo oír como corría el líquido. La doctora, observando su asombro, explicó: "Oh, sí, introdujimos este trocar entre sus costillas y lo insertamos en una acumulación de líquido en la pleura; luego, cuando dimos con él, liberamos las dos pinzas de esa botella que usted vio y el peso del agua —agua destilada y esterilizada—, al correr, por succión extrae el líquido de sus pulmones. Usted se sentirá mejor en seguida", aseveró con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

El viejo se fue poniendo cada vez más pálido, aunque Dios sabe el poco color que lucía anteriormente. El médico llamó: "Aquí, enfermera, tenga esto". Se movió hacia la mesa nuevamente y hubo un tintineo de metal y

vidrio, después del cual regresó hacia el paciente y, con un rápido movimiento, metió la aguja en lo que Molygruber no tuvo la menor duda de que era su corazón. Pensó que moriría ahí mismo. Por un momento experimentó una conmoción intensa, después calor y hormigueo y pudo sentir que su corazón latía con toda fuerza. Un poco de color volvió a sus enflaquecidas mejillas. "Bueno, eso lo hizo sentirse mejor ¿no? ", preguntó el médico en un tono nuevamente jovial.

"¿Cree usted que debemos hacerle una venoclisis? ", inquirió la doctora.

"Sí, quizá podríamos", contestó el médico mientras maniobraba con diversos tubos.

La enfermera volvió a ponerse en movimiento alejándose para retornar empujando algo que parecía ser un palo largo con un gancho en el extremo; el otro extremo estaba equipado con ruedas. Lo hizo rodar hasta el costado derecho de Molygruber y luego, inclinándose, levantó una botella hasta el gancho en la parte superior de la vara. Conectó algunos conductos de goma y dio el extremo al médico que, cuidadosamente, introdujo otra aguja en el brazo derecho de Molygruber. La enfermera liberó la pinza y Molygruber tuvo la rara sensación de que algo corría desde el tubo adentro de sus venas. "Así —dijo el doctor—, estará mejor en seguida. Quédese tranquilo". El viejo hizo un movimiento de cabeza y se sumergió en otro sopor. El médico lo miró, advirtiendo: "No parece nada bien, tendremos que vigilarlo". De este modo, los dos profesionales abandonaron la sala dejando a una enfermera para que terminara el trabajo.

Mucho después, cuando el día llegaba a su fin, una enfermera despertó al viejo para decirle: "Bien, bien, usted parece mucho mejor ahora. Es tiempo de que coma algo, ¿no? ".

El viejo cabeceó sin pronunciar palabra. No tenía ganas de comer, pero la enfermera insistía. Puso una bandeja sobre la mesa, al lado de su cama, proponiéndole: "Vamos, yo lo voy a alimentar; nada de tonterías, hemos trabajado mucho con usted para perderlo ahora". Y em-

pezó a meterle cucharadas de comida en la boca, sin darle casi tiempo al pobre diablo de tragar una antes de recibir la otra.

En ese momento entró el policía a la sala y, separando las cortinas de la cama de Molygruber, se abrió paso diciendo: "Estoy tratando de librarlo de la prensa. Esas hienas querían asaltar el hospital. Buscan material para títulos como 'Un barrendero municipal salvó a una niña'. Les he dicho que usted está demasiado enfermo como para que lo vean. ¿Quiere atenderlos? ".

El viejo movió la cabeza tan expresivamente como pudo, murmurando: "No, mándelos al diablo ¿no pueden dejar que un hombre muera en paz? "

El policía lo miró riendo al tiempo que expresaba: "Oh, usted está lleno de vida todavía, amigo, pronto estará fuera tirando de su carretilla, barriendo otra vez detrás de toda esta gente. Pero no dejaremos que los periodistas se le acerquen. Los hemos amenazado con ejercer acciones contra ellos si lo molestan estando usted tan enfermo". Se fue de la sala y la enfermera continuó con la tarea de alimentarlo hasta que el viejo pensó que la comida le salía por las orejas.

Una hora después, aproximadamente, el médico volvió, lo miró y se inclinó para examinar la botella debajo de la cama. "Ah —dijo— parece que hemos sacado todo de esa bolsa de líquido. Ahora vamos a bombear un poco de aire, lo que reducirá el volumen del pulmón. Vea, ponemos aire en la pleura y eso empuja el pulmón hacia adentro de modo que usted no puede respirar con él y conseguimos que descanse un poco. Voy a darle oxígeno también". Sacó la cabeza, separando las cortinas, y dijo: "Vamos, ustedes, muchachos, dejen de fumar; no pueden fumar mientras hay una carpa de oxígeno". Uno contestó: "¿Por qué tenemos que dejar de hacer lo que nos gusta por él, precisamente? ¿Qué ha hecho él por nosotros? " Y deliberadamente el hombre encendió un nuevo cigarrillo.

El médico fue a la sala de enfermeras y telefoneó a alguna parte. Pronto se presentó un asistente y el viejo

Molygruber en su cama, con el equipo de administración de suero todavía en su lugar, fue lentamente empujado fuera de la sala e ingresó en una habitación privada. "Allí —dijo el médico—; ahora podemos darle oxígeno sin que ninguno de esos fulanos trate de provocar un incendio. Usted pronto estará muy bien".

De inmediato colocaron una carpa de oxígeno y una goma fue conectada a la salida, en la pared del cuarto. Pronto Molygruber experimentó sus beneficios; su respiración mejoró y, en general, se sintió muchísimo mejor. "Lo dejaremos con esto toda la noche —indicó el doctor— y mañana se sentirá bien". Y así diciendo abandonó el cuarto.

Una vez más el viejo durmió, en esta ocasión muy confortablemente. Pero más entrada la noche llegó otro médico, lo examinó cuidadosamente y dijo: "Voy a sacar este trocar ahora, ya se ha secado correctamente ese lugar. Le sacaremos otra radiografía dentro de una hora más o menos y entonces decidiremos qué es lo que hay que hacer". Ya se retiraba cuando se volvió, preguntando: "¿Usted no tiene parientes? ¿Con quién quiere usted que nos pongamos en contacto? ".

Molygruber respondió: "No, no tengo a nadie en el mundo. Soy solo, pero espero que mi vieja carretilla estará perfectamente".

El médico rio: "Oh, sí, su carretilla está muy bien. El municipio la ha llevado a lo que ellos llaman depósito. Allí la están cuidando; ahora nosotros tenemos que cuidar de usted. Duerma". Antes de que el doctor llegara a la puerta Molygruber ya estaba durmiendo; soñaba con madres airadas que reclamaban sombreros de sus hijos y con salvajes periodistas que volaban en enjambre sobre su cabeza. Abrió los ojos con cierto asombro para ver cómo un asistente nocturno le sacaba el aparato del suero y lo preparaba para llevarlo a la sala de rayos X.

"¿Puedo entrar? Soy sacerdote". La voz era melancólica en extremo. El viejo Molygruber abrió los ojos y miró con cierta confusión delante de él a una figura de pie, muy alta, excepcionalmente delgada, toda vestida de

negro, salvo el cuello clerical sobre el cual sobresalía prominentemente la manzana de Adán que subía y bajaba como si estuviera tratando de escaparse de la descarnada garganta. El rostro era pálido, con mejillas hundidas y una nariz en extremo saliente. Miró a Molygruber, sentándose en una silla, al lado de la cama. "Soy sacerdote y estudio aquí psicología, de modo que puedo asistir a los enfermos en el hospital. Fui educado en la Naval". Molygruber frunció el ceño y, ciertamente desagradado, replicó: "Oh, yo fui educado en Calgary, en el vaciadero de basura de la ciudad".

El sacerdote lo miró y, adoptando un tono muy severo, comentó: "Me siento dolido más allá de todo límite al saber por su formulario de ingreso que usted no tiene religión. Ahora he venido para acercarlo a Dios".

El viejo, cada vez más enojado, dijo: "¿Dios? ¿Por qué tendría que oír su cháchara sobre Dios? ¿Qué ha hecho Dios alguna vez por mí? Yo nací huérfano —explicó con evidente mala gana de inclinarse hacia lo que podía ser o no ser—; mi madre nada tuvo que ver conmigo y, en cuanto a mi padre, no lo conocí; pudo haber sido uno entre un ciento de hombres, supongo. Me he manejado solo desde tanto tiempo como tengo uso de razón. En los primeros años de mi vida me enseñaron a rezar y recé. Nada conseguí con eso hasta que al final me dieron un trabajo para barrer basura en el vaciadero de la ciudad".

El sacerdote miró por debajo de la nariz, hizo girar sus pulgares, y al rato dijo: "Usted está en una situación muy peligrosa por su enfermedad. ¿Está preparado para encontrarse con su Hacedor? ".

Molygruber le dirigió una mirada directa replicando: "¿Cómo puedo saber quién es mi hacedor? Ha de haber sido uno entre un ciento de hombres, como ya le he dicho. Usted no ha de pensar que Dios bajó y me formó de masa ¿verdad? "

El sacerdote lo miró chocado y escandalizado, y cada vez más tristemente contestó: "Usted está desdeñando a Dios, hermano. Nada bueno sacará con ello; usted está

desdeñando a Dios. Tendría que prepararse para encontrarse con su Hacedor, para encontrarse con su Dios, puesto que tal vez en breve tiempo deberá enfrentarse con Dios y con Su Juicio. ¿Está usted preparado? ".

Molygruber contestó con fiereza: "¿Pero usted realmente cree en todo ese cuento de la otra vida? ".

"Por supuesto, por supuesto —asintió el cura—; está escrito en la Biblia y todos saben que hay que creer lo que está en la Biblia".

El viejo replicó: "Bueno, yo no. Yo leía muy poco cuando era joven; en realidad, acostumbraba a ir a la clase de catecismo y entonces me di cuenta de lo falso que era todo ese asunto. Cuando usted está muerto, está muerto, eso es lo que yo digo. Usted muere y lo meten en la tierra en alguna parte, y si tiene algunos parientes —que yo no tengo— vienen y le ponen flores en una lata de conserva y se las entierran encima. No, jamás me convencerá de que hay otra vida después de ésta. ¡Yo tampoco quisiera ninguna, después de todo! "

El sacerdote se puso de pie como movido por un resorte y empezó a pasearse hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, atravesando la habitación hasta que Molygruber quedó casi mareado al ver a esta figura negra que parecía el ángel de la muerte revoloteando ante sus ojos.

"Alguna vez hojeé las páginas de un libro escrito por un tipo que vive cerca de donde yo trabajo, un tal Rampa que escribió una cantidad de estupideces sobre la vida después de la muerte. Bueno, todo el mundo sabe que todo eso es basura. Cuando usted está muerto, está muerto, y cuanto más muerto esté peor olerá. Yo he levantado alguna vez algunos de esos pobres tipos duros, y después de un tiempo... ¡puf! usted no puede quedarse cerca".

El sacerdote se sentó nuevamente y con ademán solemne sacudió su índice ante el viejo Molygruber, diciéndole con algún enojo: "Usted sufrirá por esto, amigo, usted sufrirá; usted está tomando el nombre de Dios en vano, usted se está mofando de la Sagrada Escritura.

¡Puede estar seguro que Dios descargará su cólera sobre usted! "

Molygruber lo pensó un poco y preguntó: "¿Cómo pueden ustedes hablar de un Dios bueno, del Padre Dios que ama a Sus hijos, que tiene misericordia, compasión y todo lo demás, y luego a renglón seguido hablan de un Dios que descarga Su venganza? ¿Cómo puede explicarme esto? Y otra cosa que me tiene que contestar, don; su libro dice que a menos que usted reciba a Dios, irá al infierno. Bueno, yo tampoco creo en el infierno, pero si usted sólo se salva si admite a Dios, ¿qué pasó con toda esa gente de la Tierra antes que apareciera esa imagen particular de Dios? ¿Qué me puede decir de esto, eh? ".

El sacerdote se levantó nuevamente, y con voz temblando de rabia y con la cara roja por la emoción, sacudió su puño ante Molygruber mientras decía: "Mire, amigo, yo no estoy acostumbrado a ser tratado así por gente como usted. A menos que usted admita las enseñanzas de Dios, será condenado a muerte". Como se adelantara hacia él, Molygruber pensó que iba a golpearlo de modo que, haciendo un supremo esfuerzo, se sentó en la cama. Sintió un terrible dolor que le atravesó el pecho, como si sus costillas hubieran sido aplastadas. Su rostro se tornó azul y cayó de espaldas con una exhalación jadeante, mientras sus ojos se mantenían entreabiertos.

El sacerdote se volvió pálido y corrió apresuradamente hacia la puerta. "Rápido, rápido —gritó—, rápido, rápido, el hombre ha muerto mientras le estaba hablando. Le decía que la ira de Dios caería sobre su impiedad". Y así diciendo continuó su carrera y se metió directamente en un ascensor que estaba abierto. De manera atolondrada se esforzó por encontrar y pulsar el botón "Abajo".

Una enfermera sacó la cabeza de uno de los rincones y dijo: "¿Qué le pasa a ese viejo gusano? Es capaz de provocar un ataque cardíaco a cualquiera. ¿Con quién estaría hablando? ". El asistente apareció también desde otra sala y contestó: "No sé, Molygruber, supongo. Mejor vayamos y veamos si está bien". Juntos se dirigieron al

cuarto privado y encontraron a Molygruber todavía apretándose el pecho. Sus ojos se mantenían entreabiertos y su labio inferior caía sin movimiento. La enfermera se dirigió hacia el botón de llamada de emergencia y lo pulsó de modo que respondía a un código especial. Pronto el intercomunicador del hospital reclamaba al doctor Fulano para que se presentara de urgencia en ese piso especial.

"Me parece que tendríamos que arreglarlo un poco —dijo la enfermera— porque si no el médico nos va a hacer un lío. ¡Ah! Aquí está el doctor". El profesional entró al pequeño cuarto, diciendo: "Querida, querida ¿qué le ha ocurrido a este hombre? Miren su expresión. Realmente, yo esperaba que dentro de pocos días pudiera irse. Bueno... —se adelantó y sacó el estetoscopio, poniendo los auriculares en sus oídos. Desabrochó, entonces, el saco de Molygruber y, aplicando la trompetilla al pecho del hombre, auscultó con atención. Su mano derecha se estiró buscando el pulso de Molygruber que ya no latía—. No hay vida, enfermera, no hay vida. Haré el certificado de defunción pero, entretanto, llévenlo a la morgue. Debemos dejar la cama lista... ¡hay tanta escasez y tenemos tal afluencia de pacientes! ". Y diciendo esto se sacó el estetoscopio de los oídos y lo dejó colgando del cuello. Se volvió, hizo una anotación en el cuadro clínico de Molygruber y se fue.

Juntos, la enfermera y el asistente sacaron la ropa de cama de Molygruber, subieron sus pantalones, atándolos, y abotonaron el saco sobre el pecho. La enfermera indicó: "Vaya a buscar la camilla". El asistente regresó con ella, la misma en la cual Molygruber había viajado desde la sala hasta los rayos X. Juntos también levantaron las sábanas sobre la camilla para descubrir debajo de ésta exactamente otra superficie plana, sobre la cual deslizaron el cuerpo de Molygruber y lo aseguraron con agarraderas, porque no es bien considerado pasear cadáveres en la sala, y dejaron caer las sábanas sobre los costados de la camilla, ocultando el cuerpo completamente.

Con una risita para sí, el asistente se dijo: "Quizás

algunas de las visitas sufrirían un ataque si supieran que en esta camilla —aparentemente vacía— llevamos un cuerpo muerto". Siguió empujando hasta salir de la habitación y siguió por el corredor silbando hasta los ascensores. Pulsó el botón "Subsuelo" y permaneció de espaldas a la camilla a medida que el ascensor se detenía en todos los pisos y la gente entraba y salía. En la planta baja nadie entró, de modo que siguió hasta el subsuelo donde sacó la camilla y, girando a la derecha, tomó otro corredor hasta detenerse frente a una puerta a la cual llamó y que fue abierta de inmediato. "Aquí traigo otro para usted —dijo el asistente— acaba de morir. Lo trajimos directamente acá, no creo que haya autopsia. Mejor sería que lo prepararan como corresponde".

"¿Parientes? —preguntó el encargado de la morgue.

"Ninguno —dijo el asistente— puede ser para la fosa común o, como se trata de un barrendero municipal, la Municipalidad pagará el entierro. Aunque lo dudo, son sumamente tacaños". Ayudó al encargado a sacar el cuerpo de la camilla, trasladándolo a una mesa y, retirando la sábana que había cubierto el cuerpo, se alejó silbando.

CAPITULO III

Pero, ¿qué ocurrió con Leonides Manuel Molygruber? ¿Desapareció como una luz que ha sido repentinamente apagada? ¿Expiró como un fósforo encendido que se sopla? ¡No! De ninguna manera.

Molygruber, postrado en su cama de hospital y sintiéndose lo suficientemente enfermo como para pensar que iba a morir, fue trastornado por ese sacerdote. Pensó de qué manera el hombre se ponía cada vez más rojo, y desde su posición advirtió que era muy claro que el cura tenía intención de asaltarlo y chocarlo, por lo cual Molygruber se sentó repentinamente en un intento por protegerse, cuando quizá podía haber gritado pidiendo auxilio.

Se incorporó de golpe con un supremo esfuerzo y recurrió a todo el aliento que le quedaba para hacer frente a esa circunstancia. De inmediato experimentó un terrible dolor agudo y desgarrante que le atravesaba el pecho. Su corazón se lanzó a una carrera como la máquina de un coche cuyo pedal de arranque ha sido fuertemente impulsado hasta el piso cuando el coche estaba en punto muerto. El corazón corrió y se detuvo.

El viejo sintió un pánico instantáneo. ¿Qué pasaría con él? ¿En qué terminaría eso? Ahora, pensó, perderé la cabeza como la vela que solía despabilar cuando era chico en casa, en la única casa que había conocido como huérfano. Su terror fue indescriptible, sintió que sus nervios estallaban, como si alguien tratara de darlo vuelta como se imaginaba podía sentirse un conejo —si un

conejo muerto puede sentir— cuando le están sacando la piel para cocinarlo en una olla.

De repente se produjo el terremoto más violento, o así lo pensó Molygruber, y halló que todo se movía en su derredor. El mundo le pareció compuesto de puntos, como un polvo enceguecedor, al igual que un ciclón que da vueltas y vueltas en remolino. Luego sintió como si alguien lo hubiera puesto en una exprimidora o en una máquina de hacer embutidos. La sensación era demasiado terrible como para emitir palabra.

Todo se puso oscuro. Las paredes de la habitación o "algo" pareció cerrarse, rodeándolo y dándole la impresión de que se hallaba enclaustrado en un conducto de goma pegajoso y viscoso mientras trataba de arrastrarse por él para hallar su camino y liberarse.

Todo se volvió más oscuro, más negro. Le pareció como si estuviera en un tubo largo, largo, dentro de una oscuridad total. Pero entonces, a la distancia, en lo que indudablemente era el extremo del tubo vio una luz, ¿era una luz? Era algo rojo, algo que se tornaba anaranjado brillante, como la vestimenta protectora fluorescente que él usaba para limpiar la calle. De modo frenético, luchando por avanzar cada pulgada de camino se esforzó por alcanzar la terminación del conducto. Se detuvo un momento para respirar y se encontró con que no lo hacía. Aguzó el oído y trató de escuchar y escuchar, y aunque no pudo oír los latidos de su corazón, percibió un ruido extraño que se producía afuera, algo así como el soplo raudo de un viento poderoso. Entonces, mientras permanecía sin movimientos que respondieran a su propia voluntad, creyó ser empujado hacia arriba en el tubo para llegar gradualmente a la parte superior. Durante algún tiempo estuvo allí detenido, sostenido en el extremo del tubo, hasta que se produjo un violento "chasquido" y fue expulsado como un guisante desde una cerbatana. Permaneció dando vueltas hacia los lados de un extremo a otro y no halló nada, ni luz roja ni tampoco anaranjada. Ni siquiera había oscuridad. Todo era: ¡NADA!

Totalmente amedrentado y sintiéndose en un estado

muy particular, extendió los brazos, pero nada se movió. Era como si no tuviera brazos. Otra vez lo apresó el pánico e intentó dar puntapiés moviendo violentamente las piernas, tratando de tocar algo. Pero nuevamente no había nada, absolutamente nada. No podía sentir las piernas. Hizo un supremo esfuerzo para hacer que sus manos tocaran alguna parte de su cuerpo, pero ya a esta altura de los acontecimientos podía decir que no tenía manos, que no tenía brazos y no podía sentir su cuerpo. Solamente "era", y eso era todo. Un fragmento de algo que había oído hacía mucho volvió a su conciencia. Fue algo referente a un espíritu incorpóreo, a un fantasma sin forma, sin volumen, sin ser, pero que existía de algún modo en alguna parte. Le pareció ejecutar movimientos violentos, aunque al mismo tiempo parecía no moverse de manera alguna. Experimentó extrañas presiones; luego, de pronto se sintió sumergido en alquitrán, alquitrán caliente.

Hacía mucho tiempo, casi más allá del filo de su memoria, que había estado dando vueltas, como hacen los niños pequeños, observando a unos hombres que estaban alquitranando un camino. Uno de ellos, quizá porque no tenía buena vista o quizá por un espíritu travieso, había inclinado una carretilla de alquitrán desde el extremo superior abierto del barril que cayó sobre el chico. El pequeño quedó tieso, casi incapaz de moverse; y así era como se sentía ahora. Tenía sensaciones de calor, de frío, de miedo, y otra vez de calor, y en todo momento experimentaba algo así como un movimiento que no era movimiento en manera alguna, porque estaba quieto, quieto —pensó— con la quietud de la muerte.

Pasó el tiempo, ¿o no? No lo supo, todo lo que podía percibir era que estaba allí, en el centro de la nada. Nada había a su derredor, nada en su cuerpo: ni brazos, ni piernas, y suponía que debía tener un cuerpo porque, de otro modo ¿cómo podría existir de alguna manera? Pero, sin manos, no podía sentir el cuerpo. Esforzó los ojos atisbando, atisbando, atisbando, pero nada había para ver. Ni siquiera estaba oscuro; de ninguna manera había oscuridad, no había nada. De nuevo un relámpago

de pensamiento vino a su mente relacionado en cierto modo con el retiro más profundo de los océanos del espacio donde no hay nada. Ociosamente se preguntó de dónde había sacado eso, pero ningún otro pensamiento pudo auxiliarlo.

Estaba solo en la nada. Nada había para ver, nada para oír, nada para oler, nada para tocar, y aunque hubiera habido algo para tocar no hubiera podido hacerlo porque él no tenía nada con qué tocar.

Las horas pasaban lentamente, ¿o no? No tenía idea de cuánto tiempo había estado allí. El tiempo no tenía significado. Nada tenía significado ya. El estaba exactamente "allí", en cualquier lado que fuera "allí". Parecía una mota suspendida en la nada, como una mosca atrapada en la tela de una araña, pero todavía no como una mosca pues una mosca es mantenida por la tela de la araña. El viejo Molygruber estaba atrapado en la nada, lo cual lo reducía a un estado de nada. Su mente —o lo que hubiera en lugar de su mente— divagaba. Hubiera sentido desfallecimiento, pensó, pero no había nada con qué sentir desfallecimiento.

Él "era" exactamente algo, o posiblemente nada, rodeado por la nada. Su mente, o su conciencia, o fuera lo que fuera que ahora lo retenía suspendido sobre sí, trataba de concebir pensamientos, de dar forma a algo en lugar de la terrible nada. Vino hacia él una idea: "Yo nada soy, pero una nada que existe en la nada".

Se produjo entonces un pensamiento repentino, del mismo modo que un fósforo brilla en una noche sin luna: hacía algún tiempo alguien le pidió que hiciera un pequeño trabajo extra que le sería pagado. Un hombre quería limpiar su garaje. El viejo Molygruber había encontrado una carretilla rodante y unas pocas herramientas de jardín. Abrió el garaje, puesto que el hombre le había dado la llave el día anterior, y vio ante sus ojos el más horripilante amontonamiento de basura: un sofá roto con sus muelles fuera, una silla con dos patas rotas y polillas que salían del tapizado. Colgados sobre una pared podían verse la estructura y la rueda delantera de

una bicicleta. Apilada por ahí se veía una cantidad de cubiertas de automóvil, llantas resquebrajadas y gastadas. También había herramientas herrumbradas e inútiles. Todo eso era basura que sólo gente muy avara podía ser capaz de acumular: una lámpara de querosene con la pantalla quebrada, una persiana, y más lejos, en un rincón, uno de esos maniquíes de rellenos sobre una base de madera que las mujeres utilizan para hacer sus vestidos. Molygruber sacó todo afuera, trasladándolo hacia un vaciadero de desperdicios, y amontonándolo para ser recogido al día siguiente. Volvió al garaje.

Una vieja bañera empotrada debajo de una destartalada mesa de cocina llamó poderosamente su curiosidad, por lo cual trató de sacarla sin conseguir moverla. Decidió, entonces, que primero debía retirar la tabla de la mesa. Lo hizo, y el cajón del centro cayó mostrando unas pocas monedas que contenía. El viejo Molygruber pensó que era una lástima tirarlas cuando él podía comprarse un emparedado o dos con ellas, por lo cual se las puso en un bolsillo para no perderlas. Un poco más al fondo del cajón halló también un sobre con diferentes billetes de dinero extranjero. Igualmente pensó que podía aprovecharlos llevándoselos a un cambista para que le diera su producido. Pero, volviendo a la bañera, levantó la mesa y la empujó hacia afuera, a las puertas del garaje, dejando al descubierto en la parte superior toda una carga de toldos rotos y una silla de cubierta desvencijada. Sacó todo, arrojándolo fuera de la puerta, con lo cual pudo empujar la bañera hasta el centro del garaje.

Esa vieja bañera galvanizada contenía montones de libros, libros de terror algunos de ellos. Molygruber trabajó hasta que sacó todos los libros, apilándolos sobre el suelo. Algunos volúmenes en rústica conmovieron de algún modo su mente: Rampa, libros de Rampa. Pasó con desgano una o dos páginas. "¡Ah! —se dijo— este tipo debe de ser una porquería; cree que la vida sigue y sigue para siempre. ¡Puah! ". Dejó caer los libros sobre la pila y siguió sacando algunos más. Este Rampa parecía haber escrito una cantidad espantosa de libros. Molygruber los

contó y quedó tan asombrado que empezó de nuevo a contarlos. Algunos de los volúmenes se habían deteriorado debido evidentemente a un frasco de tinta que se había volcado. Molygruber suspiró al levantar uno encuadernado primorosamente en cuero, al cual la tinta había manchado justamente en la encuadernación, estropeando el material. "Qué lástima —pensó— podría haber sacado unos pocos dólares por este libro, aunque más no fuera por la encuadernación". Pero, como no hay que llorar sobre la leche derramada, el libro fue arrojado sobre los otros.

Precisamente en el fondo de la bañera descubrió otro libro que se mantenía en solitario esplendor, libre de suciedad, libre de polvo, libre de pintura y tinta por estar cubierto con una gruesa funda de plástico. Molygruber se inclinó y tomándolo, lo sacó de su bolsa protectora. "Usted y la eternidad", leyó. Hizo correr algunas páginas y vio que lucía algunas ilustraciones. Entonces, en un repentino impulso, lo deslizó en uno de sus bolsillos interiores antes de continuar su trabajo.

Ahora, en su peculiar estado de existencia en la nada, recordó ciertas cosas de ese libro. Cuando llegó a su casa esa noche, frente a una lata de cerveza y un gran pedazo de queso que había comprado en el supermercado, con los pies en alto sobre la mesa, estuvo leyéndolo salteado. De algún modo le pareció tan fantástico que más tarde lo arrojó a un rincón del cuarto. Ahora, en cambio, amargamente se lamentaba por no haber leído más porque tal vez, de haberlo hecho, tendría la clave de su dilema.

Sus pensamientos daban vueltas danzando como partículas de polvo en una brisa vagabunda. ¿Qué decía el libro? ¿Qué quería significar el autor cuando escribió esto o aquello? ¿Qué había pasado? Molygruber recordó acerbamente cómo siempre se había opuesto a la idea de la vida después de la muerte.

Uno de los libros de Rampa —¿o fue una carta que había levantado de la basura? — vino repentinamente a su memoria. "A menos que usted crea en una cosa, ésta no existe". Y otra: "Si un hombre de otro planeta llegara a

la Tierra, y si esa forma fuera totalmente extraña a los humanos, hasta sería posible que éstos no fueran capaces de verla porque sus mentes no estarían en condiciones de creer o aceptar algo que está tan lejos de sus propios puntos de referencia".

Molygruber pensaba y pensaba: "Bueno, estoy muerto, pero estoy en algún lado y, por consiguiente, debo existir, por lo cual algo habrá en ese asunto de la vida después de la muerte. Me hubiera gustado saber qué es". Mientras experimentaba esa viscosidad o alquitranado o la nada —las sensaciones eran tan peculiares que no podía definirlas—, también se le ocurrió la posibilidad de que pudiera haber estado equivocado, ahora estaba seguro de que había algo cerca de él, algo que no podía ver, algo que no podía tocar. Pero —se preguntaba—, ¿tal vez porque ahora podía aceptar que posiblemente hubiera vida después de la muerte?

Recordó nuevamente haber oído algunas cosas extrañas en los cuentos de sus compañeros de trabajo del depósito cuando hablaban un día de un tipo internado en un hospital de Toronto. El hombre supuestamente había muerto y salido de su cuerpo. Molygruber no podía recordar exactamente qué era, pero le pareció tanto como podía rememorar que el hombre había estado muy enfermo, había fallecido, y se había evadido de su cuerpo contemplando cosas asombrosas en otro mundo. Luego, para su indignación, los médicos lo habían hecho volver a la vida y había tenido que regresar, contándole a algunos periodistas todas sus experiencias. Molygruber se sintió alborozado; casi podía ver formas sobre él.

De pronto, el pobre Molygruber se sentó violentamente y extendió la mano para parar algo que confundió con su despertador. La campanilla sonaba como si nunca lo hubiera hecho antes. . . pero entonces recordó que no estaba dormido, que no podía sentir sus brazos o sus manos, ni tampoco sus piernas; pues ello y todo lo que había sobre sí era nada, nada, salvo esa insistente y resonante campanilla que podía haber sido eso, pero que

no lo era. No sabía de qué se trataba. Mientras considera-ba el problema se sintió impulsado a una velocidad terrible, increíble, que pronto cesó. Molygruber no tenía la suficiente instrucción como para conocer algo sobre las distintas dimensiones, —tercera dimensión, cuarta dimensión, etc.— pero lo que ocurría es que estaba siendo impulsado de acuerdo con antiguas leyes ocultas, de modo que se movía. Decimos que se movía porque, en realidad, es muy difícil presentar las cosas cuatridimensionales en términos tridimensionales de referencia, de modo que digamos "se movía".

Molygruber continuó su carrera cada vez a mayor velocidad, según le parecía; entonces hubo "algo" y, mirando a su derredor, vio formas como sombras, cosas como a través de un cristal ahumado. Poco tiempo antes se había producido un eclipse de sol y uno de sus compañeros de tareas le había alcanzado un pedazo de vidrio ahumado, diciéndole: "Mira a través de esto, Molygruber, y verás lo que ocurre alrededor del Sol, pero no lo hagas sin él". A medida que miraba, el humo desapareció gradualmente del vidrio y vio, con horror y temor crecientes una extraña habitación.

Ante él había un recinto grande con diferentes mesas, semejantes a las de los hospitales, con todo tipo de ajustes; cada una de ellas estaba ocupada por un cadáver, un cuerpo desnudo, femenino o masculino, todos con el tinte azulado de la muerte. Se sintió mal, cada vez peor, cosas horribles estaban ocurriendo sobre esos cadáveres, tenían tubos metidos en diversas partes y se producía un feo gorgoteo de líquido. También se oían golpes y sonidos intermitentes de bombas. Miró más atentamente y pudo ver con aterrador asombro que algunos de los cuerpos eran bombeados para extraerles la sangre; otros recibían líquido por el mismo procedimiento y, a medida que éste ingresaba en el cuerpo cambiaba su horrible tinte azulado por un color exageradamente saludable.

Sin piedad alguna Molygruber fue empujado hacia adelante, pasando a un anexo o habitación donde una mujer joven, sentada al lado de una de las mesas, maquillaba la

cara de un cadáver femenino. Molygrüber quedó fascinado. Vio cómo el cabello era ondeado, las cejas delineadas y las mejillas sonrosadas, mientras los labios adquirían un tono rojo bastante vívido.

Fue impulsado nuevamente, sobresaltándose al ver otro cuerpo que aparentemente acababa de llegar. Sobre los ojos cerrados se asentaban curiosas piezas cónicas de metal que él supuso correctamente que tenían por objeto mantener los párpados cerrados. Luego observó cómo una aguja de raro aspecto era introducida desde la encía inferior hasta la superior. Sin atenuante alguno se sintió desfallecer cuando el hombre que hacía el trabajo repentinamente metió un instrumento dentro de la aleta nasal izquierda del cadáver y sostuvo la punta de la aguja punzando directamente el tabique, después de lo cual el hilo tenso fue estirado para mantener juntas las mandíbulas, dejando así la boca cerrada. Experimentó náuseas; en otras circunstancias de posibilidad física se hubiera sentido totalmente enfermo.

Siguió avanzando y entonces, totalmente chocado vio un cuerpo que, con dificultad, reconoció como el suyo. Lo observó sobre una mesa, desnudo, flaco, extenuado, y decididamente en condiciones deplorables. Miró con desagrado sus piernas arqueadas y sus prominentes articulaciones. Cerca había un ataúd o, más apropiadamente, una valva.

Nuevamente impulsado a lo largo de un corto corredor, ingresó en un cuarto. Se desplazaba sin ninguna facultad volitiva. Fue detenido en la habitación, donde reconoció a cuatro de sus compañeros de trabajo que, sentados, conversaban con un hombre joven, fino, bien trajeado, que en todo momento tenía en su mente la idea de cuánto dinero podría obtener de esto.

"Molygruber estuvo trabajando para la Municipalidad —dijo uno de sus ex colegas—, no tiene mucho dinero; tiene un coche que no valdrá más de cien dólares, un viejo cascajo muy vapuleado. Supongo que para lo que él lo usaba le sirvió, es todo lo que pudo conseguir. También tiene un aparato de TV muy antiguo, en blanco y

negro, que podría dar de veinte a treinta dólares. Aparte de eso, todos sus otros efectos... bueno, no creo que puedan venderse por más de diez dólares, todo lo cual no da lugar para pagar un entierro ¿no es así? ".

El joven fino, bien vestido, contrajo los labios y se pasó la mano por la cara. "Bueno —dijo—, he pensado que ustedes podrían hacer una colecta tratándose de uno de sus colegas muerto en circunstancias tan particulares. Sabemos que salvó a una chica de ahogarse y por ello dio la vida. Seguramente alguien, hasta la Municipalidad, pagaría para hacerle un entierro adecuado". Los compañeros de Molygruber se miraron entre sí, menearon las cabezas y juguetearon con sus dedos. Al fin, uno dijo: "Yo no creo que la Municipalidad quiera pagar su entierro y sentar un precedente. Nos han dicho que, de hacerlo, los concejales se afirmarán sobre sus piernas traseras y lanzarán un montón de quejas. No, no creo que la Municipalidad ayude en esto".

El joven se mostraba impaciente, aunque trataba de ocultarlo. Después de todo, él era un hombre de negocios, acostumbrado a beneficiarse con la muerte, con los cadáveres, con los féretros, etc., y necesitaba dinero para continuar. Entonces dijo ostensiblemente, como apelando a un último recurso: "Pero, ¿su sindicato no haría nada por él? ".

Los cuatro compañeros casi simultáneamente movieron las cabezas negando. "No —dijo uno—, ya lo hemos intentado pero ninguno quiere pagar. El viejo Molygruber era solamente un barrendero común y no habría gran publicidad si la gente diera para su entierro".

El joven se levantó trasladándose hacia una pieza contigua y llamó a los hombres, diciendo: "Si se acercan, puedo mostrarles diferentes ataúdes, pero el entierro más barato sería de doscientos cincuenta dólares, exactamente la más económica caja de madera y el coche para llevarlo hasta el cementerio. ¿Podrían ustedes juntar doscientos cincuenta dólares? ".

Los hombres se miraron bastante desconcertados, pero finalmente uno dijo: "Bueno, sí, presumo que sí, pero no se los podemos dar ahora".

"Oh, no, yo no espero que ustedes me lo paguen ahora —dijo el joven—, siempre que me firmen este documento garantizando el pago. De otra manera, ustedes ven, podríamos quedar soportando el gasto y, después de todo, no es responsabilidad nuestra".

Los cuatro hombres se miraron entre sí bastante expresivamente, y uno dijo: "Bueno, creo que podremos estirarnos hasta trescientos dólares, pero ni un centavo más. Yo firmaré el documento".

El joven trajo una lapicera y la entregó a uno de ellos quien rápidamente firmó y puso su dirección. Los otros tres hicieron lo propio.

El joven les sonrió cuando ya tenía su documento de garantía, diciendo: "Tenemos que asegurarnos estas cosas, ustedes saben, porque esta persona, el señor Molygruber, está ocupando un lugar que necesitamos muchísimo porque tenemos un negocio muy acreditado y queremos sacarlo tan rápidamente como sea posible; de otro modo, nos imponen multas".

Los hombres asintieron y uno dijo: "Ya. . . ya. . .", y con eso se trasladaron al coche que los había traído. A medida que se alejaban del lugar se sintieron muy abatidos, desanimados y pensativos. Uno dijo: "Supongo que tendremos que conseguir todo el dinero rápidamente; no quiero pensar que el viejo Moly quede en ese lugar". Otro de ellos reflexionó: "Yo pienso lo mismo, pobre viejo, trabajó durante años barriendo las calles, manteniendo su carretilla en mejores condiciones que los otros; ahora está muerto después de haber salvado una vida y nadie quiere aceptar la responsabilidad. Por eso nos corresponde a nosotros demostrar un poco de respeto por él. No era un tipo malo, después de todo. Veamos, entonces, cómo podremos juntar el dinero. ¿Tienen idea de lo que vamos a hacer?

Hubo un silencio. Ninguno había pensado mucho sobre eso. Al final uno señaló: "Bueno, supongo que tendremos que salir de esto hasta verlo correctamente enterrado. Haríamos mejor en ir a ver al capataz y ver qué es lo que nos dice".

Molygruber se desplazó y, moviéndose por el aire, observó la ciudad que conocía tan bien. Parecía uno de esos globos que a veces vuelan sobre Calgary llevando en sí la propaganda de una firma de automóviles. Flotaba sin saber aparentemente hacia dónde se dirigía. Primero le pareció emerger del techo de la funeraria. Miró hacia abajo y observó qué grises y desprovistas de atractivos eran las calles y las casas; cómo necesitaban un remozamiento de pintura, "una buena mano" de pintura, como él decía. Siguió recorriendo ciudad abajo y experimentó un dolor muy fuerte cuando vio en los lugares familiares para él a un extraño, un extraño que usaba su casco plástico, empujaba su carretilla y, probablemente lucía lo que había sido su saco de seguridad rojo fluorescente. Miró cómo el hombre empujaba la escoba lánguidamente sobre las alcantarillas y cómo de cuando en cuando alcanzaba los dos tablones que debía sostener en sus manos para levantar la basura y depositarla en la carretilla. Esta, parecía también bastante deslucida; no estaba esmeradamente cuidada como él lo hacía, pensó. Siguió su vuelo siempre mirando hacia abajo con ojo crítico, condenatorio, juzgando el desorden y la suciedad de la vía pública. Miró el sitio para un nuevo edificio y pudo ver el suelo que estaba siendo excavado, y el polvo levantado y trasportado a través de la ciudad por las fuertes brisas que soplaban.

Algo lo impulsó hasta el depósito de sanidad. Se halló flotando sobre la ciudad y sumergiéndose en un camión sanitario que iba a recoger las carretillas y los hombres. Pero siguió, siguió hasta el depósito, penetrando a través del techo. Allí encontró a sus cuatro compañeros de tareas hablando con el capataz: "Bueno, no podemos dejarlo allí —dijo uno de los hombres—, es horrible pensar que no se haya conseguido suficiente dinero para lograr la solución correcta, y que nadie más haga algo". El capataz preguntó: "¿Por qué no hacemos una colecta? Es el día de pago; si pedimos a cada uno de los hombres que dé sólo diez dólares, podremos enterrarlo correctamente con unas pocas flores. Yo lo conocía cuan-

do era un muchacho, nunca tuvo nada, a veces me he preguntado si estaba bien de la cabeza, pero siempre cumplió con su obligación, aunque un poco más lentamente que muchos otros. Sí, eso es lo que vamos a hacer, pondremos un aviso sobre la ventanilla de pago pidiendo a cada uno que dé por lo menos diez dólares".

Uno de los compañeros preguntó: "¿Cuánto dará usted? ".

El capataz frunció los labios y torció la cara, hurgando su bolsillo. Sacó su vieja y estropeada billetera y miró su contenido. "Ahí está —dijo—; es todo lo que tengo hasta que cobre, veinte dólares. Tómenlos, daré veinte dólares".

Uno de los hombres se puso a revolver por el lugar y encontró entre la basura una caja de cartón apropiada para el caso. Cortó una hendija en el medio y propuso: "Aquí está nuestra caja para la colecta. La pondremos frente a la ventanilla de pagos junto con el aviso. Trataré de que alguno de los empleados escriba la nota para nosotros antes de que vengan a cobrar".

Poco después los hombres volvían de sus turnos. Las carretillas fueron descargadas desde los camiones, ellos se estacionaron en los lugares asignados y pusieron sus escobas en las parrillas, listas para el día siguiente. Luego, charlando ociosamente como hacen los hombres y las mujeres cuando andan en tropel, se dirigieron a la ventanilla de pago. "¿Qué es esto? ", preguntó uno.

"Nuestro difunto compañero Molygruber no ha dejado suficiente dinero para pagar su entierro. ¿Cómo ustedes, muchachos, no van a dar diez dólares cada uno, por lo menos? El fue nuestro compañero, ustedes saben, y perteneció al plantel municipal durante muchísimo tiempo".

Los hombres rezongaron y gruñeron un poco, y el primero se acercó para recibir el sobre con la paga. Todos los ojos estaban puestos sobre él cuando lo tuvo en sus manos. Rápidamente se lo metió en el bolsillo, pero luego, ante las miradas de los que lo rodeaban, sin mucho entusiasmo lo sacó, rasgando uno de sus extremos

de mala gana. Muy lentamente, puso el índice y el pulgar dentro y al fin sacó un billete de diez dólares. Lo miró una y otra vez, dándolo vuelta entre las manos. Entonces, con un gran suspiro, lo metió rápidamente a través de la hendija de la caja de colecta y se fue. Otros cobraron sus sueldos y, bajo la mirada vigilante de todos los que estaban reunidos, sacaron un billete de diez dólares echándolo en la caja. Una vez que hubieron cobrado, todos, excepto uno, habían contribuido con sus diez dólares. El que se había negado dijo: "Yo no, yo no conocí a ese hombre, trabajo aquí sólo desde esta semana. No veo por qué esperan que pague por un tipo a quien no vi jamás". Se ajustó la gorra sobre la cabeza y, acercándose a su viejo coche, partió entre golpeteos y ruidos.

El capataz se dirigió a los cuatro hombres principalmente preocupados por el asunto. "¿Por qué no van a ver a los jefes superiores? —sugirió—. Quizá den algo. Total, no pierden nada; no los pueden echar por eso ¿verdad? ". Los cuatro hombres entraron en las oficinas de los funcionarios superiores. Se sentían un poco cohibidos y, paso a paso y en silencio, al fin uno se decidió a hablar dando la noticia y pasando la caja de colecta frente a uno de los gerentes. Este lo miró y, suspirando, sacó diez dólares, y dobló el billete, metiéndolo en la caja. Otros hicieron lo mismo. Diez dólares, ni más ni menos. Al fin, y una vez cumplidas las rondas, los cuatro hombres regresaron ante el capataz. "Bueno, muchachos —indicó—, ahora vayan al contador y pídanle que cuente cuánto se ha recaudado y les dé una constancia del total. Terminemos con esto".

CAPITULO IV

Gertie Glubenheimer contempló sombríamente el aspecto de la gran habitación. Cuerpos por doquier, pensó, cuerpos a mi izquierda, cuerpos a mi derecha, cuerpos al frente y cuerpos por detrás. ¡Qué montón tan desagradable! Se enderezó y miró el reloj situado en el extremo opuesto del cuarto. Las doce y media, se dijo, hora de almorzar. Entonces sacó su vianda desde abajo de la mesa sobre la cual había estado trabajando y, volviéndose extendió un libro y sus emparedados sobre el cuerpo que tenía al lado. Gertie era embalsamadora. Preparaba cadáveres en la funeraria de modo que pudieran ser vistos y admirados por sus parientes en las oficinas de exhibición. "¡Oh, mírenlo! ¿No les parece que tío Nick luce muy bien ahora? —diría la gente. Gertie estaba muy familiarizada con los cadáveres, por lo cual ni siquiera se molestaba para lavarse las manos antes de tocar su alimento después de trabajar con ellos.

Una voz se hizo sentir: "¿Quién fue el estúpido que dejó esa autopsia sin rellenar la cavidad torácica?". Un hombrecito en el extremo de la habitación, próximo a la puerta, casi saltaba de rabia.

"¿Cómo, jefe, qué pasó? —preguntó un hombre incautamente.

"¿Qué pasó? ¡Le diré qué pasó! La mujer de ese tipo se inclinó sobre él para darle un tierno beso de despedida, sólo había un pedazo de papel bajo la sábana y su codo se hundió en el pecho. Ahora sufre un ataque de histeria que revienta y amenaza con demandarnos".

Todos reprimieron una risita porque cosas como ésas sucedían siempre y nadie las tomaba demasiado en serio. Para ir al grano, a los parientes no les gustaría que se supiera que habían metido sus codos dentro de su ser querido precisamente cuando se lo preparaba para su entierro.

El jefe miró hacia arriba y se acercó rápidamente a Gertie: "¡Saque la vianda de su cara —rugió—, le está doblando la nariz y nunca podrá enderezársela de nuevo!".

Gertie hizo una aspiración nasal y dijo: "Bien, jefe, mantenga la calma, este tipo es un pordiosero, no va a ser exhibido".

El jefe miró el número sobre la mesa y consultó una lista que llevaba: "Bueno, no pueden pedir más de trescientos dólares. Lo pondremos en la caja y lo sacaremos. ¿Qué va a hacer con la ropa?".

La mujer miró el cuerpo desnudo que yacía a su lado y preguntó: "¿Qué pasó con la ropa que tenía puesta cuando vino?".

El jefe contestó: "Escasamente servía para poner en el tacho de basura. De cualquier modo, se encogió tanto después de ser lavada que no podría ser útil ahora".

Gertie sugirió: "Bien, ¿qué le parece esas viejas cortinas que bajamos y decidimos que estaban demasiado decoloradas para ponerlas de nuevo? Podríamos envolverlo en una de ésas".

El jefe la miró airadamente, replicando: "Valen diez dólares. ¿Quién va a pagar diez dólares si faltan? Creo que lo mejor es poner aserrín y virutas en la caja, meterlo adentro y tapar nuevamente con aserrín. Eso es suficiente, nadie va a verlo, de cualquier modo. Hágalo". Se fue dando un portazo y Gertie volvió a su almuerzo.

Por encima de todo, Molygruber se desplazaba en su forma astral, no visto, no oído, pero viendo y oyendo todo. Estaba consternado al ver la manera cómo era tratado su cuerpo, pero algún extraño poder lo mantenía allí y no podía moverse ni desviarse del lugar. Observó lo que seguía produciéndose, vio algunos cuerpos femeninos

cubiertos con atavíos realmente maravillosos; los hombres eran arreglados con lo que parecían ser trajes de noche o de etiqueta, mientras que él, pensó, tendría suerte si conseguía un puñado o dos de aserrín.

"¿Qué estás leyendo, Bert? —preguntó alguien. Un joven con un libro en rústica en una mano y una hamburguesa en la otra levantó de pronto la mirada y movió el libro ante el que preguntaba: "Yo creo" —contestó. "Es un buen libro. Es de un tal Rampa que vive en la ciudad. He leído todos sus libros y una cosa me ha quedado en la mente desde entonces: debes creer en algo porque, si no crees en nada, estás atrapado en un laberinto. Mira a ese tipo allí —con un gesto indicó el cuerpo del viejo Molygruber, frío, quieto y desnudo sobre la mesa— ése era ateo. Me pregunto qué estará haciendo ahora. No puede estar en el cielo porque no creyó en él ni puede ir al infierno porque tampoco creyó en él. Debe de estar apresado entre los mundos. Este Rampa siempre preconiza que nadie tiene por qué creer lo que él dice, pero sí creer en algo o, por lo menos, dejar la mente abierta porque así los que pueden ayudar, o lo que sea que está en el otro lado, pueden mantenerse en contacto con uno y brindarle auxilio. Y en alguna parte de sus libros comenta que de lo contrario, cuando uno muere queda atrapado en la nada". Rio y luego dijo: "También afirma que, cuando la gente alcanza la etapa en la cual sale de su cuerpo, ve lo que espera ver. Eso debe de ser un espectáculo ¡contemplar a todos los ángeles que revolotean en derredor! "

Un hombre se adelantó para mirar la tapa del libro. "Linda imagen, ¿no? Me pregunto cuál será el significado de esta ilustración".

"No sé —dijo el dueño del libro—. Esa es una de las cosas de estos libros. Compras tapas y nunca se sabe lo que quieren decir. No importa, son las palabras que están dentro las que valen".

El viejo Molygruber flotaba cada vez más cerca. Sin esfuerzo propio parecía estar orientado hacia ciertos lugares, a medida que los hombres hablaban del libro, siendo

enviado exactamente sobre ellos. Quedó en su mente: "Si usted en nada cree, entonces, en tanto y en cuanto a usted concierne, nada existe. Y entonces ¿qué va usted a hacer? ".

La hora del almuerzo continuaba. Algunos leían libros sostenidos contra los cuerpos; Gertie había extendido su merienda sobre el viejo Molygruber exactamente como si fuera una mesa de repuesto para su comodidad. Al fin sonó la campana indicando que el descanso para el almuerzo había acabado. La gente hizo desaparecer los restos de la comida. Gertie tomó un cepillo y cepilló las migas del cuerpo de Molygruber quien, desde su posición errante, miró hacia abajo con disgusto por la falta de cuidado y consideración que demostraba en todos sus actos.

" ¡Oigan, ustedes, muchachos, arreglen ese cuerpo inmediatamente! Echen aserrín en la caja número cuarenta y nueve y pongan a ese tipo sobre las virutas, volcándole más encima. Asegúrense de que esté todo limpio". Nuevamente el jefe. Dio vueltas por la gran habitación con un manojo de papeles en su mano, diciendo. "Quieren que el entierro sea esta tarde a las dos y media lo que es un poquito apresurado. Debo ir a cambiarme". Y se dio vuelta, desapareciendo.

Gertie y uno de los hombres hicieron rodar el cuerpo de Molygruber sobre un lado, pasando lazos por debajo de él; y luego lo dieron vuelta hacia el otro lado de modo que pudieran tomarse los lazos. Pequeños ganchos fueron levantados para encajar en los ojales y luego el cuerpo fue suspendido en lo que parecía ser una pequeña vía férrea que corría sobre varillas. Empujaron el cuerpo hacia el lado de la habitación donde estaba lo que llamaban caja, numerada con un 49 en tiza y lista, con la tapa sacada. El asistente se dirigió hacia un gran tacho y sacó una cantidad de aserrín que echó generosamente dentro de ella hasta que juntó una buena cantidad. Entonces Molygruber fue introducido en la caja. La muchacha dijo: "Creo que todo andará bien. Lo he limpiado y preparado bien. Por si acaso, pónganle más aserrín que

viruta. El viejo no lo sabrá". Así, otra carga de aserrín fue desparramada sobre el cuerpo hasta que éste quedó totalmente cubierto. Juntos levantaron la tapa y la aseguraron de un golpe. El hombre alcanzó un destornillador neumático e hizo girar los tornillos, mientras la mujer los sostenía con sus dedos en los agujeros. Luego fue a buscar un trapo mojado y cuidadosamente borró el número en tiza. La caja fue levantada y movida hacia los lados sobre un trole rodante. Un paño mortuorio morado se colocó sobre ella, y todo fue desplazado sobre ruedas fuera de la sala de trabajo, hacia las de muestra y exhibición.

Llegaron voces; el jefe, ataviado ahora como un director de funeraria convencional en traje de etiqueta, saco negro, sombrero de copa y pantalones con galón, apareció en escena. " ¡Saquen eso de allí! ¡Muévanlo hacia ustedes! —gritaba— el coche fúnebre está esperando. ¡Muévanse! ". Gertie y el asistente "se movieron" y empujaron la caja hasta una rampa donde había un dispositivo especial de carga que consistía en una cantidad de rodillos en una estructura que se extendía directamente desde la rampa hacia la parte trasera del coche fúnebre. Colocaron la caja sobre los rodillos y fácilmente la empujaron hasta dentro del coche. El conductor bajó de su asiento y dijo: "¿Listo? ¡Vamos! ". El Director subió a su lado, lentamente las puertas del garaje fueron levantadas y el coche salió.

Solamente había un coche esperando fuera, un coche con los cuatro compañeros de Molygruber ataviados con sus mejores ropas domingueras, que probablemente habían tenido que rescatar del prestamista. Algunos de estos trabajadores tenían la brillante idea de que, mientras no usaban sus ropas de domingo, las dejaban en lo del prestamista porque les daba dinero que podrían gastar hasta el fin de semana cuando recibían la paga; además, el prestamista siempre tenía sus ropas limpias y prolijamente planchadas antes de ponerlas en el guardarropa.

El pobre Molygruber parecía conectado con su cuerpo

por cordones invisibles. Cuando la caja era empujada hacia afuera, Molygruber en su forma astral era arrastrado al mismo tiempo y no podía decir nada. En cambio, se mantenía alrededor de diez pies sobre su cuerpo; así, se halló atravesando invisiblemente paredes, pisos y cielorrasos. Al final, fue empujado dentro del coche fúnebre y éste desplazado hacia afuera. El Director de la funeraria se inclinó desde el fúnebre y dijo a los cuatro hombres: "¿Listo? Muy bien, vamos entonces". El coche partió desde el lugar de estacionamiento de la funeraria y los cuatro hombres doloridos siguieron detrás. Los coches tenían los faroles delanteros encendidos en señal de que se trataba de un entierro; al costado del coche de acompañamiento lucía una pequeña bandera triangular fijada en la parte superior de la ventanilla que indicaba: "Funeral". Esto significaba que podía superar las luces del tránsito y la policía no podía detenerlos. Avanzaban poco a poco, a lo largo de las calles atestadas, ante niños que jugaban en los patios de sus escuelas. Finalmente llegaron al cementerio. Allí el Director de la funeraria se detuvo, descendió y se acercó hasta el coche de acompañamiento. "No nos pierdan de vista, manténganse cerca —dijo— porque en la próxima intersección siempre hay alguien que trata de alejarnos y ustedes pueden perderse. Tenemos que tomar la tercera a la derecha y la primera a la izquierda". El conductor del coche acompañante asintió con la cabeza, de modo que el Director volvió al fúnebre. Nuevamente arrancaron con el coche acompañante casi a la cola.

Pronto alcanzaron las puertas del cementerio. El fúnebre y el coche acompañante entraron por un sendero. Arriba y fuera de la orilla había una tumba recientemente abierta con un marco sobre ella y las poleas al costado. El fúnebre se adelantó, dio vuelta y retrocedió. Dos hombres que esperaban al lado de la tumba se adelantaron. El conductor y el Director bajaron y los cuatro abrieron la parte trasera del fúnebre sacando el ataúd. Se volvieron, regresando hacia la tumba. Los cuatro deudos los siguieron. "Este hombre era ateo —dijo el

Director de la funeraria— de modo que no habrá servicio religioso, lo cual ahorrará a ustedes cierto gasto. Sólo lo bajaremos y lo cubriremos". Los otros hombres asintieron con la cabeza y el féretro fue colocado sobre la parte superior de los rodillos poniendo por debajo correas especiales; luego, lentamente fue bajado a la tierra. Los cuatro compañeros se inclinaron sobre la tumba abierta como si fueran uno y miraron hacia abajo totalmente conmovidos. Uno dijo: "Pobre viejo Molygruber, nadie en el mundo cuidará de él". Otro comentó: "Bueno, espero que alguien sabrá adonde se ha ido". Nada más. Volvieron a su coche que retrocedió, dio vuelta y lentamente se alejó del cementerio. Los dos hombres que habían quedado al lado del Director tomaron una pala, y una carga colmada de tierra cayó sobre la caja con un sonido hueco, doliente. El Director dijo: "Bien, hasta arriba, eso es todo", y volvió al fúnebre. El conductor hizo lo propio y ambos se alejaron.

Molygruber flotaba por encima de todo, impotente, impotente para moverse, mirando hacia abajo y pensando: "De modo que esto es el fin de la vida ¿eh? Y ahora ¿qué? ¿A dónde voy desde aquí? Siempre he creído que nada había después de la muerte, pero estoy muerto y allí está mi cuerpo y aquí estoy yo. Pero ¿qué soy yo y dónde estoy? ". Entonces pareció que se producía un sonoro ruido como el de una música de instrumentos de cuerda, como el sonido que hace el viento cuando atraviesa las tensas líneas telefónicas sobre colinas elevadas, y Molygruber se halló desplazándose a toda velocidad en la nada. Nada había delante de él; nada, detrás; nada a sus lados; ni al frente; ni a la espalda; corría arrastrado por la nada.

¡Silencio! Sólo silencio, ningún sonido. Se esmeró en escuchar algo muy cuidadosamente, pero no había sonido de un latido de corazón. Contuvo su respiración —o pensó que lo estaba haciendo— y tuvo que admitir que su corazón no latía y que sus pulmones no trabajaban. Por la fuerza de la costumbre extendió las manos para sentir su pecho; y tuvo la definida impresión que había

extendido sus manos, una impresión muy cabal de que nada funcionaba, que no había nada. . . nada.

El silencio se volvía opresivo. Se desplazaba incómodamente. ¿En realidad se movía? Ya no estaba seguro de nada. Trató de mover una pierna. Intentó hacer girar un dedo del pie, pero no. . . nada. No experimentaba sentimiento, movimiento, no había sensación alguna. Se puso de espaldas —o pensó que lo había hecho— y trató de apaciguarse y de ordenar sus pensamientos. ¿Cómo se puede pensar en medio de la nada, cuando se tiene la impresión de que no se es nada y de que ni siquiera se existe? Pero se ha de existir, es lo que él pensó, porque si no estuviera existiendo. . . bueno. . . no podría pensar. Pensó en la caja que fue bajada a la tierra dura, dura, la tierra seca por la gran sequía de esos días, sin lluvia, sin una nube en el cielo. Pensaba, seguía pensando.

Y mientras pensaba tuvo una repentina sensación de movimiento. Miró, diría, "hacia un costado" y con asombro halló que estaba sobre su tumba, pero ¿cómo podía ser eso cuando hacía un segundo —¿un segundo? ¿qué era el tiempo y cómo podía medirse allí. . .? Por costumbre miró su muñeca, pero no había reloj. Tampoco había brazo, no había nada. Cuando miró hacia abajo, sólo vio la tumba. Percibió con considerable sorpresa y temor que sobre ella había crecido un pasto alto. ¿Cuánto tarda el pasto en crecer? Era evidente que había sido enterrado hacía un mes. La hierba no podía haber crecido tan rápidamente, no podía haberse desarrollado en menos de un mes o seis semanas. Entonces halló que su visión se deslizaba por debajo de la hierba, por debajo de la tierra, y vio gusanos que proliferaban y se movían, y vio pequeños insectos que se amontonaban alrededor. Su vista penetró aún más, llegó hasta la madera de la caja y vio el deterioro y la putrefacción de lo que contenía. De modo instantáneo retrocedió y dio un salto con un grito de terror silencioso, o ésa fue la sensación que experimentó. Se encontró temblando, sacudido en cada miembro, pero luego recordó que no tenía extremidades y que no tenía cuerpo que pudiera decir que sentía. Miró a su

derredor y nada pudo ver; no había luz ni oscuridad sólo un vacío, el vacío de una vacuidad tan completa que ni la luz podía existir. La sensación era terrible, chocante. Pero ¿cómo podía tener una sensación si no tenía cuerpo? Yacía allí, o existiría allí, tratando de resolver qué era.

De pronto, un pensamiento errante cruzó por su conciencia. "Yo creo" —le decía el pensamiento— "Rampa", seguía el pensamiento. ¿Qué era lo que esos compañeros de trabajo habían dicho la última vez que los vio en el depósito sanitario? Allí se habían reunido una cantidad de barrenderos, de conductores de camiones basureros, también, que hablaban sobre la vida y la muerte y cosas por el estilo, conversación originada por Molygruber por haber mostrado un libro de Lobsang Rampa.

Uno de los hombres había dicho: "Bueno, yo no sé qué creer, nunca supe qué creer. Mi religión tampoco me ayuda, no nos da respuesta alguna, sólo dice que hay que tener fe. ¿Cómo se puede tener fe si no hay prueba alguna de nada? ¿Alguno de ustedes alguna vez ha recibido respuesta a una oración? ", preguntó. Miró a sus colegas que negaron con un movimiento de cabeza. Uno contestó: "No, jamás, y tampoco supe nunca de ninguno que tuviera respuesta a una oración. Cuando era chico me enseñaron la Biblia y una cosa que quedó en mi mente entonces fue que todos los viejos seguidores, grandes profetas y qué se yo, acostumbraban a rezar con sus tontas cabezas ausentes, pero nunca obtuvieron respuesta, nunca ocurrió algo bueno. Recuerdo que un día estuve leyendo sobre la crucifixión. Decía el Evangelio que Cristo pronunció palabras en la cruz: 'Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado? ' y no tuvo respuesta".

Hubo un pesado silencio entre los hombres a medida que miraban hacia abajo y arrastraban sus pies, incómodos; con mentes poco acostumbradas, trataron de pensar en el futuro. ¿Qué había después de la muerte? ¿Algo? ¿Los cuerpos retornarían a la Tierra como una masa descompuesta y luego como huesos inútiles desintegrándose en el polvo? Ha de haber algo más que esto,

pensaron. Había un definido propósito de vida y un definido propósito de muerte. Algunos de ellos miraron a sus compañeros con un pequeño sentimiento culpable a medida que recordaban circunstancias extrañas, sucesos peculiares, y acontecimientos que no podían ser explicados por cosa alguna dentro de sus conciencias.

Uno dijo: "Bueno, ese autor del cual han estado hablando y que vive abajo, en la ciudad, bueno... mi mujer ha leído sus libros y me ha dicho algo terrible. 'Jake, Jake, si no crees en algo no tendrás en qué apoyarte cuando te mueras'. Si crees que hay una vida después de ésta, entonces sentirás la otra vida, es tan simple como todo eso, tienes que creer que hay otra vida porque de otro modo vas a flotar como una burbuja en el viento, de un lado a otro, casi sin existencia. Tienes que creer, tienes que mantener la mente abierta de modo que puedas estar listo para creer si sientes algo que estimula tu interés cuando hayas muerto".

Hubo un largo silencio después de esta perorata. Los hombres se miraron perplejos, inquietos y molestos, preguntándose cómo podrían irse sin parecer que salían disparando. Molygruber pensaba en todo esto mientras yacía allí, o estaba de pie o sentado —no sabía cómo— en lo alto de la nada. Pero, entonces, quizás ese autor tenía razón, quizá la gente lo había perseguido, lo atormentaba y le hacía una publicidad desfavorable porque no sabían y estaban equivocados. Quizás ese autor tenía razón y ahora, ¿qué era lo que estaba enseñando? Molygruber se esforzó y esforzó para recordar y retener un pensamiento huidizo que escasamente rozaba la superficie ondulante de su conciencia. Al fin, llegó hasta él: "Usted debe creer en ALGO. Si usted es católico, entonces crea en un cielo poblado de santos y ángeles. Si usted es judío, crea en un cielo diferente. Si usted es devoto del islamismo, nuevamente crea en un cielo distinto. Pero debe creer en algo, debe mantener su mente abierta; si en realidad usted en nada cree todavía, abra su mente para que pueda ser convencido. De otra manera usted flotará ociosamente entre los mundos, entre planos, flotará co-

mo un pensamiento pasajero, tan liviano como un pensamiento".

Molygruber reflexionó y reflexionó sobre esto. Rememoró cómo a lo largo de su vida había negado la existencia de Dios, la existencia de una religión, pensando que todos los curas eran Shylocks que sólo trataban de sacar dinero a cambio de una cantidad de cuentos de hadas. Pensó en todo esto. Trató de imaginarse al viejo autor a quien alguna vez había visto encerrado. Se concentró para rememorar su cara y, para su terror, le pareció que el rostro del autor estaba frente a él, hablándole: "Usted debe creer; a menos que usted crea en ALGO, será una sombra que flotará impotente, sin motivación, sin esperanza. Usted debe creer y mantener su mente abierta; debe estar alerta para recibir ayuda cuando sea sacado de la vacuidad, del vacío estéril y se mueva a otro plano de existencia".

Otra vez Molygruber pensó: "Me pregunto quién estará usando ahora mi vieja carretilla". Y como un relámpago, vio de nuevo las calles de Calgary, y en ellas a un hombre joven que en ese momento empujaba su carretilla, barriendo las veredas, deteniéndose con bastante frecuencia para fumar. Luego vio al viejo autor y se estremeció asustado cuando advirtió que miraba hacia arriba con una cierta sonrisa. Los labios formaron palabras: "Crea en algo; crea, abra su mente, hay gente dispuesta a ayudarlo".

Molygruber cambió nuevamente su vista y sintió un impulso de indignación hacia el hombre que usaba su vieja carretilla. Era una carretilla vieja y sucia ahora, con basura adherida en las bisagras de las tapas y sobre las varas. La escoba estaba gastada, también, no gastada uniformemente, sino gastada a desnivel, en ángulo, lo cual le revelaba que quien la estaba usando no era un hombre que hacía honor a su tarea. Sintió un arrebato de ira y con él una velocidad grande que lo asustaba y obnubilaba. ¡Todo esto era tan extraño! ¿Cómo podía sentir velocidad cuando no tenía sensación de movi-

miento? ¿Cómo podía desplazarse con tal rapidez sin sentir el viento en su rostro? Se sacudió presa de terror. ¿Tenía rostro? ¿Se hallaba en un lugar donde había viento? No lo sabía.

Molygruber simplemente ERA. No había sensación de tiempo y escasamente sensación de existencia. Simplemente ERA. Su mente se hacía sentir mediante pensamientos inconexos que penetraban cruzando la pantalla de su visión mental. De nuevo se representó al viejo autor y casi oyó las palabras que no habían sido pronunciadas: "Usted debe creer en algo". Y Molygruber tuvo una visión de su infancia, las paupérrimas condiciones bajo las cuales había vivido. Recordó una lámina de la Biblia y una sentencia: "El Señor es mi pastor, El me guía, nada me puede faltar. . ." El me guía. El pensamiento golpeaba como un tema infinito en la mente de Molygruber, o en su conciencia, o en lo que le hubiera quedado, y pensó: " ¡Yo quiero que El me guíe! ¡Quisiera que alguien me guiara! ". Con esta idea se sintió "algo", no podía decir qué, pero tenía la sensación de que había gente cerca y ello le recordó una vez que había dormido en una posada de mala muerte y cada vez que una persona andaba en esa gran habitación se sentía alertado, aun cuando no hasta el punto de despertarse, pero sí al de estar en guardia para el caso de que trataran de robarle el reloj que tenía debajo de su almohada o la escuálida billetera que tenía adherida a su muslo.

Expresó un pensamiento: " ¡Ayúdenme, ayúdenme! " Entonces tuvo la sensación de que tenía pies, una sensación de extremidades. Sí, tenía pies, descalzos; y con terror halló que se asentaban en algo pegajoso, alquitrán quizá, según imaginó. Se acordó de una vez en que siendo joven había escapado de la casa descalzo y caminado donde los obreros viales habían alquitranado la carretera. Recordó su desesperación —era muy joven— al pensar que había quedado pegado en el camino y nunca más podría liberarse. Fue como ahora; estaba adherido, adherido al alquitrán. Y pensó que el alquitrán trepaba

por su cuerpo porque ya podía sentir un cuerpo, y brazos, manos y dedos, aunque no podía moverlos porque estaban pegados en el alquitrán o algo parecido, pegajoso que le impedía el movimiento. Hubiera jurado que en su derredor había gente que lo observaba. Otra vez fue presa de un arrebato de ira, roja ira, casi homicida, y gritó su pensamiento: "Ustedes muchachos, ¿por qué están ahí con la boca abierta? ¿Por qué no vienen a darme una mano? ¿No se dan cuenta de que estoy pegado? " El pensamiento volvió claro y fuerte, casi como algunas de las cosas que había visto por televisión en los aparatos que se exhiben en las vidrieras de los comercios. "Usted debe creer, usted debe creer. Usted debe abrir su mente antes que podamos ayudarlo, pues usted nos rechaza con cada pensamiento. ¡Crea! Estamos dispuestos a ayudarlo, pero ¡crea! ".

Molygruber, resoplando, trató de correr detrás de la gente que lo miraba fijamente, pues estaba seguro de que estaban mirándolo; pero encontró que sus movimientos eran sólo ademanes. Estaba pegado en el alquitrán, sus gestos eran casi imperceptibles. De improviso pensó: " ¡Oh, mi Dios! ¿Qué ha sucedido? ". Y con su exclamación de " ¡Oh, mi Dios! " una luz se encendió en la oscuridad como la luz del sol aparece en el horizonte en las primeras horas de la mañana. Parecía aterrado y otra vez, como haciendo una nueva experiencia, murmuró: "Dios. . . Dios. . . ¡Ayúdame! ". Para su regocijo y sorpresa divisó una "Figura" de pie sobre la línea del horizonte que lo llamaba, haciéndole señas. Pero, no Molygruber no estaba preparado todavía y se dijo: "Una nube extraña, quizás. Eso es lo que será. Nadie viene a ayudarme". Así, la luz oscureció, la brillantez de la línea del horizonte se desdibujó, y Molygruber se hundió más profundamente en el alquitrán o lo que fuere. El tiempo trascurría interminablemente; no podía saber cómo, pero trascurría, y la entidad que había sido Molygruber descansaba en "alguna parte", inmersa en la oscuridad de su descreimiento. Lo rodeaban aquéllos que podrían ayudarlo con sólo comprobar que él abría su mente a la

credulidad, aquéllos que podrían cumplir su tarea y guiarlo hacia la luz, hacia cualquier forma de vida o existencia posible.

Padecía una considerable turbación, peor aún porque no podía sentir los brazos, las piernas u otra cosa, y ello era sumamente desagradable. Por alguna razón no podía sacar de su mente el recuerdo del viejo escritor; estaba constantemente ahí, punzándolo. Algo burbujeaba en su subconsciente. Al final, lo captó.

Unos pocos meses antes había visto al viejo escritor en su silla de ruedas eléctricamente impulsada, dando vueltas por el nuevo parque; un hombre estaba con él. Molygruber, como solía hacerlo, se detuvo para escuchar lo que conversaban. El escritor decía: "Usted sabe, la Biblia cristiana arroja cantidades de luz en cuanto a la vida después de la muerte, y siempre me impresiona como muy notable que los cristianos —católicos, en particular— crean en santos, ángeles, demonios, etc., mientras que por alguna extraordinaria razón parecen dudar de la vida después de la muerte. Si no, cómo van a explicar el Ecclesiastes 12:5 - 7 que, en realidad dice: '. . . porque el hombre va a la casa de su siglo, y los endechadores andarán en derredor por la plaza; antes que la cadena de plata se quiebre, y se rompa el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente y la rueda sea rota sobre el pozo; y el polvo se torne a la tierra, como era, y el espíritu se vuelva a Dios que lo dio'. Bien —siguió diciendo el viejo escritor—; usted sabe lo que eso significa ¿verdad? Quiere decir que del cuerpo de una persona una parte retorna al polvo de donde se dice que ha sido hecha, y la otra parte retorna a Dios o a la vida más allá de esto. Ahora, eso es la Biblia cristiana, ellos dan fe de la vida después de la muerte, pero los cristianos aparentemente, no. Entonces hay una cantidad de cosas en las cuales los cristianos no creen. ¡Ellos las descubrirán, sin embargo, cuando estén en el Otro Lado! ".

Moligruber dio realmente un brinco, o sintió como si lo hubiera hecho. ¿Cómo se podría saltar si no se tiene cuerpo? Las palabras parecían como pronunciadas exac-

tamente detrás de él. Algo se manejaba para rondar su consciente, pero no había nada detrás de él, por lo cual meditó sobre el problema durante algún tiempo pensando que quizás había estado perdido, quizás había dejado en su vida distorsionar su pensamiento; quizás había algo en la vida después de la vida terrenal. Sacó la conclusión de que así debía ser porque él había visto su cuerpo muerto, y lleno de estremecimiento y dolor —si cabía— había visto su cuerpo en proceso de deterioro, con los huesos mostrándose por entre la carne en descomposición.

Sí, se dijo, sin voz, ha de haber algo en la vida después de la muerte; él había estado equivocado durante todos esos años. Podía ser que la amargura generada durante los primeros años de su vida por las privaciones e injusticias vividas hubiera distorsionado sus valores. Sí, tendría que haber algún tipo de vida porque él aún estaba vivo, o suponía que lo estaba y, si no lo estaba ¿cómo podía pensar esas cosas? Sí, ha de haber una suerte de vida.

A medida que lo pensaba sintió que ocurría algo sumamente particular. Le pareció que lo estaban pinchando, pinchando lo que podría haber sido el contorno de un cuerpo. Sintió que tenía brazos y manos, piernas y pies y, al doblarse un poquito, pudo sentirlos. Y entonces —¡bendito sea Dios! — la luz se intensificó. En la nada, en la más completa vacuidad en la cual había estado existiendo, la luz empezaba a penetrar; era de un tinte rosado, muy desvaído al principio, pero cada vez más fuerte. Y entonces, repentinamente, y tanto que casi se marea, se inclinó y le pareció que estaba cayendo, cayendo sobre sus pies. Después de un rato se asentó sobre algo viscoso, algo pegajoso, y sobre él pudo ver una negra niebla entremezclada con rayos de luz rosada. Trató de moverse y halló que, aunque el movimiento no estaba totalmente impedido, le resultaba difícil, difícil. Parecía hallarse dentro de algún material aglutinante que lo retardaba, que demoraba su movimiento, y allí estuvo torpemente tratando de levantar primero un pie y luego el otro. Pensó para sí que era como aquellos monstruos

horripilantes que a veces ilustran las portadas de los llamativos libros de ciencia ficción.

Gritó lo más fuerte que pudo: "¡Oh, Dios, si es que hay un Dios, ayúdame! ". No bien estas palabras fueron pronunciadas se produjo un cambio de circunstancias. El elemento pegajoso desapareció, el material que lo rodeaba se fue disipando, y pudo débilmente discernir figuras que se movían. Era una sensación sumamente extraña. Parecía como si estuviera en una bolsa de plástico de un tinte ahumado. Estaba allí, tratando de descubrir algo a través del plástico brumoso, sin llegar a ningún lado.

Se mantuvo con las manos sobre los ojos haciendo de pantalla, intentando divisar cualquier cosa que hubiera para ver. Tuvo la impresión, más que la visión, de gente que extendía los brazos tratando de alcanzarlo, pero sin poder hacerlo. Parecía existir alguna barrera, alguna pared invisible.

¡Oh, Señor, pensó, si sólo pudiera hacer desaparecer este color que no sé cuál es, si sólo pudiera echar abajo esta pared, o papel, o plástico o lo que sea! No puedo ver a esas personas, quizás estén tratando de ayudarme, o quizás estén tratando de matarme, pero ¿cómo podrían hacer eso si ya estoy muerto? ¿O no estoy muerto? Se estremeció nuevamente cuando un pensamiento repentino cruzó por su mente: "¿Estoy en el hospital? —se dijo— ¿Tengo pesadillas después de haber visto a ese sacerdote? Puede ser que esté vivo, en la Tierra y todo esto sea una espantosa pesadilla. ¡Me gustaría saberlo! ".

Como si llegara desde una gran distancia, débilmente, muy débilmente, oyó una voz tan poco clara que tuvo que esforzarse mucho para escuchar lo que decía: "Crea, crea. Crea en la vida del más allá. Crea, solamente crea y nosotros podremos liberarlo. Rece a Dios. Aquí hay un Dios. No importa cómo usted lo llame, no importa qué religión tiene; cada religión tiene un Dios. Crea. Pida ayuda a su propio Dios. Estamos esperando, esperando".

Molygruber se mantuvo quieto. Sus pies cesaron su incesante pataleo tratando de romper el velo que lo rodeaba. Se mantuvo quieto. Pensó en el viejo escritor,

pensó en los sacerdotes y los rechazó inmediatamente porque se valen de patrañas buscando una manera fácil de vivir explotando la superstición de los otros. Volvió a sus días de infancia, pensó en la Biblia y luego pidió a Dios que lo iluminara: " ¡Oh, Dios Todopoderoso, cualquiera sea la forma que tengas, ayúdame, estoy detenido, estoy perdido, tengo mi ser, pero no tengo existencia! ¡Ayúdame y permite que otros me ayuden! ". Con eso y con un corazón creyente experimentó un violento choque y, como si hubiera tocado dos cables pelados en un poste de luz eléctrica, se tambaleó durante un momento mientras se deshacía el velo que lo atrapaba.

CAPITULO V

El velo se desgarró; los negros alrededores en que se hallaba sumido Molygruber se separaron en dos en una división desigual, mellada, frente a él, deslumbrándolo. Con desesperación levantó las manos poniéndolas sobre los ojos, agradeciendo que nuevamente tuviera manos. La luz era vivísima; jamás había visto antes un resplandor semejante, pensó, pero ¿era así? Se remontó a los días en que era guardián o recolector de basura y recordó las grandes estructuras de acero que había visto elevar, el equipo de soldadura y la luz intensa que se producía al utilizarlo para soldar, luz muy viva y deslumbrante, tanto que los operarios tenían que usar anteojos oscuros protectores durante todo el tiempo. Molygruber apretó los párpados manteniéndolos cerrados, presionó sus manos sobre los ojos y todavía imaginó que podía ver esa luz que, a pesar de todo, se filtraba. Poco a poco recobró el control y muy cuidadosa y levemente descubrió sus ojos. Había una intensa claridad; de eso no cabía duda, puesto que la luz penetraba a través de sus párpados cerrados. ¡Oh, sí! Era todo brillante. Empezó a abrir los ojos y los dejó apenas entornados para espiar.

¡Dios mío, qué escena maravillosa vio! Toda la oscuridad se había disipado, se había ido para siempre según él esperaba, y se encontró de pie, cerca de árboles. Cuando miró hacia abajo contempló una hierba verde, fresca y lozana como jamás había visto antes. Sobre ella observó pequeñas cosas blancas con centros amarillos.

Hizo un gran esfuerzo mental ¿Qué podría ser eso? Se concentró y, por supuesto, eran margaritas, pequeñas margaritas en los campos. En realidad, sólo las había visto antes en cuadros y algunas veces en un programa de televisión que había tenido ocasión de mirar a través de la vidriera de ciertos negocios. Pero allí había otras cosas además de margaritas. Levantó los ojos y dirigió la mirada hacia los costados. Dos personas, una de cada lado, le sonreían o estaban riéndose de su aspecto, porque Molygruber era un hombre muy pequeño, uno de esos seres insignificantes, encogidos, arrugados, con manos de dedos nudosos, torcidos, y con todas las características de haber sufrido el peso del tiempo. Miró a estas dos personas para él desconocidas que le sonreían de un modo muy bondadoso.

"Y bien, Molygruber —dijo una de ellas— ¿qué piensas de todo esto? ". Molygruber quedó mudo. ¿Cómo podía saber cómo se sentía? ¿Qué podía pensar de un lugar que escasamente había visto? Dirigió la mirada a sus pies y se sintió feliz al comprobar que tenía pies. Entonces dejó correr los ojos por su cuerpo. En ese momento, saltó sobre un pie en el aire y se sonrojó desde la raíz del pelo hasta la punta de sus extremidades inferiores. "¡Cáspita! —se dijo— y aquí estoy parado frente a esta gente sin nada para cubrir mi desnudez." Con gran rapidez sus manos bajaron en el gesto inmemorial de aquél que ha sido sorprendido sin pantalones. Los dos hombres que lo flanqueaban irrumpieron en una estruendosa carcajada. Uno dijo: "Molygruber, Molygruber, ¿qué te pasa, muchacho? ¿Tú has nacido vestido? ¿Sí? Si así fuera, serías la única persona que jamás haya existido. Si deseas ropas, piénsalas".

Molygruber se sintió invadido por el pánico, pues por un momento no podía pensar qué clase de ropa quería. Tal era su estado de confusión. Entonces imaginó lo que se conoce como "mameluco" u "overol", una especie de atavío combinado enterizo desde los tobillos hasta el cuello, con mangas, y que se pone por una larga abertura que tiene al frente. Tan pronto como lo había pensado

se halló dentro de un overol. Bajó la vista y sufrió un nuevo estremecimiento: era un overol rojo brillante, el color de un sonrojo perfecto. Los dos hombres nuevamente rieron, y una mujer que pasaba se volvió hacia ellos y sonrió. A medida que se acercaba, exclamó: "¿Qué pasa, Boris? ¿Uno nuevo que todavía se avergüenza de su propia piel? ". El llamado Boris rio replicando: "Sí, Maisie, los tenemos todos los días ¿verdad? ".

Molygruber se perturbó cuando vio a la mujer y pensó: "Bueno, seguramente ella ha sido correcta; espero estar a salvo en esto; no sé nada en cuanto a mujeres". Todos rieron estruendosamente. El pobre Molygruber no sabía que en ese particular plano de existencia todos eran telepáticos.

"Presta atención, Molygruber —dijo la mujer—, te sacaremos de aquí y te daremos instrucciones sobre dónde estás y todo lo demás. Tú has sido una prueba dolorosa para nosotros; no salías de tu nube negra a pesar de lo que te decíamos". Molygruber murmuró algo para sí, pero fue de tal manera que hasta se volvió un susurro trasmitido por telepatía. No obstante, miró a su derredor. Se hallaba en una especie de parque como jamás podría haber imaginado en su vida que pudiera existir. La hierba era de un color tan intensamente verde como nunca la había visto antes; las flores —había flores en gran abundancia— tenían los tonos más vivos que nada de lo que pudo haber visto hasta entonces; el sol brillaba agradablemente cálido y se oía el zumbido de insectos y el gorjeo de pájaros. Molygruber alzó la vista. El firmamento era azul, profundamente azul, con nubes blancas como pequeños vellones de lana. El asombro casi lo hace desmayar; sintió como si sus piernas se aflojaran. " ¡Cáspita! —dijo— ¿Dónde está el sol? ".

Uno de los hombres contestó sonriendo: "No estás en la tierra, Molygruber, no estás en parte alguna cercana a la tierra; te encuentras lejos, a gran distancia, en un tiempo diferente, en un plano de existencia totalmente distinto. ¡Tienes mucho que aprender, amigo! "

" ¡Cáspita! —exclamó nuevamente Molygruber—. ¿Cómo diablos pueden ustedes tener luz de sol si no hay sol? ".

Sus tres acompañantes —dos hombres y una mujer— solamente sonrieron, mientras la muchacha lo tomaba suavemente por el brazo mientras lo invitaba: "Ven, nosotros te llevaremos y te explicaremos una cantidad de cosas". Juntos los cuatro caminaron por la hierba y a lo largo de un camino hermosamente pavimentado. " ¡Ay! —gritó Molygruber—, este camino me va a lastimar los pies; no tengo los zapatos puestos".

Eso provocó un nuevo acceso de hilaridad. Boris dijo: "Bien, Molygruber ¿por qué no piensas en un par de zapatos o un par de botas o lo que se te dé la gana? Te manejaste así con tu ropa y, aunque debo decirte que no me importa mucho el color debieras cambiarlo".

Molygruber pensó y pensó, y se le ocurrió imaginar qué aspecto tendría vestido en el rojo mameluco y sin zapatos y deseó verse libre de tan desgraciado atuendo e inmediatamente lo logró. " ¡Oh! —exclamó— ¡nuevamente desnudo frente a una mujer! ¡Desgraciado de mí! Jamás me había presentado así frente a una persona del sexo femenino. ¿Qué diablos pensará ella de mí? ".

La mujer se limitó a lanzar una carcajada y muchos que caminaban por el sendero se dieron vuelta alegremente para saber qué pasaba. La mujer dijo: "Bueno, bueno, bueno. . . perfectamente, Molygruber, tú no tienes mucho que mostrar después de todo, ¿verdad? Pero de cualquier manera piénsate ataviado con tu mejor traje dominguero, con un hermoso par de zapatos esmeradamente lustrados y, si lo haces, te verás vestido así". Así lo hizo y así fue.

Molygruber caminaba muy cautelosamente y cada vez que miraba a la mujer sentía que se sonrojaba nuevamente. Empezó a sentirse incómodo y con mucho calor con el cuello, porque el pobre viejo Molygruber en la tierra había sido uno de aquellos desgraciados que gozan con observar y no hacer, y esto es peor cuando uno no tiene a dónde ir para observar y no tiene con quién hacerlo. El

conocimiento que Molygruber tenía en cuanto al sexo opuesto —aunque parezca increíble en esta época moderna— estaba limitado a lo que veía en las revistas en los revisteros de las casas de comercio y a algunas figuras atrevidas que lucen en los frentes de ciertos cines locales para excitar los apetitos de posibles clientes.

Pensó nuevamente en su pasado; pensó otra vez en lo poco que conocía a las mujeres. Recordó cómo había creído que ellas eran algo compacto desde el cuello a las rodillas, y que nunca había sabido cómo podían caminar en tales condiciones. Pero luego había visto a las chicas que se bañaban en el río, observando que tenían piernas, brazos, lo mismo que él. Fue sacado de sus pensamientos por ruidosas carcajadas y halló que se había reunido una multitud que los había seguido como si se hubiera expresado en voz alta, ya que en ese mundo en que se hallaba el habla y el pensamiento son una misma cosa. Miró en derredor, volvió a sonrojarse y lo único que se le ocurrió fue huir. Los dos hombres y la muchacha corrieron detrás de él, jadeantes, tratando de alcanzarlo, retardándose a menudo a causa de la risa. Molygruber siguió corriendo hasta que al fin, perdidas sus energías se desplomó de golpe sobre un banco del parque. Sus perseguidores le dieron caza llorando de risa.

"Molygruber, Molygruber, harías mejor en abstenerte de pensar hasta que entremos —e indicaron un hermoso edificio que se levantaba a la derecha—; piensa únicamente en mantenerte vestido hasta que traspongamos esa puerta. Te explicaremos todo".

Se pusieron de pie y los dos hombres flanquearon a Molygruber, tomándolo cada uno de ellos por un brazo. Juntos avanzaron y doblaron el camino a la derecha, trasponiendo una entrada de mármol muy elegante. Dentro estaba fresco, con una iluminación agradablemente tenue que parecía provenir de las paredes. Molygruber pudo ver un escritorio de recepción bastante parecido al que conocía por haber espiado a través de las puertas de los hoteles. Un hombre que se encontraba allí sonrió bondadosamente, diciendo: "¿Uno nuevo? ". Maisie asin-

tió con la cabeza, acotando: "Y muy verde todavía". Molygruber se miró con horror pensando por un momento que de rojo se había vuelto verde; pero recobró sus sentidos al oír nuevas carcajadas.

Atravesaron un vestíbulo y luego un corredor. Había allí una cantidad de personas. Molygruber seguía muerto de vergüenza. Algunos de los hombres y de las mujeres estaban ataviados con ropas de diversos tipos; otros, usaban vestidos extraños; y otros. . . nada, y no parecían estar perturbados por ello en lo más mínimo.

En el momento en que lo llevaron a una habitación muy cómodamente amueblada, Molygruber sudaba profusamente, tan mojado se sentía como si acabara de salir de una pileta de natación y no porque alguna vez hubiera estado allí. Se dejó caer en una silla con un suspiro de alivio y empezó a enjugarse la cara con un pañuelo que halló en su bolsillo. ¡Puf! ¡Puf! —decía—, sáquenme de esto, quiero volver a la tierra; no puedo soportar un lugar como éste. Maisie reía junto a él, replicando: "Pero tú tienes que permanecer aquí, Molygruber, ¿recuerdas? Tú eres ateo, tú no crees en Dios; no tienes religión; no crees en una vida después de la muerte. Bien, tú estás todavía aquí; entonces ha de haber alguna vida después de la muerte, ¿verdad?".

Había ventanas muy grandes en la habitación a la cual habían llevado a Molygruber. El dejó errar sus ojos por ellas, mirando luego fascinado la escena que desde allí se divisaba: el hermosísimo parque con un lago en el centro y un río que corría alegremente hasta desembocar en él. Vio a hombres y a mujeres y a unos pocos chicos. Todos parecían estar dirigiéndose hacia algún lado con algún propósito como si supieran hacia dónde iban y qué iban a hacer. Miró deslumbrado cómo un individuo repentinamente se desvió del camino y se sentó en un banco del porque sacando de su bolsillo un paquete de emparedados. Con rapidez lo libró de la envoltura y depositó cuidadosamente el papel en un canasto para residuos ubicado cerca del banco. Entonces empezó a devorar los emparedados. A medida que Molygruber lo observaba se

sintió desfallecer, sus tripas sonaban y mirando a Maisie dijo: "¡Cáspita, estoy hambriento! ¿Cuándo se come aquí?". Buscó en su bolsillo preguntándose si tendría algún dinero encima para habérselas con una hamburguesa o algo parecido. La mujer lo miró comprensivamente, explicando: "Puedes tener toda la comida que quieras y lo que quieras beber también. Solamente tienes que pensarlo y lo obtendrás, pero recuerda que primero tienes que pensar en una mesa o si no tendrás que comer del suelo".

Uno de los hombres se volvió hacia él y le advirtió: "Te dejaremos por unos momentos, Molygruber y, si crees que necesitas alimento, bueno, piensa lo que quieras pero, como Maisie dijo, piensa primero en una mesa. Cuando hayas ingerido ese alimento que verdaderamente no necesitas, regresaremos". Con esto se encaminaron hacia la pared que se dividió separándose para dejarles paso, y volvió a cerrarse juntándose tras ellos.

Todo esto era muy raro para Molygruber. ¿Qué era eso de pensar en la comida? ¿Qué era eso de no necesitar alimento? El hombre había dicho que, en verdad, no lo necesitaba. ¿Qué significaba eso? Sin embargo, las angustias del hambre lo estaban torturando. Era una tortura terrible. Estaba tan hambriento que pensó que iba a desfallecer, sensación que ya le era familiar, frecuente sobre todo en sus primeros años en los que había experimentado esa cosa tan desagradable.

Se preguntó cómo tenía que pensar. En primer término, cómo tendría que ser la mesa. Porque él sabía cómo era una mesa —cualquier tonto lo sabía—, pero cuando uno tiene que PENSAR en ella no resulta tan fácil. Su primer intento fue ridículo en extremo. Se acordó de las que había visto en las mueblerías mientras barría las aceras y pensó en una hermosa mesa redonda de metal con una sombrilla, pero al mismo tiempo su atención se desvió hacia otra decorada como las que utilizan las mujeres para sus costuras. Entonces, para su asombro, halló frente a él una blanca mesa de metal, o mejor dicho, mitad de ella, y otra mitad de la mesa de costura

que componían un artefacto bastante fuera de estabilidad. Lo empujó con las manos, diciendo: " ¡Puf! ¡Fuera, fuera, rápido! ", del mismo modo que había visto que se hacía en algunos filmes años atrás. Se concentró de nuevo y pensó en una mesa del parque que él acostumbraba a visitar, hecha con tablones y troncos. La recordaba tan nítidamente que la pidió y la tuvo frente a él. Era un mueble tosco, ciertamente, con tablones casi tan primitivos como los mismos troncos; notó que había olvidado pensar en un asiento, pero podía usar la silla de la habitación. Acercó una de ellas y advirtió que la mesa que había pensado no tenía relación real de tamaño, ya que sentado quedaba completamente por debajo de ella.

Por fin, todo estuvo en orden. Era el momento de pensar en la comida. El pobre Molygruber había sido uno de los tantos desgraciados que andan por el mundo con sólo lo indispensable para subsistir, alimentándose con café, gaseosas, y otras cosas como hamburguesas, de modo que pensó en un plato de estas últimas y, cuando las vio materializadas delante de él, tomó una ávidamente y le dio un mordisco formidable. ¡Todo se deshizo porque nada había dentro! Después de muchos ensayos y de muchos errores, decidió que debía pensar claramente, exactamente, desde la base, por decir así: si quería una hamburguesa tenía que pensar en el relleno, colocando los otros componentes por fuera. Al final, lo obtuvo; pero cuando hincó el diente en el producto terminado llegó a la conclusión de que no le gustaba y que era aún peor el café que había pensado; que todo parecía perfecto pero sin sabor y que no se parecía a nada de lo que había probado antes y que no querría volver a gustar. Se dio cuenta de que lo que fallaba era su imaginación, y volvió a ensayar, produciendo esto y luego aquello, pero sin salir del café y de las hamburguesas y quizás un pedazo de pan. Nunca había comido pan fresco; siempre su pan era viejo y hasta cubierto de moho.

Durante algún tiempo sólo se oyó el sonido de las mandíbulas de Molygruber masticando sus hamburguesas y el gorgoteo cuando bebía su café. Se alejó de la mesa y

se sentó a pensar rememorando todas las cosas curiosas que le habían sucedido. En primer término, recordó que él no creía en la vida después de la muerte. ¿Dónde se hallaba ahora? Representó mentalmente su cuerpo en descomposición y su involuntaria mirada a éste que lo había enfermado hasta casi desplomarse en el suelo. Luego vinieron a su mente las experiencias extrañas; la primera, cuando parecía pegado a un barril de brea, cuando la brea se había desvanecido remplazada por un humo negro como en el tiempo en que utilizaba una lámpara de querosene y la dejaba con la llama muy alta antes de abandonar su habitación y, al volver, siempre pensaba que había quedado ciego puesto que no podía ver absolutamente nada a causa del negro hollín que volaba por el lugar. ¡También recordaba todo lo que su patrona le había dicho!

De modo repentino se dio vuelta. Ahí estaba Boris, de pie, a su lado diciéndole: "Bueno, veo que has tenido una buena comida; pero ¿por qué te pegas a estas horribles hamburguesas? Son despreciables. Puedes conseguir lo que quieras, ya sabes, siempre que lo pienses cuidadosamente y lo hagas paso a paso desde los ingredientes hasta llegar al producto cocinado". Molygruber preguntó mirándolo: "¿Dónde lavo los platos? ".

Boris rio de buena gana y contestó: "Querido, tú no lavas platos aquí. Tú piensas que quieres platos y luego que desaparecen platos. Todo lo que tienes que hacer una vez que hayas terminado es pensar que todo eso está volviendo al depósito de reserva de la Naturaleza. Es muy simple, te acostumbrarás a ello. Pero no necesitas comer, ya te lo dije, toda la nutrición que necesitas la obtienes de la atmósfera".

Molygruber experimentaba un real resentimiento por todo lo que estaba ocurriendo. Qué ridículo era decir que se obtenía el alimento de la atmósfera que lo rodeaba; era absolutamente absurdo para ser creído. ¿Qué clase de hombre creía el tal Boris que él era? Molygruber sabía lo que era desfallecer de hambre; sabía lo que era caerse en la calle por inanición; sabía cómo era la

impresión de sentir aproximarse a un policía que lo golpeaba en las costillas, ordenándole que se pusiera de pie, que se fuera, o cualquier otra cosa.

El hombre dijo: "Bueno, tenemos que irnos. No está bien que nos quedemos aquí todo el tiempo. Tengo que llevarte a ver al médico que te dirá algunas pocas cosas y tienes que tratar de ayudarlo a que te acomode a todo esto. Vamos". Así, pensó en hacer desaparecer la mesa y los restos de la comida y todo se desvaneció en el aire. Condujo a Molygruber hasta la pared que se abrió ante ellos dando paso a un largo y brillante corredor. Había gente paseando por él, pero todos parecían perseguir un fin, todos parecían ir a alguna parte, todos parecían estar haciendo algo, por lo cual Molygruber quedó totalmente confundido.

Ambos caminaron a lo largo del corredor dando vuelta una esquina donde el hombre se detuvo ante una puerta verde, golpeando con los nudillos. "Entre", dijo una voz, y el hombre empujó a Molygruber para que entrara, volviéndose sobre sus pisadas y dejándolos solos.

Molygruber estaba muy asustado. Se hallaba en una habitación muy confortable, pero el hombre grande que estaba sentado frente a un escritorio francamente lo amedrentaba, haciéndole recordar a un médico inspector de sanidad que había visto anteriormente. Sí, eso era, el médico que lo había examinado cuando quiso el puesto de recolector municipal de basura. Volvió a su mente lo brusco que había sido con él y el gesto despreciativo ante el pobre físico de Molygruber que, según le dijo, no sería lo suficientemente fuerte como para empujar una escoba. Con todo, de alguna manera se había ablandado lo bastante como para acceder a que Molygruber era apto para la limpieza de las veredas.

Ahora, este hombre sentado a su escritorio levantó la vista y le sonrió alegremente, diciendo: "Venga y siéntese aquí, Moly, tengo que hablar con usted". Lleno de dudas, casi atemorizado de dar un paso, Molygruber se adelantó y temblando se sentó en una silla. El grandote lo miró de arriba a abajo, diciéndole: "Más nervioso que

la mayoría, ¿verdad? ¿Qué le pasa, muchacho? ". El pobre Molygruber no sabía qué decir. La vida había sido una cosa tan terrible para él y ahora le parecía que la muerte era aún peor. Quizá por eso empezó a desahogarse y a contar su historia.

El hombre grande, recostado sobre el respaldo, escuchaba. Luego dijo: "Ahora, escúcheme a mí un poco. Yo sé que ha pasado momentos malos, pero usted los ha hecho peores por su propia culpa. Usted no ha cargado una simple astilla sobre sus hombros, usted ha cargado un tronco o quizá todo un bosque. Ha tenido que cambiar sus concepciones sobre una cantidad de cosas". Molygruber lo miró fijamente. Muchas de las palabras que escuchaba nada significaban para él. Ante su gesto, su interlocutor preguntó: "¿Qué pasa? ¿Qué ocurre ahora? ". Molygruber replicó: "No entiendo algunas de sus palabras; no tengo instrucción, usted sabe, sólo aprendí lo que pude sacar por mí mismo".

El hombre quedó pensativo por un rato, en apariencia pasando revista en su mente a lo que había expresado. Al momento contestó: "Yo no creo haber dicho ninguna palabra rara. ¿Qué es lo que usted no entiende? ".

Molygruber bajó la vista y dijo humildemente: "la palabra 'concepción'. Siempre he pensado que concepción era lo que la gente hacía cuando quería niños. Ese es el único significado que conozco".

El hombre grande, el médico, miró a Molygruber con la boca abierta por el asombro, para después reír, reír y reír diciendo: "¿Concepción? Bueno, concepción no sólo significa eso; también significa comprensión. Si usted no tiene concepción o concepto de una cosa, usted no la comprende. Eso es todo lo que quiere decir. Usted no tiene un concepto de esto, de aquello o de lo de más allá. Hagámoslo más simple. Digamos que usted no conoce absolutamente nada de todo esto, pero ha tenido que soportarlo".

Todo esto constituía un gran acertijo para Molygruber; su mente todavía estaba en "concepción". Si el hombre había querido decir comprensión, no comprensión o in-

comprensión, entonces, por todos los diablos, ¿por qué no lo dijo? Pero se dio cuenta de que le estaba hablando y se propuso escuchar con atención.

"Usted no creyó en la muerte o, mejor dicho, no creyó en la vida después de la muerte. Dejó su cuerpo y quedó flotando. Pareció que no podía entrar en su terca cabeza que había dejado un cuerpo en descomposición y, sin embargo, estaba todavía vivo,y se estaba concentrando en la nada durante todo el tiempo. De modo que si no podía imaginar algún lado, le era imposible llegar a alguna parte, ¿no? Si se empecina en que sólo existe la nada, entonces, para usted hay nada. Usted sólo tiene lo que espera; sólo obtiene aquello en lo cual cree, lo que usted puede darse cuenta, lo que puede entender, de modo que tratamos de chocarlo y por eso es que lo hicimos retroceder hacia la funeraria para que viera unos cuantos cadáveres arreglados y finamente ataviados, listos para ser exhibidos. Tratamos de permitirle que se diera cuenta de que usted era sólo un pobre cuerpo inmóvil que a nadie importaba nada. Y fue por eso que usted fue enterrado sobre una cubierta de aserrín. Pero todavía aquello no era suficiente: teníamos que mostrarle su propia tumba, su propio ataúd y hasta su cuerpo que se estaba descomponiendo. A nosotros no nos gustaba eso, pero todavía nos llevó mucho más que esto para que usted llegara a convencerse de que no estaba muerto".

Molygruber permanecía sentado allí como en éxtasis. Estaba entendiendo y tratando duramente de entender más. El médico continuó: "La materia no puede ser destruida, sólo puede cambiar de forma; dentro del cuerpo humano existe un alma viva inmortal, un alma que dura eternamente. Se ubica en más de un cuerpo porque necesita pasar toda clase de experiencias. Si tiene que asimilar la experiencia de la lucha, tomará el cuerpo de un guerrero, y así siempre. Pero cuando el cuerpo muere, no queda más que un montón de ropas gastadas que se tiran a la basura. El alma, el cuerpo astral —llámesele como sea— se libera, se aparta de los despojos, se aleja de esa basura y queda lista para empezar de nuevo. Pero si

esa alma ha perdido comprensión o nunca la ha tenido, entonces tenemos que ponernos a la tarea de enseñarle".

Molygruber asintió con la cabeza pues estaba pensando veladamente en el viejo autor que había escrito algunas cosas que estaban mucho más allá de la comprensión de Molygruber entonces, pero que ahora, al igual que pequeñas piezas, coincidían en un rompecabezas, acercándose a su total integración.

El doctor continuó: "Si una persona no cree en el cielo, o en una vida posterior, entonces cuando llega al otro lado de la muerte empieza a vagar; no existe lugar alguno al cual pueda llegar; no existe nadie que lo reciba porque durante todo el tiempo está totalmente convencido de que no hay nada y se coloca en la posición del hombre ciego que se dice a sí mismo que, como no puede ver, las cosas no existen". Miró intencionadamente a su interlocutor para ver si lo seguía, y cuando comprobó que sí, continuó: "Usted probablemente se pregunte dónde está. Bien, usted no está en el infierno; acaba de llegar de él. El único infierno es ese lugar que llaman tierra. No hay otro infierno; no existen las llamas del infierno ni la condenación; no hay torturas eternas; no hay diablos con hierros candentes que vienen y lo punzan y queman en diversas partes delicadas. Usted va a la tierra a aprender, a hacer experiencia de las cosas, a ampliar sus experiencias poco desarrolladas, y cuando ya ha aprendido que bajó a la tierra para aprender, entonces su cuerpo se separa de usted y usted se eleva a los reinos del astral.

Existen muchos planos diferentes de existencia. Este es el inferior, el más cercano a la tierra, y usted está aquí, en el más bajo, porque no tiene conocimiento para ir más arriba, no tiene capacidad para creer. Si usted fuera ahora a un reino superior, se enceguecería en el lugar a causa de la intensa radiación de su vibración más elevada". Pareció un poco malhumorado, ya que notó que Molygruber estaba irremediablemente perdido. Lo pensó un rato y luego dijo: "Bien, sería mejor que descansara un momento. No quiero exigir tanto a su mente, por lo

cual haría mejor en descansar y luego seguiré conversando con usted".

Se puso de pie y abrió la puerta diciendo: "Vaya allí, repose. Lo veré más tarde".

Molygruber ingresó en la habitación, también muy confortable, pero a medida que atravesaba lo que podría considerarse una marca en el piso a mitad de camino, todo dejó de ser y Molygruber, aunque él no lo sabía, quedó profundamente dormido cargando sus "baterías astrales" que habían sido gravemente agotadas por todas las extrañas experiencias que habían soportado al prestar atención a cosas que estaban más allá de su comprensión.

CAPITULO VI

Molygruber despertó con un sobresalto de temor. " ¡Oh, Dios mío —exclamó—, llego tarde al trabajo! Me van a despedir y luego tendré que ir a subsidios de desocupados". Saltó de la cama y quedó de pie como si hubiera echado raíces en el suelo. Miró en su derredor maravillándose del hermoso moblaje y del paisaje que podía divisar a través de la amplia ventana. Entonces lentamente todo volvió a su conciencia. Se sentía renovado, jamás había experimentado una sensación de mayor bienestar en su vida. ¿En su vida? Bueno, ¿dónde estaba ahora? El no creía en la vida después de la muerte pero había muerto, no cabía duda sobre esto, de modo que debía de haber estado equivocado y había una vida después de la muerte.

Un hombre entró luciendo una alegre sonrisa y le dijo: "De manera que tú eres uno de los que quieren desayuno ¿verdad? Quieres tu alimento, ¿no? ". El interior de Molygruber empezó a hacer ruidos y a funcionar como para que estuviera advertido. "Seguro que sí —replicó—, no sé cómo se puede pasar sin alimento, yo quiero comer, yo quiero comer mucho, aunque nunca tuve demasiado". Hizo una pausa, fijó la mirada en sus pies y agregó: "Viví de café y hamburguesas; eso era lo más económico. Era todo lo que comía, excepto un buen pedazo de pan de vez en cuando. Pues, ¡sí! ¡Querría una buena comida! ". El hombre lo miró invitando: "Bien, ordena lo que quieras, puedes tenerlo". Molygru-

ber, de pie, permaneció totalmente indeciso. Tantas cosas maravillosas había visto anunciadas a la entrada de hoteles y restaurantes. ¿Cómo era? Pensó por un minuto; se le hacía agua la boca cuando recordaba un buen bife especial que había leído en un cartel colocado en el exterior de uno de los locales de mayor categoría. Riñones en broqueta, huevos fritos, tostadas, y tantas otras cosas. Algunas de ellas eran totalmente desconocidas para él, jamás las había probado. El hombre que había quedado mirándolo sonrió y dijo: "Muy bien, lo traeré, me has pintado una clara imagen de lo que quieres y aquí está". Y con ello se puso a reír, volviéndose y abandonando la habitación.

Molygruber lo siguió con la mirada asombrado y preguntándose por qué había salido con tanto apuro. ¿En qué había quedado su desayuno? ¿Dónde estaba? Le había dicho que lo ordenara y se había ido.

Un aroma apetitoso provocó un rápido giro de Molygruber que halló exactamente detrás de él una mesa con un lindo mantel blanco, una servilleta y un hermoso servicio de plata y porcelana. Sus ojos salían de las órbitas a la vista de todo lo que tenía frente a sí, cubierto con tapas de metal brillante.

Con mucha cautela levantó una de las tapas y casi se desmaya por el olorcito que llegaba del plato. Nunca había tenido delante comida como ésa, y se sintió un poco culpable preguntándose si todo eso era realmente para él. No obstante se sentó, desplegando una servilleta sobre su pecho y empezó a comer. Durante algún tiempo sólo se oía el ruido de la masticación de Molygruber que daba buena cuenta de salchichas, hígado, riñones, huevos fritos y algunas cosas más. Luego, el crujir de las tostadas que devoraba seguido por el gorgoteo del té que bebía taza tras taza. Era un cambio del café y halló que casi lo prefería; nunca había probado antes el té.

Mucho después se levantó algo inseguro de la silla y fue a acostarse nuevamente. Había comido tanto que no podía permanecer despierto y, de espaldas, relajado, se dejó llevar hacia la comarca de los sueños. Soñó con la

tierra; pensó en la vida de sacrificio que había pasado allí; rememoró a un padre desconocido y a una madre desconsiderada y regañona; el abandono del hogar y su ingreso en el trabajo del vaciadero de basura, haciendo su camino hasta llegar a empujar una carretilla llena de residuos por las calles, barriendo las veredas. Sus pensamientos continuaban y las imágenes se sucedían. De pronto, abrió los ojos y halló que la mesa y todo lo que en ella estaba, había desaparecido, mientras que sentado frente a él aparecía el médico con quien había conversado el día anterior.

"Y bien, muchacho —dijo el médico—, usted ya tiene un buen lastre ¿verdad? Por supuesto que ya sabe que no necesita comer en ninguno de estos mundos, en ninguno de estos planos de existencia; eso es sólo un atavismo, un hábito inútil traído desde la tierra donde el alimento era necesario. Aquí tenemos todo nuestro alimento, toda nuestra nutrición, toda nuestra energía proveniente de los alrededores. Usted pronto descubrirá que está haciendo lo mismo porque toda esa comida que ha saboreado es únicamente ilusión. Usted está asimilando energía que se forma simplemente de un modo diferente. Pero ahora vamos a hablar, puesto que tiene mucho que aprender. Recuéstese o acuéstese, y escúcheme".

Molygruber, reclinado sobre la cama, se dispuso a escuchar lo que el médico tenía que decirle:

"La humanidad es un experimento limitado a un universo particular, universo del cual la tierra era un componente pequeño, sin importancia. La humanidad fue simplemente el aspecto temporal de almas inmortales que tenían que adquirir experiencia en quebrantos y disciplina por medio de la existencia corpórea, porque tales quebrantos y penas no existen en lo que se llaman los mundos de los espíritus.

Existen entidades siempre a la espera para nacer en un cuerpo terreno, pero las cosas tienen que ser cuidadosamente proyectadas. En primer término, lo que la entidad necesita aprender; luego, qué clase de condiciones deben prevalecer a lo largo de la vida, de modo que la entidad

pueda obtener la mayor ventaja de su paso por la tierra".

El médico miró a Molygruber y preguntó: "Usted no sabe mucho de esto ¿verdad? ".

Molygruber devolvió la mirada contestando: "No, doctor. Sé que la gente nace y que ése es un proceso desagradable, que se vive una cantidad de años entre penas y sufrimientos, y después se muere y que uno es metido en un agujero en la tierra y. . . eso es todo en cuanto a esto. . . bueno, eso es lo que he creído hasta ahora", acotó reflexivamente.

El médico advirtió: "Bien, es muy difícil si usted no tiene ni la menor idea de lo que sucede, porque me parece que usted piensa que una persona llega de alguna parte, o que nace un bebé, y vive y muere y eso es todo. Pero de manera alguna es así; yo le informaré".

Y esto es lo que el médico dijo a Molygruber:

"La tierra es sólo un pequeño lugar insignificante dentro de este Universo y este Universo es un pequeño lugar insignificante comparado con otros universos, los universos dotados de vida, llenos de vida de muy diferentes clases, que sirven a muchos diferentes propósitos. Pero la única cosa que actualmente importa a los humanos es lo que le sucede a los humanos. Todo es algo así como una escuela. Nace un niño, entonces, durante algún tiempo asimila y aprende de sus padres, recoge los rudimentos de un lenguaje, capta —antes que los 'hippies' y la liberación de las mujeres llegaran a la tierra— alguna semblanza de maneras y de cultura. Luego, cuando el niño tiene la edad adecuada empieza a concurrir a un jardín de infantes donde es mantenido durante las horas escolares mientras la pobre desgraciada maestra trata desesperadamente de que se porte bien, pacífico y tranquilo, hasta que finaliza el día de clase. El primer período en la escuela no importa mucho, al igual que la primera vida en la tierra tampoco tiene mucha importancia.

El niño progresa grado por grado, cada una de estas etapas es más avanzada que la anterior, hasta que al final llega a alcanzar el logro, cualquiera sea, en lo que ha de venir. . . ¿medicina? , ¿derecho? , ¿o un humilde apren-

diz de plomero? No importa lo que sea. La persona tiene que estudiar y aprobar algunos exámenes y cabe recalcar que algunos plomeros ganan más que muchos médicos, lo que simboliza que la condición en la tierra es totalmente falsa: no tiene importancia lo que hayan sido los padres de una persona, la única cosa que importa en la otra vida es LO QUE LA PERSONA HA LLEGADO A SER. Usted puede tener un caballero educado con la mejor calidad de sentimientos que en la tierra es nada más que el hijo de un plomero. Y de otro modo, hay otra persona que podría haber sido un encargado de museo, que podría haber gozado de todas las ventajas que otorga una clase social elevada y puede ser peor que un cerdo en cuanto a sus maneras o a la falta de ellas. Los valores en la tierra están equivocados, totalmente equivocados, sólo son válidos los valores de después de la vida.

En los albores de este particular curso de la civilización, las cosas eran bastante rudimentarias y elementales. La gente aprendía sus lecciones saliendo afuera y golpeando a alguien en la cabeza o recibiendo un golpe en la suya. Algunas veces las dos partes eran humildes servidores de palacio o labriegos; otras, podrían ser dignos caballeros de la realeza, y no importaba cómo y cuándo morían, ya que una vez muertos tenían que pasar a la otra vida.

A medida que el mundo progresa más en este curso de existencia, las tensiones y esfuerzos que cada uno debe superar se vuelven cada vez más sofisticados. Cuando se penetra en el mundo de los negocios se capta todo el odio, los celos y la mezquindad de la vida de oficina, toda la competencia asfixiante del arte de vender coches y seguros, o cualquier otra industria o profesión competitiva. Uno se desalienta en la vida del mundo actual por no poder pegar a su vecino directamente en la cabeza; tiene que hacerlo políticamente, cortándole la garganta por la espalda o, en otras palabras, preparándolo de manera tal que si, por ejemplo, usted es un autor y no le gusta otro autor se confabula con un par de otros auto-

res y prepara a su víctima. Produce una cantidad de falsas evidencias, y luego se conecta con algún periodista en servicio, le paga un montón de dinero, y si es esa clase de tipo a quien puede agasajar con copas o cenas, se prestará para escribir un artículo sobre la víctima y hacer todas las otras bajezas del medio —la profesión o comercio más vil— por la palabra hablada, escrita o grabada, poniendo lo mejor de sí para condenar al autor que nunca han leído ni conocen. Eso se llama civilización".

El médico hizo una pausa y dijo: "Espero que asimile todo lo que le estoy diciendo. Si no, haría mejor en interrumpirme. Me he propuesto enseñarle porque parece que usted no ha aprendido nada durante toda su vida terrenal".

Molygruber asintió con la cabeza; se estaba volviendo un poco bizco ya. El doctor continuó:

"Después que uno ha decidido en el mundo astral lo que es necesario, las circunstancias son investigadas y se seleccionan apropiados presuntos padres. Entonces, cuando el marido y su mujer han dispuesto tener un hijo, se prepara la entidad en el astral y "muere" para el mundo astral y es lanzado al mundo terrenal como bebé. En casi todos los casos el trauma de nacer es tan grave que olvida todo de su vida pasada y es por ello que oímos a gente que dice: '¡Oh, yo no pedí nacer, no me culpen por lo que he hecho! '.

Cuando una persona muere en la tierra habrá logrado llegar a cierta comprensión, puede haber aprendido algo de metafísica, o algún conocimiento que la ayudará en el otro mundo. En un caso como el suyo, Molygruber, usted parece estar singularmente huérfano de todo conocimiento de la vida después de la muerte, por lo menos, así parece.

Si una persona ha vivido sólo unas pocas vidas en el plano terrestre —el plano tridimensional—, entonces, cuando deja la tierra, o 'muere' como erróneamente se dice, el cuerpo astral o el alma, o como usted quiera llamarlo, es recibido en un mundo astral de grado inferior, apropiado para el conocimiento de la persona que

acaba de llegar. Usted puede referirse a un muchacho u hombre humano que no sabe que tiene que concurrir a la escuela nocturna porque no puede elevarse en la comunidad hasta que haya aprendido lo suficiente como para tomar su lugar en una alta sociedad. Ocurre exactamente lo mismo en los planos astrales; hay muchos, muchos mundos astrales, cada uno de ellos adaptado a un tipo particular de persona. Aquí, en este mundo que se halla en el astral bajo, de una cuarta dimensión, usted tendrá que aprender metafísica, tendrá que aprender a pensar de modo que pueda obtener ropa, alimento y cualquier cosa que necesite. Usted debe ir todavía al Salón de las Memorias donde podrá observar todo lo que ha hecho en su vida pasada para que lo juzguen por sí mismo. Y puedo decirle que nadie lo juzga a uno más severamente que su superyó. El superyó puede ser comparado al alma. Brevemente, hay alrededor de nueve 'dimensiones' disponibles en esta particular esfera de actividad. Cuando una ha llegado finalmente a encarnarse en el noveno cuerpo o superyó, entonces se está preparado para elevarse a reinos superiores y aprender cosas más avanzadas. La gente, las entidades, están siempre esforzándose para acceder a lo más alto, como las plantas que se esfuerzan por alcanzar la luz.

Este es un mundo astral inferior en donde usted tendrá mucho que aprender, tendrá que ir a la escuela y conocer muchos hechos de la vida sobre la tierra, muchos hechos de la vida en el astral. Una vez consumado esto, usted decidirá qué tipo de lecciones tiene que aprender. Cuando todo eso haya sido decidido estará en condiciones de volver a la tierra, con padres apropiados, y se espera que esta vez tendrá más oportunidades de elevarse y obtener una mejor posición terrenal, una mejor condición anímica, es decir, no sólo su clase sobre la tierra. Es de esperar que en la vida siguiente aprenderá usted mucho de modo que, cuando abandone su cuerpo terrenal, nuevamente no llegue a nosotros en esta etapa inferior, sino que se mueva hacia arriba, quizá dos o tres 'planos' sobre éste.

Cuanto más se eleve en los planos astrales, más interesantes serán sus experiencias y menor sufrimiento tendrá que soportar, pero usted deberá aproximarse a cosas como ésas cuidadosa, suave y lentamente. Por ejemplo, si se lo pusiera repentinamente en un mundo astral dos o tres etapas superiores a éste, usted sería cegado por la intensidad de las emanaciones de los Guardianes de ese mundo de modo que, cuanto más pronto aprenda lo que tiene que saber, con mayor prontitud volverá a la tierra y se preparará para una etapa superior.

Digamos que un hombre ciertamente muy bueno abandona la tierra, la tierra tridimensional de la cual usted acaba de llegar. Si el hombre es realmente espiritual, podría elevarse dos o tres etapas y entonces no hallaría un tratamiento tan rudo como el que usted soporta en este plano, no tendría que imaginar alimento para comer. Su esencia corporal absorbería de sus alrededores toda la energía que necesitara. Usted también podría hacerlo, pero no está educado para esas cosas; no puede entender mucho sobre espiritualidad, como consta por el hecho de que hasta ahora no creía en la vida después de la muerte. En este plano, este plano en el cual ahora usted reside, hay mucha, mucha gente que no creía en la vida después de la muerte, y están aquí para aprender que es así.

En encarnaciones posteriores usted se esforzará por elevarse cada vez más, de modo que en cada ocasión en la cual muera en el mundo terreno y renazca en un mundo astral, usted escalará un plano superior y pasará cada vez más tiempo entre encarnaciones. Por ejemplo; en su propio caso, suponga que fuera despedido de su empleo en la tierra. Bueno, en su trabajo particular existen por lo general abundancia de vacantes y podría obtener un puesto similar al día siguiente, pero si usted fuera profesor o algo parecido, por citarle una profesión, tendría que insistir duramente y esperar mucho para obtener un empleo adecuado. De modo similar, en este plano en el cual se halla ahora alojado, usted podría ser devuelto a la tierra en un mes o dos, pero cuando se

asciende a planos superiores hay que esperar más con objeto de recuperarse de los choques psíquicos sufridos en la tierra".

Molygruber se enderezó diciendo: "Bueno, esto ya está más allá de mis posibles, doctor. Supongo que tendré que ponerme a aprender algo ¿no? Pero, ¿puede uno hablar a la gente de la tierra desde aquí? ".

El médico lo miró durante algunos momentos y contestó: "Si el asunto es considerado lo suficientemente urgente, sí; bajo ciertas condiciones y circunstancias una persona de este plano puede tomar contacto con alguien de la tierra. ¿Cuál es su preocupación? "

Molygruber pareció reconcentrarse un poco, miró sus pies, luego sus manos y empezó a hacer girar los pulgares. Entonces dijo: "Bueno, el tipo que tiene mi vieja carretilla. . . no me gusta la manera cómo la está tratando. Yo la cuidaba, la lustraba con lana de acero y la mantenía tan limpia, tan limpia como se podía. El tipo ése la tiene toda sucia. Quiero ponerme en contacto con el superintendente del depósito y pedirle que dé al nuevo que está haciendo mi trabajo un puntapié ya sabe dónde".

El médico lo miró con desagrado, reconviniéndolo: "Buen hombre, eso es algo que usted tiene que aprender; tiene que entender que no hay que dejarse llevar por la violencia y no juzgar tan severamente a otra persona. Por supuesto que es plausible en extremo que usted se esmerara en mantener limpio su propio vehículo de trabajo, pero otro hombre puede tener un método diferente de emplear su tiempo. No, ciertamente no puede ponerse en contacto con su superintendente por un motivo tan frívolo. Le sugiero que olvide todo lo de su vida en la tierra; ya no está allí, está aquí, y cuanto antes aprenda usted sobre esta vida y este mundo, más rápidamente podrá progresar porque usted está aquí para aprender y aprender, y sólo así podrá ser enviado nuevamente a la tierra —si lo logra— en una condición superior".

Molygruber, sentado sobre la cama, hacía tamborilear los dedos sobre sus rodillas. El doctor lo observaba con

curiosidad, preguntándose cómo podía ser que en la tierra pudiese vivir gente durante un número de años y conservarse como "un alma encerrada en arcilla", conociendo escasamente qué ocurría en ellos, sin conocer cosa alguna del pasado o del futuro. De pronto dijo: "Bueno, ¿qué pasa? ". Molygruber levantó la vista sobresaltado y replicó: " ¡Oh, estaba pensando algunas cosas y entiendo que estoy muerto! Ahora, si estoy muerto ¿por qué parezco corpóreo? Yo pensaba que tendría que ser un fantasma. ¿Por qué usted parecer tener cuerpo? Si usted fuera un fantasma tendría que ser como una espiral de humo".

Esto hizo reír al doctor que dijo: " ¡Oh, en todas las memorias del tiempo nadie jamás me ha preguntado tal cosa! La respuesta es sumamente simple: cuando se está en la tierra se es del mismo tipo de material que todos los demás que nos rodean, por eso usted ve a todos corpóreos, pero si una persona —yo, por ejemplo— sale del mundo astral y llega a la tierra sería tan tenue para la gente corpórea de la tierra que ni siquiera la verían, o verían a través de ella. Pero aquí, usted y yo somos del mismo material, de la misma densidad de material, de modo que ambos somos corpóreos, todas las cosas que lo rodean son sólidas. Y tenga bien en cuenta esto; cuando usted asciende a planos superiores de existencia, sus vibraciones han de ser cada vez más altas de modo que si una persona de, digamos, el quinto nivel llegara hasta nosotros, no la veríamos, resultaría invisible por ser de material más fino". Molygruber no podía captar eso exactamente. Seguía sentado mostrándose incómodo, desconcertado y haciendo girar los dedos. El médico agregó: "Usted no sigue del todo mi explicación ¿verdad? ".

"No —replicó Molygruber—, no del todo".

El médico suspiró y dijo: "Bueno, supongo que usted conoce algo de radio, que usted ha escuchado radio alguna vez. Entonces usted sabrá que no puede obtener FM (frecuencia modulada) en un aparato fabricado para AM (amplitud modulada) solamente, y que no puede tener AM en un aparato diseñado únicamente para FM.

Bien, eso le puede dar a usted una idea, porque puede decir que FM es alta frecuencia y AM es baja frecuencia. Del mismo modo puede decir que en este plano de existencia somos alta frecuencia y que la gente de la tierra son baja frecuencia, y que sería imposible para usted darse cuenta de que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que usted conoce, pero ahora está aquí y aprenderá unas cuantas".

Molygruber tuvo repentinamente una imagen relámpago de cuando acostumbraba a ir a la escuela dominical lo cual, en realidad, sucedió únicamente dos o tres domingos, pero de cualquier manera el recuerdo volvió a su mente. Dejó de hacer girar los dedos y de jugar con los pies, y mirando al doctor preguntó: "Doctor, ¿hay alguna verdad en aquello de que la gente que realmente es santa tiene un lugar privilegiado en el cielo? ".

El médico rio estruendosamente y contestó: "Querido... querido ¡tanta gente tiene esa alocada idea! No, eso es absolutamente falso. La gente no es juzgada en cuanto a la religión que profesa, sino dentro de la concepción íntima de su mente. ¿Se hace bien para tratar de hacer el bien, o lo hacen como una especie de seguro para cuando mueran en la tierra? Bueno, ésa es una pregunta que uno tendría que ser capaz de contestar. Cuando la persona fallece, al principio ve y experimenta lo que espera ver y lo que espera experimentar. Por ejemplo, si un católico ferviente ha sido educado dentro de un concierto de ángeles, música celestial y de santos que tocan arpas, entonces eso es lo que verá cuando muera. Pero cuando se da cuenta de que todo es falso —alucinación— verá la realidad y lo antes que ello suceda mejor para él". Se detuvo y miró seriamente a Molygruber antes de continuar "Hay una sola cosa que puede decirse de la gente como usted: no alimentan ideas falsas sobre lo que van a ver. Muchos de los que pertenecen a este tipo conservan una mente abierta, es decir, ni creen ni dejan de creer, y esto es mucho mejor que estar esclavizado por la adopción de una disciplina en particular".

Molygruber permanecía sentado muy quieto, con el rostro fruncido de tal manera que las cejas casi se juntaban. Al momento dijo: "Yo vivía espantado cuando era joven porque siempre me decían que si no hacía lo que se me indicaba iría al infierno y una cantidad de diablos me pincharían... bueno, USTED sabe dónde... con tridentes al rojo y sufriría un dolor inmenso. ¿Cómo puede ser eso si Dios es tan grande, si Dios es nuestro Padre benevolente, cómo puede querer torturarnos por toda la eternidad? ¡Eso es lo que no entiendo! ".

El médico suspiró muy profundamente y luego, después de una ligera pausa, dijo: "Sí, ésa es una de las más grandes dificultades que tenemos; la gente ha recibido falsos valores, ha oído cosas falsas, le han hecho creer que irá al infierno y sufrirá una condenación eterna. No hay una sola palabra de verdad en eso. El infierno es la tierra. Las entidades van a la tierra para experimentar principalmente entre penas y dificultades y aprenden, nuevamente por medio de ellas, todas las diversas cosas que tienen que aprender. La tierra es, por lo general, un lugar de sufrimiento. Si una persona está en un escaso estado de evolución, entonces comúnmente no tiene suficiente de lo que nosotros llamamos karma para tener que sufrir con objeto de aprender. Se permanece en la tierra para ganar alguna experiencia observando a otros, y más tarde se regresa a pesar de las penurias. Pero no hay infierno después de la vida en la tierra, eso es una ilusión, es una enseñanza errónea".

Molygruber dijo: "Entonces ¿cómo se ha escrito tanto sobre el infierno en la Biblia? ".

"Porque —respondió el doctor— en el tiempo de Cristo había una villa llamada Infierno. Se trataba de una villa en los suburbios de una tierra muy alta, y en las afueras existían un tremedal del cual emanaba humo caliente con un constante hedor de fumarolas sulfúricas y de azufre. Si una persona era acusada de algo se la llevaba a la villa del Infierno para que sufriera el juicio de Dios de pasar por el Infierno —atravesando el tremedal de sulfuro y azufre—, en la creencia de que si era culpable el calor la

abatiría y caería al suelo siendo quemada por la hoguera del tremedal. Si, en cambio, era inocente, o si tenía suficiente dinero como para sobornar a los sacerdotes encargados del lugar de modo que le cubrieran los pies, entonces podría hacer su camino atravesando el tremedal, emergiendo sano y salvo al otro lado. Así se la consideraba inocente. Ahora tenemos la misma cosa ¿verdad? con la justicia que a menudo se vende y el inocente cae en prisión mientras que el culpable queda libre".

"Otra cosa que me desconcierta —dijo Molygruber— es que, según me han dicho, cuando uno muere hay ayudantes en el Otro Lado, cualquiera éste sea, que se acercan y auxilian a la persona que entra el cielo o a otro lado. Bueno, yo creo haber muerto y estoy seguro de que no vi ayudantes y tuve que manejármelas solo, exactamente como un bebé que nace inesperadamente. Entonces, ¿qué es todo eso de ayudantes? ".

El doctor miró a Molygruber y explicó: "Así es, por supuesto que hay ayudantes para auxiliar a aquéllos que quieren ser ayudados, pero si una persona —usted, por ejemplo— no cree en nada, entonces tampoco cree en ayudantes y ellos no pueden acercarse para cumplir su cometido. En cambio, usted está encerrado en la niebla densa y oscura de su propia ignorancia, de su propia falta de creencia, y de su carencia de comprensión. ¡Oh, sí! Definitivamente hay ayudantes que auxilian si se les permite hacerlo. Del mismo modo, por lo general los padres o los parientes de uno que ha muerto se acercan a recibir al recién llegado a los planos astrales de existencia. Pero este plano en particular es el más bajo, por lo cual es el más próximo a la tierra, y usted se encuentra aquí porque no creyó en nada. Por eso, porque usted era tan ignorante, halla aun más difícil creer en planos superiores a éste y permanece aquí en lo que algunos consideran que es el purgatorio. Purgatorio significa purgar, un lugar de purga, y hasta que usted no haya purgado su falta de creencia no podrá progresar hacia arriba. Y porque usted está en este plano, no puede encontrarse

con aquéllos que han sido sus amigos en la otra vida, puesto que ya están mucho más alto".

Molygruber se sacudió incómodo y dijo: " ¡Uuuh! Con seguridad me parece que he puesto todo patas arriba. Y ahora ¿qué va a pasar? ". El médico se puso de pie y le indicó hacer otro tanto. "Tiene que ir ahora al Salón de las Memorias —dijo— donde podrá ver cada uno de los acontecimientos de su vida en la tierra, y observándolos juzgará aquello en lo cual ha tenido éxito, aquello en lo cual ha fracasado y entonces tendrá que formarse una idea en cuanto a lo que debe hacer para ser mejor en su próxima vida terrestre. Venga". Ambos atravesaron la pared que, al acercarse, se abrió, y recorrieron nuevamente el gran vestíbulo. El doctor se acercó a un hombre que estaba sentado a un escritorio y mantuvo con él una breve conversación. Después, se volvió hacia Molygruber diciendo: "Por aquí, doblemos aquí". Juntos caminaron a lo largo de un extenso corredor y afuera sobre un césped al aire libre en el lejano extremo del cual se levantaba un peculiar edificio que parecía hecho de cristal, reflejando los colores del arco iris y muchos otros colores que Molygruber simplemente no podía nombrar. Se detuvieron a la puerta y el doctor dijo: "Allí, ése es el Salón de las Memorias. Existe uno en cada plano de existencia después que se atraviesa el plano terrestre. Usted va allí y ve un simulacro de la tierra flotando en el espacio. A medida que se acerque, tendrá la sensación de que está cayendo, siempre cayendo, y le parecerá como si estuviera sobre la tierra observando todo lo que sucede, viendo todo aunque sin ser visto. Usted tendrá ante sí todo lo que ha hecho, podrá pesar todas sus acciones y el modo en el cual han afectado a otras personas. Esto es el Salón de las Memorias que algunos llaman el Salón del Juicio; pero, por supuesto, no hay un gran juez sentado solemnemente, mirándolo de arriba a abajo y pesando luego su alma en la balanza para ver si está en falta y tiene que arrojarlo al fuego eterno. No, no hay nada de eso. En el Salón de las Memorias cada persona se ve a sí misma y juzga si ha sabido desempeñarse con

éxito. Si no es así, si no lo ha logrado, cuál ha sido la causa y qué puede hacerse. Ahora —tomó del brazo a Molygruber empujándolo suavemente hacia adelante—, lo dejo a usted aquí. Vaya al Salón de las Memorias, tómese el tiempo necesario y, cuando salga, otra persona lo estará esperando. Adiós". Y con ello se dio vuelta, alejándose. Molygruber quedó allí con un extraño sentimiento de temor. No sabía qué iba a ver, no sabía qué iba a hacer cuando viera algo y no hizo intento alguno de moverse. Quedó allí como una estatua, una estatua de un recolector de basura sin su carretilla, al fin, una fuerza extraña lo dio vuelta suavemente y lo empujó en dirección al portal del Salón de las Memorias. Entró.

Y ocurrió que Leonides Manuel Molygruber ingresó en el Salón de las Memorias y allí pasó ante él la historia de sí mismo y de sus allegados desde el principio de su vida como entidad.

Aprendió mucho, supo de los errores del pasado, conoció las cosas en las cuales tenía que prepararse para el futuro y, por medios desconocidos en la tierra, amplió sus conocimientos, purificó su carácter, y Leonides Manuel Molygruber abandonó el Salón de las Memorias en un momento no determinado —podría haber sido días después, semanas después o meses después—, poniéndose luego a planear con un grupo de consejeros su regreso a la tierra de modo que, una vez terminada su próxima vida, pudiera retornar a un plano mucho mejor dentro de la vida astral.

CAPITULO VII

El alto ejecutivo se dejó caer pesadamente en su lujosa silla giratoria, apretándose el pecho con un gesto penoso. Otra vez ese dolor, ese horrible, constante y penetrante dolor que le hacía pensar que su pecho era destrozado por una exprimidora. Se echó hacia atrás jadeante, preguntándose qué debía hacer. ¿Llamar al médico e ir al hospital o permanecer así durante un poco más?

El señor Hogy MacOgwascher, presidente de Glittering Gizmos (Chucherías Brillantes), era un hombre con intensas dificultades muy similares a aquéllas que habían terminado con la vida de su padre. La empresa fundada por su progenitor prosperaba tanto que Hogy hubiera deseado que su padre pudiera haber estado con él para gozar el éxito. Pero Hogy, inclinado hacia atrás en su silla, intentaba a tientas hallar sus cápsulas de nitrito de amilo. Rompiendo una de ellas en un pañuelo de papel aspiraba la sustancia volátil que llegaba a su pecho dándole alivio, momentáneo, por supuesto. Para el mal que aquejaba a Hogy no existía un alivio real hasta que la vida misma terminara con el dolor, pero el nitrito de amilo lo ayudaba durante un rato y él lo agradecía. Sentía que su trabajo no había acabado todavía y pensó en su padre fallecido ya hacía mucho; en cómo acostumbraba a hablar con él como si fueran hermanos más que padre e hijo. Dirigió la mirada hacia la amplia ventana que enmarcaba, como a un cuadro la vista externa, con su vidrio de color en la parte superior y recordó el momen-

to en que el padre, de pie a su lado, rodeándole el hombro, lo había invitado a observar el edificio de la fábrica diciéndole: "Hogy, hijo mío, algún día todo esto será tuyo. Cuídalo, cuídalo bien, es un proyecto, una inspiración mía, Hogy, será tu tranquilidad y prosperidad para todos los días de tu vida". Entonces, el padre se había sentado pesadamente en su silla y, lo mismo que Hogy ahora, se había tomado el pecho con las dos manos, gimiendo de dolor.

Hogy realmente había amado a su padre. Recordaba cómo un día, frente a él, sentado sobre el escritorio, —un escritorio hermoso de gran lustre y tallado a mano por un viejo ebanista europeo, con una extensión que parecía kilométrica a sus visitantes—, le había preguntado: "Padre, ¿de dónde hemos sacado este nombre tan raro? Yo no lo entiendo. Muchos me lo han preguntado y no he sabido qué responderles. Tú tienes algún tiempo esta tarde, padre, la reunión de directorio ya ha terminado, dime qué ocurrió antes de que vinieras a Canadá".

MacOgwascher padre se había reclinado hacia atrás en su silla —la misma silla sobre la cual Hogy estaba sentado ahora—, y encendido un gran habano. Luego, mientras aspiraba con fruición una bocanada de humo, levantaba los pies apoyándolos sobre el escritorio y cruzaba las manos sobre su vientre voluminoso, dijo: "Bueno, bueno, hijo mío, vinimos de la alta Silesia en Europa. Nosotros éramos de Judea, pero nos dijeron a tu madre y a mí que aun en Canadá había discriminación contra nosotros, los judíos, por lo cual teníamos que tener cuidado con esa real atadura y nos hicimos católicos, ya que parece ser que ellos tienen la mayor cantidad de dinero y de santos para que los cuiden. Tu madre y yo buscamos y hablamos acerca de diferentes nombres que debiéramos adoptar y entonces yo pensé en un primo de tu tío por parte de madre. Era un buen hombre que consiguió también un buen pasar. Era judío, al igual que tú y yo, pero logró prosperidad lavando cerdos, y los lavaba muy bien, dejándolos limpios y pulcros. Les frotaba el cuero con gasolina y quedaban tan limpios como la espalda de

un bebé, con un brillo rosado exactamente como eso, la espalda de un bebé. Y los peritos siempre decían que los cerdos mismos debían de provenir de tal hombre, tan buenos y hermoseados estaban". El padre de Hogy había bajado sus pies al suelo de nuevo mientras desganadamente se acercaba para buscar su cuchillo especial con una especie de lanceta puntiaguda con la cual había punzado el extremo de su cigarro que no tiraba bien. Una vez logrado el objetivo de aspirar el humo como quería volvió a su narración:

"Dije a mi mujer que si teníamos que hacerlo podríamos llamarnos Hogwascher (lavador de cerdos) que parecía ser un buen nombre a la manera del continente americano, ya que hay muchos nombres divertidos allí". Se había detenido un momento haciendo girar el cigarro entre los labios antes de continuar: "Mi mujer me dijo que debíamos hacer algo para volverlo más católico, agregando un 'Mac' como hacen los irlandeses que lo ponen en sus nombres como medio de preservarlos de las tormentas que la gente dice que ellos suelen desatar. Por ello se me ocurrió, y se lo dije a mi mujer al mismo tiempo, que así lo haríamos y que me llamaría MacOgwascher, y desde entonces en adelante seríamos católicos".

Otra vez el anciano se había detenido mientras reflexionaba algo más. Hogy conocía cuándo su padre quedaba en estado contemplativo porque su inevitable cigarro giraba hacia atrás y hacia adelante entre los labios. Una gran voluta de humo fue lanzada al aire y el padre continuó: "Los amigos a quienes había contado esto me dijeron que debíamos tener muchos santos, especialmente un santo patrono, al igual que hacen los católicos en Irlanda. Pero yo no sabía nada sobre santos; nunca había hablado de eso y mi amigo me dijo: '¿Quieres un buen santo? ' Un buen Santo para ti como santo patrono tiene que ser San Lucro" '.

Hogy había mirado a su padre con asombro, diciéndole. "Bueno, padre, nunca he oído hablar de San Lucro. Cuando iba al seminario, los hermanos acostumbraban a

enseñarnos todo lo referente a los santos, pero nunca me dijeron nada sobre San Lucro".

"Sí, sí, hijo mío —había contestado MacOgwascher padre—, te diré por qué el santo que adopté tiene ese nombre. Mi amigo me decía: 'Moisés, siempre estás corriendo detrás de la vil ganancia, y me has dicho muchas veces que el dinero no tiene olor, aunque otros dicen que corren detrás del sucio lucro; entonces ¿qué mejor santo puedes tener, Moisés, que San Lucro? ' "

Pero ahora Hogy se sacudía ante un nuevo espasmo doloroso que le deshacía el pecho. Por un momento pensó que estaba próximo a la muerte, que su pecho estaba siendo aplastado, exprimido y que el aire se escapaba de sus pulmones. Una vez más aspiró el nitrato de amilo y poco a poco el dolor fue cediendo. Con todo cuidado y cautela se movió levemente, hallando que el dolor más intenso había terminado, pero decidió que sería una buena idea dejar un poco el trabajo de lado, descansar y pensar en el pasado.

Otra vez recordó a su padre. Años antes éste había comenzado el negocio —como él decía— de la nada. El y su madre abandonaron alta Silesia después de uno de los pogroms anuales, y venido a Canadá donde se convirtieron en inmigrantes desembarcados. Papá Moisés halló que no había ocupación para él, de modo que trabajó en una granja durante algún tiempo como labriego, en vez de ser el experto joyero para lo cual había sido preparado. Un día vio a otro labrador jugando con una pequeña piedra que tenía un agujero. Cuando preguntó al hombre qué era eso, le contestó que le traía mucha paz de espíritu jugar con ella, por lo cual la conservaba consigo y que cuando su patrón le echaba en cara que era demasiado lerdo o demasiado tonto, jugaba con esa piedra pulida y la calma lo invadía.

Durante días el padre de Hogy había estado pensando sobre esa piedra hasta que al fin tomó una gran decisión. Juntó todo el dinero que pudo, pidió prestado, trabajó como un esclavo para conseguir más y puso un pequeño negocio que llamó Glittering Gizmos. Hicieron pequeñas

cosas que en manera alguna tenían uso práctico, pero la mayoría de ellas eran doradas mediante un proceso al vacío y la gente pensaba al tener estos objetos brillantes en sus bolsillos que les daban tranquilidad. Un amigo le preguntó una vez: "¿Qué es esa cosa, Moisés, que tanto bien hace? "

Moisés contestó: "Ah, amigo, ésa es una buena pregunta. ¿Qué es una chuchería brillante? Nadie lo sabe, pero quieren saberlo y por eso gastan bastante dinero comprándolas para descubrirlo. Nadie sabe qué es. No tiene uso práctico alguno, pero nosotros hacemos nuestra propaganda como "NUEVO - NUEVO - NUEVO", y se ha convertido en un símbolo de categoría. Hasta por encargo especial hacemos grabar en ella las iniciales de la persona. Has de recordar que aquí, en este continente americano, aceptan cualquier cosa que sea nueva y que todo lo viejo es basura. Bien, tomamos basura, la doramos un poco para hermosearla y anunciamos que es lo último que se conoce, garantizando que hace esto o aquello. Por supuesto que nada hace; el comprador consigue el bien mediante el modo como lo imagina, y si piensa que no tiene virtud alguna no le gusta admitir que ha sido estafado y trata de vender las cosas a otros para demostrar que también pueden ser estafados. A mí esto me produce".

" ¡Válgame Dios, Moisés! —exclamó su amigo— ¿no me digas que estás vendiendo BASURA al desprevenido público? ".

Moisés MacOgwascher había levantado sus cejas canas en un cómico gesto de horror, contestando: " ¡Dios me libre, amigo mío! No pensarás que yo podría estafar al público, ¿verdad? ¿Me estás llamando tramposo? ".

El amigo lanzó una risotada y replicó: "Cada vez que encuentro a un católico cuyo primer nombre es Moisés me pregunto por qué se habrá convertido de judío a católico".

El viejo Moisés había reído de muy buena gana y contado a su amigo la historia de su vida. Levantó un negocio en la alta Silesia famoso por la buena calidad de

sus productos, por el trato honesto y por los precios moderados, para terminar jovialmente: "Todo se fue al diablo". Llegaron los rusos y se apoderaron de todo. Me empobrecieron, me sacaron de mi casa, a mí que era un hombre honesto que hacía tratos honorables y vendía artículos genuinos. Entonces me di vuelta y me convertí en un sinvergüenza que vende cascajo a precios altos y la gente me respeta más. Mírame ahora: tengo mi propio negocio, mi propia fábrica, mi propio Cadillac y hasta mi propio santo patrono: ¡San Lucro! ". Rio estruendosamente, dirigiéndose hacia un pequeño gabinete adosado a una esquina de su oficina. Con lentitud abrió la puerta que estaba con llave y lentamente también se volvió hacia su amigo diciéndole en alemán: "Ven aquí".

El amigo rio divertido al tiempo que saltaba sobre sus pies gritando: "Moisés, equivocas el lenguaje. Aquí no debes hablar alemán, se supone que eres un ciudadano canadiense; debes decir: 'Hazte cargo de esto, pimpollo'".

Caminó hacia donde estaba el viejo Moisés, manteniendo la puerta del aparador casi entreabierta, apremiado por la curiosidad. De pronto abrió totalmente la puerta y el amigo pudo ver un zócalo de ebonita y sobre éste el signo del dólar que se elevaba en oro, y en la parte superior de éste un halo. Miró al viejo Moisés sin comprender, mientras su expresión provocaba en éste una risa incontenible. "Es mi santo —dijo—, mi San Lucro. Sucio lucro es el dinero, mi santo son los limpios dólares".

Ahora Hogy se sentía mucho mejor. Pulsó el botón del interconmutador y llamó a su secretaria: "Venga, señorita Williams, venga". Una joven muy formal entró y se sentó recatadamente al borde del escritorio. "Quiero que llame a mi notario; que venga a verme. Pienso que es tiempo de hacer mi testamento".

"Oh, señor Hogy —dijo la secretaria alarmada—, usted está muy pálido. ¿No cree que debo decirle al doctor Johnson que venga a verlo? ".

"No, no, querida —dijo Hogy—, creo que he estado trabajando mucho y no se puede ser demasiado cuidadoso, usted sabe. De modo que llame sólo al notario y

pídale que venga a verme a las 10 en punto de mañana aquí, y eso es todo por hoy". Hizo un gesto con la mano y la secretaria se alejó preguntándose si Hogy MacOgwascher tenía la premonición de que iba a morir o le iba a pasar algo semejante.

Hogy se echó hacia atrás en la silla pensando en el pasado y en el futuro también, como seguramente lo había hecho su padre en numerosas ocasiones. Meditó sobre lo que había dicho la señorita Williams, desviando luego sus recuerdos hacia la vida de su padre. La señorita Williams le había contado cómo había ingresado en la oficina y hallado a MacOgwascher padre sentado frente a su escritorio silencioso y sombrío. Cuando ella se hubo acercado, él miraba el cielo observando los montones de nubes que corrían dispersándose sobre los edificios de su fábrica. Se levantó exhalando un suspiro muy profundo. La señorita Williams se detuvo y miró al anciano seriamente, temerosa de que fuera a morir ahí mismo, delante de ella. "Señorita Williams —le había dicho—, mi coche ya ha de estar. Dígale al chófer que venga en seguida por que debo ir a casa". La señorita Williams había salido para cumplir la orden, cortés y formalmente, y MacOgwascher, echado hacia atrás en su silla, habia cruzado sus manos sobre su vientre voluminoso. Cuando la secretaria abrió la puerta de la oficina, nuevamente muy preocupada, lo vio echado sobre el escritorio. "El coche está en la puerta, señor —anunció—, ¿puedo ayudarlo a ponerse el saco? ".

El anciano se puso de pie algo tambaleante, contestando: "Oh, oh, señorita Williams, usted piensa que quizá yo ya me estoy poniendo viejo, ¿no? ". La secretaria había sonreído alcanzándole el saco. Con movimientos difíciles calzó sus brazos en las mangas mientras ella se ponía de frente para acomodárselo y abotonárselo. "Aquí está su portafolio —indicó. No he visto su nuevo Cadillac. Lo acompañaré hasta el coche si no le parece mal". El anciano había murmurado algo aceptando y juntos penetraron en el ascensor, bajando a la calle.

El chófer uniformado se había manifestado con un

rápido movimiento de atención, abriendo rápidamente la puerta del coche. "No, no, muchacho, me sentaré al frente, con usted, para cambiar un poco", había indicado el anciano mientras, arrastrando los pies, se dirigía a ubicarse, con un saludo para la señorita Williams se acomodó y el automóvil partió.

El señor MacOgwascher padre vivía afuera, en el campo, a bastantes kilómetros de distancia de su oficina y, a medida que el coche avanzaba velozmente entre el tránsito, dejando atrás los suburbios, recorría con la vista el escenario como si nunca lo hubiera visto antes o como si lo estuviera viendo por última vez. En algo menos de una hora, pues el tránsito estaba muy pesado, el coche se detuvo frente a la mansión de MacOgwascher. Su esposa lo estaba esperando en la puerta porque la señorita Williams —como buena secretaria— la había alertado telefónicamente de que su patrón estaba pasando por un ataque o algo parecido.

" ¡Ah, Moisés, Moisés! He estado tan preocupada por ti hoy —dijo al recibirlo—, creo que has estado trabajando mucho; quizá tendríamos que tomarnos vacaciones. Estás demasiado absorbido por la oficina".

El viejo Moisés despidió al chófer, entrando con paso fatigado a su casa. Era la casa de un hombre rico, pero de un individuo adinerado sin refinamiento. Al lado de antigüedades inapreciables lucían cosas modernas de pésimo gusto, y algo del moblaje y los adornos, todo junto entre moderno y antiguo, en esa disposición casi mística de los viejos judíos europeos, convertía esa mezcolanza en casi un almacén de cosas viejas cuyo interior resultaba atractivo.

La señora MacOgwascher había tomado a su esposo por el brazo, diciéndole: "Ven y siéntate, Moisés, parecería que estuvieses por desplomarte en cualquier momento. Voy a hacer venir al doctor Johnson".

"No, mamma, no. Tenemos algo que hablar antes de que llames al médico", había dicho Moisés y se dejó caer en la silla, escondiendo la cabeza entre las manos, pensando profundamente.

"Mamma —había preguntado Moisés— ¿recuerdas nuestra vieja religión? El judaísmo es nuestra religión de familia. ¿Cómo es que no llamo a un rabino y converso con él? Hay una cantidad de cosas en mi mente que debo aclarar".

La mujer le había traído diligentemente algo para beber, agregando hielo y alcanzándole el vaso. "Pero ¿cómo podemos volver a la religión judía si somos tan buenos católicos, Moisés? ", preguntó. El anciano había meditado sobre esto mientras lentamente sorbía su bebida, para luego decir: "Bien, bien, mamma, cuando todas las paredes se han desmoronado ya no puede levantarse un falso frente. No podemos volver a la tierra de nuestros padres, pero podemos volver a nuestra vieja religión. Creo que es a un rabino a quien debo ver".

Pasó algún tiempo y nada más se dijo, pero durante la cena el anciano había dejado caer repentinamente el cuchillo y el tenedor estruendosamente, echándose jadeante hacia atrás en la silla. "Ah, no, no, Moisés. Ya hemos tenido suficiente —había dicho la esposa corriendo al teléfono—, llamaré de inmediato al doctor Johnson".

Con rapidez hizo correr el dedo por el disco automático y luego presionó un botón. La última maravilla electrónica produjo un chirrido y un zumbido mientras la máquina registraba el número de la casa del doctor Johnson. Después de un breve intervalo, una voz respondió al reclamo de la señora MacOgwascher: "Doctor Johnson, doctor Johnson, venga tan rápidamente como pueda. Mi marido está muy mal con sus opresiones de pecho". El médico, conociendo que era un paciente que pagaba bien, no dudó un momento: "Perfectamente, señora, estaré allí dentro de diez minutos", dijo. La mujer colgó el tubo y volvió, sentándose al lado de su esposo.

"Mamma, mamma —exclamó el anciano oprimiéndose el pecho con ambas manos— ¿recuerdas cómo vinimos de la tierra de nuestros mayores? ¿Recuerdas cómo viajamos, de la manera más económica posible, hacinados todos como ganado en jaulas? Hemos trabajado duro, mamma, tú y yo; hemos llevado una vida difícil y no

estoy tan seguro de que procedimos correctamente al hacernos católicos. Nacimos judíos y judíos debimos haber sido siempre. Debemos volver, quizás, a la vieja religión".

"Pero no podemos hacer eso, Moisés, no podemos. ¿Qué dirían los vecinos? Nunca podremos olvidarlo, tú lo sabes; pero te sugiero que salgamos de vacaciones y tal vez te sentirás mejor. Espero que el doctor Johnson pueda indicar a una enfermera para que vaya con nosotros y te cuide". De un salto se había puesto de pie al oír el sonido del timbre. La mucama ya había ido a abrir la puerta y en segundos el doctor Johnson ingresó en la habitación.

"Bien, bien, señor MacOgwascher —saludó jovialmente— ¿qué le pasa? ¿Tiene dolor en el pecho? Ha de ser otro ataque de angina; uno de sus grandes síntomas —como ya sabe— es la sensación sumamente intensa de que uno está por morir".

La señora MacOgwascher había asentido gravemente con la cabeza. "Sí, doctor, él ha venido teniendo esa sensación durante algún tiempo, y no puede seguir así, por eso creí que debía llamar a usted urgentemente".

"Muy bien, señora MacOgwascher, perfectamente, por eso estamos aquí —había comentado el médico—; pero pongámoslo en cama para que pueda hacerle un examen prolijo. He traído conmigo un cardiógrafo portátil; voy a examinarlo".

Pronto el viejo Moisés fue acomodado en una inmensa cama camera con un cubrecamas acolchado a la antigua moda europea. El médico de inmediato lo sometió a su examen volviéndose cada vez más serio a medida que lo hacía, diciendo finalmente: "Bueno, me temo que tendrá que permanecer en cama durante algún tiempo. Usted está bastante enfermo, ha estado quemando la candela por ambos extremos y por el medio también, y a su edad no puede permitírselo". Cerró el cardiógrafo, apartó su estetoscopio y lavó sus manos en el lujoso cuarto de baño contiguo. Había estrechado la mano de su paciente y, junto con la señora MacOgwascher, descendido por la

escalera. Ya en la planta baja, hizo una seña a la mujer susurrándole: "¿Podemos hablar en algún lugar privado? ". Ella lo guió hasta el estudio del anciano, cerrando la puerta.

"Señora MacOgwascher —comenzó el médico—, mucho me temo que su marido esté seriamente enfermo y que no resistirá otro ataque. ¿Dónde está su hijo Hogy, señora? ¿No está en el College?

"Sí, doctor —había replicado la mujer—, está en el Bally Ole College. Si usted lo cree conveniente le telefonearé de inmediato pidiéndole que vuelva. Es un buen muchacho, muy buen muchacho, por cierto".

"Sí —había asentido el médico—, lo conozco y sé que es así, me he encontrado con él en muchísimas ocasiones. Pero ahora, en mi opinión, debería volver para ver a su padre. Mucho me temo que sea por última vez. Debo hacer entender a usted que su esposo necesita realmente la atención de una enfermera tanto de día como de noche y le sugiero que deje que yo me encargue de eso".

"Oh, sí, sí, doctor, por supuesto, podemos hacerlo. Haremos todo lo que usted recomiende".

El médico había fruncido los labios, estirándolos al mismo tiempo hacia los lados entre el índice y el pulgar. Dirigió la vista hacia abajo de su nariz, diciendo: "Bueno, en realidad yo hubiera querido tenerlo en mi sanatorio particular; podríamos haberlo atendido constantemente en él, pero por el momento es más prudente evitarle ese movimiento. Trasladarlo no sería un buen consejo. Lo trataré aquí y enviaré a una enfermera que lo cuide durante ocho horas y luego a otra que la remplazará durante otras ocho horas. Yo vendré a verlo, por las mañanas, antes de hacer otra cosa. Ahora, escribiré una receta y haré que la farmacia le envíe la medicina por un mensajero especial; siga usted las instrucciones cuidadosamente. Adiós, señora MacOgwascher". El médico caminó despaciosamente hacia la puerta y, atravesando el comedor, se dirigió hacia afuera, hasta su coche.

Durante algún tiempo la señora MacOgwascher permaneció sentada con la cabeza entre las manos, preguntán-

dose qué debía hacer. Fue sacada de tal situación por la entrada brusca de la mucama que anunciaba: "El patrón la está llamando, señora". De inmediato, la señora corrió escaleras arriba.

"Mamma, Mamma ¿antes no vamos a decirle al rabino que venga? —había preguntado—. Yo quiero un rabino pronto. Tengo muchas cosas que decirle y posiblemente puedan hacerse algunos arreglos para que mi hijo o un viejo amigo recite el Kadish".

"Moisés, Moisés —había exclamado su esposa—, ¿realmente crees que debes llamar al rabino? No olvides que has adoptado la religión católica. ¿Cómo explicaremos a los vecinos que repentinamente te has vuelto judío? ".

"Pero mamma, mamma, ¿cómo puedo morir en paz sin saber que alguien recitará el Kadish para mí? ".

La señora MacOgwascher permaneció en profunda meditación, para luego decir: " ¡Ya sé, ya sé! ¡Tengo la solución! Llamaremos a un rabino como amigo y, una vez que se haya ido, haremos lo propio con nuestro sacerdote católico; de esa manera estaremos a cubierto con las dos religiones y con nuestros vecinos".

El anciano comenzó a reírse tanto que las lágrimas asomaron a sus ojos y el dolor comenzó de nuevo. Pero cuando se recobró, dijo: " ¡Ay, ay, mamma! ¿De modo que piensas que he sido tan malo que necesito la seguridad de que alguno de los dos pueda hacer la mejor propuesta para elevarme al cielo? Bueno, bueno, así lo haré pero, para mí, el que me da más seguridad es el rabino. Cuando él se haya ido puedes traer al sacerdote católico y de este modo tendré cubierto mi tránsito desde dos lados al mismo tiempo".

"He llamado por teléfono a Hogy, Moisés —dijo la señora MacOgwascher—; le he dicho que has tenido un pequeño inconveniente y que pensaba que sería una tranquilidad para su padre que volviera por un día o dos. Va a venir en seguida".

Hogy, reclinado hacia atrás, pensaba en todo esto nuevamente, lo vivía otra vez, olvidando por un momento su dolor mientras rememoraba aquellos días idos;

cómo el gran coche había corrido durante la noche helada atravesando ruidosamente las pequeñas aldeas y las grandes ciudades. Recordaba la expresión de espanto en la cara de un policía cuando se hizo a un lado de un salto y trató de detener mediante señales la velocidad de Hogy, y cómo, porque no lo había hecho, lo persiguió en su motocicleta tratando de alcanzarlo sin conseguirlo, porque Hogy tenía un buen coche y era un buen volante. El policía no debía de haber sido muy práctico porque pronto abandonó la carrera.

Hogy recordaba la llegada a la casa de su padre. Recień rompía el alba y allá en el oriente había rojos y azules y amarillos que se proyectaban por el firmamento. Algo más tarde en la mañana, después de haber descansado un poco para que su padre no lo viera tan extenuado, se había acercado a visitar al anciano.

MacOgwascher padre estaba en cama con su yarmelke, el pequeño casquete que los judíos ortodoxos usan en ciertas ocasiones. Sobre los hombros tenía su pañoleta de oraciones. Había saludado a Hogy con una sonrisa algo desdibujada, diciendo: "Hogy, hijo mío, estoy contento de que hayas vuelto a tiempo. Yo soy judío y tú eres un buen cristiano católico. Tú siempre piensas en hacer buenas obras, mi muchacho, de modo que voy a pedirte algo por mí: quiero que recites el Kadish que, como sabes es la oración para los muertos. Quiero que lo hagas de la vieja, vieja manera ya casi olvidada. Esto no interfiere tus creencias católicas cristianas, hijo mío".

Hogy había dudado. El realmente se había volcado a la religión católica y creía absolutamente en la Biblia y en los santos y en todo lo demás. Creía que el Papa y todos los que integran la jerarquía de la Iglesia Católica tenían poderes divinos, de modo que ¿cómo podría ser que un buen católico, repentinamente se volviera, aun temporalmente, a la religión judía de sus padres? El anciano quedó observando su expresión, estudiándolo con cuidado. Había suspirado profundamente hundiéndose más en su cama: "Perfectamente, hijo mío, no quiero preocuparte más, pero creo que todos llegaremos

al mismo hogar, sin que importe mucho ser yo judío y tú católico. Todos iremos al mismo hogar. Si hacemos una buena vida tendremos la recompensa. Pero dime, hijo —había proseguido, esbozando una sonrisa—, ¿por qué los católicos temen más la muerte que los que profesan cualquier otra religión? ¿Por qué los católicos se oponen a todas las otras religiones y mantienen firmemente que, a menos que se sea católico romano, no hay lugar en el cielo? Deben de haber comprado todas las localidades por adelantado, supongo", había dicho el anciano riendo.

Hogy protestó en voz alta: "Padre, padre, déjame traerte un sacerdote católico. Si te hubieras convertido ahora, estoy seguro de que serías considerado para ocupar un lugar en el cielo. Así, como eres, como judío, no tienes posibilidades, padre, te hallarás alojado en el infierno como lo estará un viejo escritor. He estado leyendo últimamente algunos de sus libros hasta que uno de los sacerdotes me pescó y tuve una penitencia por leer una de las obras de ese tipo Rampa. En el hospital, ya hace algún tiempo, una hermana de caridad muy católica le estuvo llorando diciendo que iría al infierno porque era budista, un budista ¿te das cuenta? ¿Puedes imaginarlo? ".

MacOgwascher padre había mirado a su hijo con compasión, con piedad, contestando: "Hijo, desde que has estado fuera y desde que has abrazado la fe católica más íntimamente, en realidad te has convertido en un fanático. No importa; llamaré a alguno de mis viejos amigos, uno que ha sido como un hijo para mí, y le pediré que recite el Kadish para no quebrantar tu fe".

El viejo rabino llegó para ver a MacOgwascher padre y ambos se pusieron a conversar durante algún tiempo. El anciano había dicho al rabino: "Mi hijo ha cambiado tanto que posiblemente ya no sea mi hijo. No ha querido leer el Kadish por mí y tampoco tolera que hablemos de nuestra religión. Quiero preguntarte, amigo mío, si recitarías el Kadish por mí".

El rabino había colocado sus manos sobre los hombros del viejo amigo, diciendo: "Por supuesto, Moisés, por

supuesto que lo haré, pero mi propio hijo es un hombre muy bueno y creo que sería más adecuado que lo hiciera él en cambio. Es joven, de la misma edad que tu hijo. Pero yo. . ., bueno, yo soy uno de tus contemporáneos ¿no? ".

El viejo Moisés lo pensó y luego había sonreído mientras asentía con la cabeza diciendo: "Sí, sí, es una buena sugerencia, rabino; aceptaré tu consejo y a tu hijo si él quiere recitar el Kadish como si fuera mi propio hijo". El anciano había callado; reinó el silencio en la habitación durante algunos momentos hasta que nuevamente: "Rabino —había dicho—, a ese escritor Rampa ¿lo conoces? ¿Has leído alguno de sus libros? Mi hijo dice que a muchos católicos se les ha prohibido leer sus obras ¿de qué tratan? ".

El rabino rio contestando: "He traído una de ellas para ti, amigo mío. Habla mucho de la muerte y da un gran coraje. Iba a pedirte que la leyeras; te dará paz espiritual. La he recomendado a mucha, mucha gente y, sí, sé quién es. Es un hombre que escribe la verdad y que ha sido perseguido por la prensa, o más exactamente por los de su medio. Hubo un pequeño complot sobre esto hace varios años: algunos periódicos aseguraron que era el hijo de un plomero, pero según mi leal saber eso es falso. Aunque no entiendo el punto de vista de ellos ¿por qué tendría que avergonzarse si fuera el hijo de un plomero? Su Redentor, Cristo, según se dice, era hijo de un carpintero y muchos de los santos que veneran los católicos tienen orígenes muy humildes. Uno de sus santos, San Antonio, era hijo de un cuidador de cerdos y algunos otros fueron también ladrones convertidos. ¡Oh, no! El hombre dice la verdad. Como rabino he oído mucho y he recibido muchas cartas y, sí, el hombre tiene razón, pero un grupo de gente le dio mala fama, desde entonces ha sido perseguido y ninguno de los medios de comunicación le ofreció la oportunidad de explicar su propia versión al respecto".

"Pero ¿por qué tendría que explicar nada? —preguntó el viejo Moisés—. Si ha sido calumniado como ocurre

frecuentemente ¿por qué no podría hacer algo a su vez? ¿Por qué lo molestan ahora? ".

El rabino se había puesto triste y explicó: "El hombre estaba en cama con una trombosis coronaria cuando los periodistas cayeron como moscas en su lugar de residencia. Pensaron que iba a morir y la prensa se volvió cada vez más cáustica, ya que nadie podría rebatir sus historias. Pero ya hemos hablado suficientemente sobre esto; volvamos a ti. Hablaré con mi hijo".

Los días habían seguido su curso. Tres, cuatro, cinco y en este quinto día, Hogy había entrado en la habitación de su padre. Lo había visto ladeado hacia atrás contra las almohadas, con los ojos entreabiertos, jadeante y con la mandíbula hundida en el pecho. Hogy corrió hacia su padre y luego, apresuradamente, se dirigió a la puerta, llamando a su madre.

El entierro de Moisés MacOgwascher fue modesto, tranquilo, en paz. Con el tiempo, después de tres semanas. Hogy volvió al College, terminando su instrucción de modo que pudo hacerse cargo del negocio de su padre.

CAPITULO VIII

Hogy MacOgwascher volvió bruscamente a la realidad. Con un sentimiento de culpa recapacitó sobre cuánto tiempo había perdido. Bueno, el tiempo ya no tenía importancia ante ese dolor horrible que sentía. Sentado y oprimiéndose el pecho se preguntaba si iría a seguir el mismo camino que su padre.

La puerta fue abierta con toda cautela. Hogy miró sorprendido. ¿Qué era eso? ¿Algún ladrón que iba a asaltarlo? ¿Por qué tanto misterio? La puerta fue abierta un poco más y, con sumo cuidado y prudencia, la mitad de un rostro asomó por la hendija, mirándolo con un ojo. ¡Su secretaria! Al ver que él la estaba observando penetró en la oficina sonrojándose. "Oh, señor Hogy —dijo—, estaba tan preocupada por usted. Vine dos veces antes y usted no me prestó atención. Estaba por llamar al médico por teléfono. Espero que no habrá pensado que lo estaba espiando".

Hogy sonrió débilmente, contestándole: "No, no, querida, sé que usted no haría eso de espiarme y lamento haberle provocado tal preocupación". La miró con expectativa, levantando las cejas en un buen símbolo antiguo judío de interrogación. "¿Y bien? —preguntó—, quizás usted quería preguntarme algo".

La secretaria lo miró con cierto temor al decir: "Señor Hogy, durante estos últimos días otras personas de la compañía, lo mismo que yo, hemos notado que usted está sufriendo dolores muy fuertes. ¿Por qué no se hace hacer un buen examen médico? ".

"Me he hecho un muy buen examen médico y mi mal es angina de pecho, lo cual es un estado cardíaco, usted sabe. Con el tiempo supongo que tendré que dejar de ser presidente, es decir, si vivo lo suficiente, y he de decidir a quién nombraré en mi lugar. Tal vez debiéramos llamar a una reunión especial de directorio para mañana a la tarde. ¿Querría notificar a todos los miembros? ".

La secretaria asintió con la cabeza para decir luego: "Oh, señor Hogy, espero que todo salga bien. ¿Piensa que debo llamar a la señora MacOgwascher y decirle que va a su casa? ".

"Oh, no, no —replicó Hogy—, mi esposa está ya muy preocupada por mí. Mejor llame a mi chófer y dígale que traiga el coche. Entretanto estaré abajo, en la entrada, esperándolo. Dígale que pase tan pronto como llegue".

Con desgano Hogy echó una mirada sobre algunos de sus papeles y, tomando impulso, los levantó y en un montón los introdujo en la caja fuerte que estaba abierta. Miró su reloj y a su derredor, cerrando y asegurando la caja de caudales. Echó un vistazo a los cajones de su escritorio; cerrándolos con llave uno por uno, después de lo cual salió y descendió por la escalera.

Hogy vivía en uno de los nuevos suburbios, aproximadamente a unos cien kilómteros de su oficina. Era un área extensa de expansión reciente. Miró con asombro todos los edificios que pasaban. Jamás había tenido tiempo de observarlos antes a lo largo del camino a la oficina y de vuelta de ella. Siempre su cabeza había estado sumida en papeles importantes. Pero ahora, por primera vez, miraba por las ventanillas y captaba la vida en derredor, diciéndose a sí mismo: "Bueno, supongo que pronto estaré muerto como mi padre y el mundo seguirá su curso sin mí".

"Oh, Hogy, Hogy, creo que harías mejor en llamar al médico —exclamó la señora MacOgwascher—. Le hablaré ahora. Pienso que sería mejor el doctor Robbins, él te conoce como nadie". Se movió diligente y pronto la secretaria del médico contestaba su llamada. Al principio, en la bien conocida modalidad característica de la secre-

taria de un médico, la mujer se mantenía algo indiferente y terminante con mucho: "Oh, el doctor Robbins está tan ocupado que su esposo tendrá que venir al consultorio". Pero la señora MacOgwascher, que sabía cómo tratar a ese tipo de gente, contestó: "Bien, señorita, si usted no puede tomar un mensaje razonable me pondré en contacto con la esposa del doctor. Soy amiga personal de la familia".

Hogy se sentó ante una comida ligera, sirviéndose de ella distraídamente. No tenía ánimo para nada, no se sentía bien, y pensó que si comía bien sufriría su tensión cardíaca. "Bueno, pienso que me iré a la cama —dijo mientras se levantaba de su lugar en la mesa—. Espero que el doctor Robbins estará aquí dentro de dos o tres horas. Son extraños estos muchachos médicos ¿verdad? Parecen no tener simpatía por lo que les ocurre a sus pacientes. Todos quieren ir a jugar al golf y ver abundante cantidad de cheques". Con lo cual se volvió, caminando lenta y trabajosamente hacia la escalera. En su habitación revisó sus bolsillos, puso el cambio suelto sobre la mesa de luz a su lado y luego, cuidadosamente, dobló sus ropas y vistió un pijama limpio —¡estaba esperando al médico! —, y se metió en la cama. Durante algún tiempo permaneció acostado sólo pensando y pensando en cómo su experiencia era casi exactamente la misma que la de su padre fallecido.

"Santa María, Madre de Dios —rezó Hogy—, ven a nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte". Justamente en ese momento se oyó el tintineo distante de una campanilla y pasos apresurados. Luego, el sonido de una puerta que se abre y de una conversación en voz baja. Entonces la mucama entró, después de subir corriendo las escaleras: "Está el doctor, señor. ¿Lo hago pasar? ".

"¿Eh? ¡Oh! Sí, por favor, hágalo pasar ya".

El médico entró y, después de un breve saludo, sacó un estetoscopio de su bolsillo y cuidadosamente auscultó el pecho de Hogy. "Sí, señor MacOgwascher —dijo—, usted sufre de nuevo un ataque. No importa, vamos a sacarlo a flote como ya hemos hecho antes. Tome las

cosas con calma". Se sentó sobre la cama y una vez más dijo a Hogy que era un síntoma indudable de angina en el cual el paciente está seguro que va a morir. "Bien —continuó—, toda la gente va a morir a su tiempo, hasta los médicos. No existe un solo caso de que el médico haya sido capaz de salvarse. Todos tenemos que morir y yo tengo un gran número de gente que ha muerto. Pero estoy seguro de que su momento todavía no ha llegado". Hizo una pausa y frunciendo los labios continuó: "Sería mejor que usted tomara los servicios de una enfermera de día y otra de noche. Creo que esto les daría seguridad tanto a usted como a su señora que está realmente preocupada por su estado de salud, aunque innecesariamente, debo agregar. ¿Quiere que yo me ocupe de las enfermeras? ".

"Doctor —dijo Hogy—, creo que usted es la persona indicada para eso. Probablemente usted querrá lo mismo que se hizo con mi padre: dos enfermeras durante el día y una durante la noche. Sí, le agradeceré que lo haga".

Más tarde, una enfermera subía las escaleras y penetraba en la habitación de Hogy. Este la miró desfalleciente: realmente un adefesio, pensó. ¿Por qué no podría haber sido una gatita encantadora, en cambio? No obstante, la enfermera era eficiente, puso en orden la habitación y dio vuelta todo de modo que el pobre Hogy no sabía si estaba sobre su cabeza o sobre sus pies. "Siempre el mismo problema con las mujeres —pensó para sí—, se ponen a arreglar una habitación y dejan todo patas arriba, de manera que el pobre tipo ya no puede encontrar nada. Bueno, será una de las penitencias por estar enfermo, supongo. Mejor será que me aguante".

La noche fue desapacible. Hogy tenía dolores y tomaba medicinas y tenía más dolores, y le pareció una eternidad antes que los primeros tenues rayos de luz se deslizaran por entre las tabillas de la persiana. Pensó que probablemente nunca había tenido una noche peor en su vida y, tan pronto como su mujer entró en la habitación, le dijo: "Pienso que tendré que ver hoy al sacerdote; debo hablar con él y confesarme". Su esposa bajó la

escalera y levantando el auricular hizo girar el disco del teléfono marcando el número del sacerdote católico romano. Después de una lúgubre conversación de la señora MacOgwascher, oyó que decía: "Oh, estoy tan contenta, padre, estoy tan contenta. Estoy segura de que mi marido estará encantado de que pueda venir a verlo".

Después del té de ese mismo día el sacerdote se hizo presente. Hogy hizo salir a la enfermera y ambos sostuvieron una conversación. "Le aseguro, señor MacOgwascher —dijo el sacerdote—, que usted ha sido un católico extremadamente bueno y que cuando le llegue el momento de morir indudablemente irá directamente al cielo. Usted ha hecho mucha obra para la Iglesia y yo voy a sumar mis oraciones a las suyas". Se arrodilló en medio de la habitación preguntando con tono dolorido: "¿Rezamos juntos? ".

Hogy asintió con el gesto. Siempre había hallado estas cosas algo desconcertantes. Recordó a su padre, un viejo judío bueno que nunca se había avergonzado de reconocerlo, y pensó que después de todo él era un renegado de su propia fe. Alguna vez había leído que uno no debe cambiar su religión sin un motivo muy importante y reflexionó que no había sido una causa valedera cambiar la religión sólo por alcanzar una condición social.

Esa noche Hogy permaneció despierto durante mucho tiempo, simplemente meditando. Sin duda alguna había mejorado mucho de su dolor, pero todavía no se sentía tan bien como debía. Le parecía tener una particular sensación de vacío en el corazón y a veces experimentaba la asombrosa impresión de que su corazón estaba... bueno, él decía LATIENDO HACIA ATRAS. Pero yacía, en la oscuridad, mirando fijamente hacia afuera el cielo nocturno, entre los árboles que se hallaban muy próximos a la ventana de su cuarto. Se maravillaba de los modos de vida, se maravillaba de los modos de religión. Las enseñanzas que había recibido le decían que, a menos que abrazara la doctrina de Jesucristo, no tendría esperanza alguna de ganar el cielo. Se preguntaba qué había sucedido con todas aquellas almas que poblaron la

tierra durante miles de años antes de la cristiandad; pensó en todos los millones de personas que no habían sido cristianas. "¿Qué habría ocurrido con ellas? ", se preguntó. ¿Habría alguna verdad en la enseñanza de que, a menos que uno fuera católico, no iría al cielo? Y con este interrogante cayó en un sueño profundo, sin sobresaltos.

Durante los días siguientes pareció mejorar. El médico estaba sumamente satisfecho con su estado y con el progreso que estaba haciendo. "Bien, señor MacOgwascher —anunció el doctor Robbins—, pronto le permitiré dejar la cama, pronto podrá ir afuera para gozar de unas vacaciones sumamente necesarias. ¿Ha decidido a dónde va a ir? ".

Hogy había pensado poco sobre eso, pero no, no podía decidir totalmente. ¿Dónde iría? En realidad, no quería ir a parte alguna, se sentía cansado, cansado durante todo el tiempo. El dolor era menor, pero él no podía explicarse por qué no podía decir que se sentía "bien", parecía que hubiera algo que le golpeaba el pecho. Pero el médico había dicho que estaba mejor; las enfermeras habían dicho que estaba mejor y su esposa había dicho que estaba mejor, y cuando el sacerdote católico había ido a visitarlo también había dicho que estaba mejor por la gracia y misericordia de Dios.

Llegó el día en el cual Hogy tuvo permiso para abandonar el lecho. Se puso una hermosa bata y permaneció de pie durante algún tiempo al lado de la cama, mirando por la ventana, viendo pasar el tránsito, observando cómo los vecinos atisbaban —lo mismo que él lo estaba haciendo— detrás de las cortinas ligeramente recogidas. Luego pensó: "Bueno, no está bien que me quede aquí, en la habitación. Creo que haré una pequeña excursión por abajo".

Se movió lentamente hacia la puerta y halló bastante dificultad para abrirla. Tomó el picaporte e inexplicablemente al parecer no pudo manejarlo para lograr su cometido: ¿Había que hacerlo girar? ¿Había que oprimirlo o había que tirar hacia afuera? Permaneció allí un rato

tratando de aplicar el movimiento correcto y al fin, por casualidad, lo hizo girar abriéndose la puerta tan rápidamente que casi cae hacia atrás.

Pasó al bien alfombrado corredor hasta llegar a lo alto de la escalera. Puso su pie en el peldaño superior, luego en el siguiente y luego en el siguiente. De pronto lanzó un grito. Un terrible dolor lo asaltó como si un asesino lo hubiera atacado por la espalda. Perdió el equilibrio y cayó de cabeza escaleras abajo.

El médico, afortunadamente, acababa de llegar. Corrió hacia Hogy y la señora MacOgwascher hizo lo propio, al igual que la mucama. Todos se confundieron en un montón al pie de la escalera con Hogy a sus pies. Con rapidez el médico se inclinó y, arrodillándose ante Hogy, prestamente le abrió la bata y sacó con gesto apresurado su estetoscopio aplicando la membrana del extremo sobre el pecho del enfermo.

Alcanzó su maletín de urgencia abriéndolo al instante. Dentro —el médico era muy cuidadoso y consciente— tenía una jeringa hipodérmica ya preparada. Hogy tuvo una borrosa visión de ella y de pronto sintió un repentino pinchazo de algo agudo y ya no supo nada más.

Se produjo un peculiar ruido de zumbido, un ruido extraño, luego un balanceo y después una sacudida. En alguna parte, desde alguna parte, llegaba un sordo murmullo de voces. Hogy no podía entender exactamente qué estaba sucediendo. De pronto se escuchó un sonido estridente de bocina de auto. Abrió los ojos y halló que estaba viajando en una ambulancia, amarrado a una camilla. Sobre un asiento a su lado estaba su esposa. Parecía terriblemente incómoda, pensó, y se preguntó por qué estas ambulancias están equipadas con asientos tan incómodos para los amigos o parientes de los enfermos.

Algo más atrajo su atención: qué vista tan particular, se dijo; bajando una cuesta los pies de uno quedan más altos que la cabeza; en cambio, subiendo por la otra cuesta. . . bueno, era como estar en el sube y baja. Las cosas tenían un aspecto muy extraño. La gente en las

calles trataba de mirar ávidamente a través de las ventanillas de la ambulancia a las luces del transito, esperando satisfacer su morbosa curiosidad. Y luego parecía como si hubiera colores raros en derredor de las personas; no se detuvo a preguntarse por qué. Sus pensamientos vagaban alternativamente pasando de una cosa a otra. De pronto hubo un choque y un golpe en el frente de la ambulancia y el vehículo se zambulló en un túnel oscuro, produciéndose un repentino cese de movimiento. Mientras la ambulancia se hamacaba todavía sobre sus elásticos, el conductor y el asistente saltaron del vehículo y empezaron a forcejear con la puerta. Primero ayudaron a bajar a la esposa y luego, con mucho alboroto y confusión sacaron la camilla, haciéndole algo que la elevó sobre cuatro sostenes, de modo que pudiera ser empujada fácilmente. Un asistente murmuró a la esposa de Hogy: "Entre en esa pequeña oficina. Tiene que dar todos los detalles; seguros, edad, naturaleza de la enfermedad, médico, seguro social, todo. Cuando lo haya hecho, suba a la Sala XYZ". Con toda rapidez tomaron por los extremos la camilla rodante, haciéndola correr por lo que parecía ser una rampa de carga. En realidad, Hogy tenía un tipo de rampa similar en su fábrica. La iluminación era pobre; no obstante, ellos conocían el camino y empujaban la camilla rodante a paso vivo contestando saludos de enfermeras e internos a medida que avanzaban.

Hogy yacía de espaldas con mirada adormilada, preguntándose ociosamente esto y pensando aquello. Se detuvieron de improviso y pudo ver a su costado a uno de los asistentes que presionaba el botón de un ascensor, supuso, y así era, pronto se abrieron grandes puertas y diligentemente los dos hombres de la ambulancia empujaron la camilla rodante hacia adentro. Las puertas se cerraron con su sonido característico y empezó un "movimiento en ascenso" que pareció continuar durante un rato largo; al fin se detuvo y el ascensor suavemente produjo un balanceo de inercia en el extremo de sus cables. Las puertas se separaron y una luz muy brillante hirió los ojos de Hogy. Con alguna dificultad pudo abar-

car la escena ante él, la Oficina de Enfermeras, exactamente al costado de los ascensores.

"Urgente. Caso cardíaco. ¿Dónde lo ponemos? ", preguntó uno de los hombres.

"Oh, él. Un minuto, veamos, sí aquí está, Unidad de Terapia Intensiva", replicó la enfermera detrás del escritorio. Los hombres asintieron y dirigieron la camilla a lo largo de un suave pasaje. Se percibían conversaciones apagadas, tintineo de instrumentos —metal contra vidrio— y la camilla fue desviada pronunciadamente hacia una entrada de acceso.

La camilla rodó hasta detenerse, mientras Hogy miraba a su derredor con cierto confuso interés. Le pareció que era un tipo de lugar curioso, una habitación sumamente grande con aproximadamente doce camas en ella. Se asombró al ver que algunos de los pacientes eran mujeres y otros hombres, y se sintió algo desconcertado cuando pensó que lo iban a poner en la cama con algunas mujeres; bueno, no exactamente eso, pensó, pero en la misma habitación con un grupo de ellas. Susurró algo y el asistente a sus espaldas se inclinó preguntando: " ¿Eh? ".

Hogy dijo: "No sabía que había salas con hombres y mujeres juntos".

El hombre de la ambulancia rio, replicando: "Esta es la unidad de terapia intensiva. Los hombres y las mujeres que hay aquí están demasiado enfermos como para preocuparse por ESO". Hubo un nuevo movimiento, voces apagadas, murmullos ininteligibles y la camilla fue empujada hacia adelante. Entonces el hombre de la ambulancia dijo: "Allí, usted está a la altura de la cama. ¿Podrá pasarse solo? ".

Hogy hizo un gesto negando con la cabeza, y el hombre agregó: "Bueno, nosotros lo haremos por usted. Vamos a deslizarlo por el costado. ¡Aquí va! ".

Se sintió trasladado con un pequeño empujón y fue inclinado más o menos hacia un lado sobre una cama del hospital. La camilla fue retirada y los dos hombres de la ambulancia se alejaron de la cama de modo que Hogy

quedó exactamente en una jaula, aunque no había nada en la parte superior.

"No soy un animal salvaje peligroso", dijo.

"Oh, no se altere por eso —aconsejó la enfermera—, siempre levantamos las barandas laterales para prevenir que el paciente se caiga. También evita alguna intervención judicial posterior". Luego, como si se le ocurriera recién, dijo: "Perfectamente, quédese quietito que el doctor vendrá para verlo tan pronto como pueda".

Hogy quedó acostado allí sin saber cuánto tiempo había trascurrido. Levantó la vista y tuvo una vaga visión de que su esposa estaba mirándolo y luego pareció desaparecer en la niebla o algo así, porque todo lo que vio fue como una gris nebulosa. Tuvo la sensación de que había gente rodeándolo y se dio cuenta de que su pijama estaba siendo desabotonado. Sintió el frío de un estetoscopio y un pinchazo en el brazo, después de lo cual divisó oscuramente tubos que partían de su brazo y se elevaban hacia algo —ALGO— en la distancia que no podía ver bien. Una fuerte opresión rodeó su otro brazo seguida del sonido de un bombeo. Luego, un hombre leyó algunas cifras, después de lo cual se oyó su exclamación: "¡Hum! ". Todo fue borrándose gradualmente.

El tiempo se había detenido. Ya no existía. Muy vagamente Hogy percibió un movimiento de camas, o quizás camillas que se hacían rodar. Se producían extraños tintineos y olores que, en realidad, herían la pituitaria. No podía entender qué pasaba.

Percibió vagamente la conversación de dos personas que hablaban a su lado ¿o por encima de él? No podía asegurarlo, pero escuchó algo así como: "¿Marcapaso? No sé, quizá sería mejor preparar un cateterismo. No me gusta esto. Todavía probablemente pueda reaccionar. Probemos de alguna manera". Las voces se alejaron desvaneciéndose como una brisa errante. Hogy, que nuevamente dormitaba, fue sacado de su adormilamiento por un: "Bien, señor MacOgwascher, ¿cómo está usted? ¿Ya se siente bien? ¿Señor MacOgwascher, señor MacOgwascher? ¿Me oye? Contésteme Estoy aquí, señor Mac-

Ogwascher, ¿me oye? ¡Dios mío! —continuó la voz— ¡tengo que sacarle sangre para hacer un análisis y no puedo encontrar su maldita vena! ". "Ensaya un torniquete diferente —indicó otra voz—. A veces resulta. Trata con otra banda más ancha". Pareció como si alguien preparara algo a su lado, sobre su brazo. Sintió en él una desagradable torsión que le hizo sentir como si las puntas de los dedos fueran a reventar, y luego una punzada fuerte y repentina mientras una voz exclamaba: "Ya la tengo, esta vez la tengo. Perfectamente".

El tiempo siguió su curso y la sala se volvió más silenciosa; había poca gente moviéndose por ahí. Desde algún lado, fuera, llegó el sonido de una campana: Una, dos, tres. . . esto fue todo. "Las tres —pensó Hogy, preguntándose si serían de la tarde o de la mañana—. No sé, no sé lo que está pasando. Bueno, no puedo evitarlo".

Otra vez llegaron voces hasta él: "¿Piensa usted, padre, que debe darle la extremaunción? ". "Bueno, tendremos que considerarlo; los síntomas no son buenos, ¿verdad? Tendremos que considerarlo". Hogy trató de abrir los ojos. Todo era muy extraño; le parecía que había un hombre negro de pie delante de él. Se preguntó si estaba en el cielo, pero después sacó la conclusión de que, según lo que había oído, no había hombres negros en el cielo por lo cual no era razonable que hubiera ya pasado para el otro lado porque, de estar en el cielo, tendría que estar con un santo negro o algo así. De pronto se dio cuenta de que el capellán del hospital estaba inclinado sobre él.

El tiempo fue pasando. La sala estaba iluminada tenuemente; pequeñas luces vacilantes llegaban y se iban de pronto. Hogy no podía distinguir claramente: parecían luces amarillas, después rojas y algunas verdes también, y otra vez aparecía una luz blanca. Desde algún lugar, fuera de la ventana, un pájaro comenzó a gorjear. Poco después se oyeron pisadas apagadas de sandalias o zapatos de tenis o algo así, no podía precisarlo, y algunas enfermeras y asistentes entraron en la amplia habitación. Una conversación en voz baja se elevó en el aire y la guardia nocturna

se alejó. El equipo de enfermeras y asistentes inició su vigilancia por entre las camas, oyéndose murmullos pidiendo información a los pacientes y el sonido de papeles a medida que los datos eran volcados en ellos. por fin, una enfermera se acercó y miró a Hogy: " ¡Ah, usted parece un poco mejor esta mañana, señor MacOwascher! ", dijo. Hogy se extrañó porque esa enfermera no lo había visto antes. Por supuesto, pensó, no había integrado el personal nocturno. Ella siguió mirándolo y con una palmadita sobre las sábanas las levantó, cubriéndolo y pasando al próximo paciente.

La luz se hizo más brillante y entró la claridad del día. Por el oriente el astro rojo fue gradualmente ascendiendo hasta que desde un pequeño elipse se elevó en un círculo rojo de una redondez plena y, a medida que se disipaban las neblinas de la mañana, el sol empezó a brillar resplandeciente y claro.

Se produjo un movimiento renovado en la unidad de terapia intensiva. Algunos de los pacientes se estaban higienizando; otros, eran alimentados posiblemente por vía venosa o por vía rectal. Hogy, a su vez, era molestado: una enfermera le sacó sangre para análisis y otra le tomó la presión arterial. Luego llegó el médico que dijo: "Usted está mejorando, señor MacOgwascher, pronto será dado de alta y podrá levantarse", después de lo cual se fue.

Pasaron algunas horas —o quizás algunos días— y se permitió a Hogy sentarse en su cama de hospital. Dos enfermeras se le acercaron diciendo: "Vamos a trasladarlo, señor MacOgwascher, irá a una habitación privada, ya no necesita terapia intensiva. ¿Tiene algo en ese placar? ".

"No —replicó Hogy—, he traído sólo lo que realmente estoy usando ahora".

"Muy bien. Entonces vamos a sacarlo. Sosténgase". Y con esta advertencia, las enfermeras pisaron los frenos de las ruedas para librarlas y cuidadosamente llevaron la cama de Hogy con su equipo de suero intravenoso consigo, y vio cómo a medida que alcanzaban la puerta otra

cama estaba siendo trasladada sobre sus ruedas para ocupar el espacio que él había dejado.

Miró en derredor con el interés natural que experimenta aquél que tiene que estar en el hospital o en cualquier otro lugar que implica en cierto modo un encierro. Pudo observar que era una pequeña habitación suficientemente agradable, televisión que se amplificaba desde el cielorraso, una cama y una ventana. A un costado había un excusado y un lavatorio. Sobre un anaquel, junto al excusado, se veía un botón para llamadas de emergencia, y también notó interesado que sobre la cama había un control de manera que desde allí podía cambiar el dial para sintonizar el programa que prefiriera, tanto en televisión como en radio.

Las enfermeras hicieron girar la cama para darle la posición correcta. Entonces presionaron los pedales del freno con el pie y una de ellas abandonó la habitación mientras que la otra quedó haciendo arreglos durante algún tiempo, alejándose también posteriormente.

Hogy yacía allí preguntándose qué pasaría después. Estaba vagamente consciente de cierto tipo de sistema de llamada general que venía del lado externo del corredor. Centró su atención en eso durante un breve lapso y luego decidió que se trataba de un sistema de llamada porque los médicos eran reclamados continuamente en ese piso o en otro. Notó que el nombre de su propio médico era pronunciado muy frecuentemente y, a medida que prestaba atención, pudo oír el nombre de su médico mencionado nuevamente y, para su asombro, buscado para la habitación X. Hogy estaba en la habitación X. Permaneció acostado esperando; aproximadamente a la hora su médico entró diciendo: "Bien, señor MacOgwascher, espero que usted se sienta muchísimo mejor ahora. Por lo menos lo parece, pero nos ha dado un gran susto". Hogy lucía una gran palidez. "No puedo concentrarme muy bien, doctor —dijo—, estoy como aturdido. No puedo hallar ilación entre las cosas. Por ejemplo, usted fue llamado para venir a esta habitación hace alrededor de una hora, y durante todo este tiempo he tratado de

explicarme por qué tenía usted que hacerlo, y saqué la conclusión de que he sido sacado de terapia intensiva algo inesperadamente".

"Sí, eso es verdad —afirmó el doctor Robbins—. Hubo un accidente muy grave y hemos recibido una cantidad de pacientes, algunos muy seriamente heridos y, como usted había experimentado una gran mejoría, pensamos que podría pasarlo aquí, en vez de estar entre un gran grupo de hombres y mujeres en terapia intensiva".

Hogy rio diciendo: "Había preguntado a una enfermera por qué hombres y mujeres estaban ubicados en la misma sala, respondiéndome que estaba bien porque toda la gente que va allí está demasiado enferma como para pensar en ESO. ¡Cuánta razón tenía! ".

A la cabecera de la cama de Hogy, fijos en la pared o empotrados en ella, había una cantidad de extraños dispositivos: uno, para efectuar pruebas sanguíneas; otro, para provisión de oxígeno y otros que Hogy no sabía para qué servían pero, como demostró interés, el médico descolgó uno por uno explicándole las funciones que desempeñaban. "Ya es suficiente, señor MacOgwascher, ya es suficiente —dijo el médico—. Su esposa está aquí; pienso que le gustaría entrar y verlo, usted no sabe lo preocupada que estuvo". El doctor salió y todo quedó en silencio durante un rato, cuando Hogy levantó la vista vio a su mujer que de pie junto a él y retorciéndose las manos, parecía el cuadro de la desolación.

"El padre ha de venir a verte esta tarde, Hogy —informó—. Piensa que puedes necesitar un pequeño consuelo espiritual. Me dijo que tienes mucho temor de morir aunque, si Dios quiere, ya no debes preocuparte por ello. El médico dice que pronto retornarás a casa, pero que tendrás que descansar por algún tiempo".

Durante un rato conversaron de las cosas intrascendentes y de las cosas importantes que los cónyuges tienen a menudo que tratar en momentos de tensión. La gente, por lo general, no se preocupa por tales cosas cuando las condiciones son buenas. Hogy quería saber si ella tenía su testamento a buen resguardo y si las pólizas de seguro

estaban a mano, sugiriendo luego que el jefe asistente de la fábrica debería hacerse cargo de todo y convertirse en el gerente.

Por la tarde llegó el padre y Hogy le dijo: "¡Oh, padre, tengo tanto temor de morir! ¡Es algo tan incierto! ¡No sé qué hacer! ". El padre expresó una cantidad de trivialidades y, tan pronto como pudo decorosamente hacerlo, hizo su entrada asegurándose la promesa de Hogy de que tan pronto pudiera escribir firmaría un abultado cheque para la Iglesia.

El día trascurría lentamente. La tarde dio paso al anochecer y el anochecer dejó avanzar la oscuridad de la noche. Las luces de la ciudad penetraron, dibujando formas distorsionadas sobre la pared de Hogy que él observaba fascinado imaginando cantidad de fantasías sobre ellas. De pronto quedó dormido.

La campanilla del teléfono llamaba insistentemente, con un tintineo agudo y metálico, con un sonido terrible en la oscuridad de la noche, sobre todo cuando una mujer tiene a su marido desesperadamente enfermo en el hospital. La llamada era penetrante y estridente. La señora MacOgwascher se sentó de un brinco en la soledad de su lecho y alcanzó el auricular: "¿Señora MacOgwascher, señora MacOgwascher? ", inquirió una voz.

"Sí, ¿qué pasa? ", preguntó.

La voz contestó con tono solemne: "Señora MacOgwascher, su marido ha empeorado. El médico piensa que sería aconsejable que viniera usted al hospital y, si tiene parientes, los traiga. Pero que sea prudente para conducir el coche. Que lo haga cuidadosamente, señora MacOgwascher, porque en momentos como éstos la gente tiende a manejar con la mayor velocidad. ¿Podemos esperarla dentro de la hora? ".

"¡Oh, querida, querida! —exclamó la señora MacOgwascher—, Estaré allí tan pronto como pueda". Colgó el auricular y lentamente abandonó el lecho, se puso un salto de cama y, saliendo de su habitación, golpeó insistentemente en otra puerta al final del corredor. "¡Madre, madre! —llamó—, Despierta, madre, creo que Hogy está

muriendo, tenemos que ir al hospital. ¿Estás despierta, madre? ". La puerta se abrió y la anciana madre de Hogy se asomó diciendo: "Sí, sí, me vestiré inmediatamente. Haz tú lo mismo".

Hogy levantó la vista sobresaltado. Su madre y su esposa estaban sentadas al lado de su cama. ¿Eran su madre y su esposa? No podía asegurarlo. ¿Y quiénes eran toda esa otra gente? Algunos estaban flotando en el aire sonriéndole benévolamente. Los ojos de Hogy se abrieron sorprendidos: había visto un ángel volando exactamente por el lado externo de la ventana. Lucía todo de blanco con largas vestiduras, mientras sus alas se agitaban al igual que un juguete mecánico, pensó Hogy. El ángel lo miró, sonriéndole, llamándolo mediante señas. Hogy experimentó un fuerte, fuerte impulso y quiso seguirlo.

Fue una sensación verdaderamente peculiar. La habitación estaba cada vez más oscura. Las sombras eran purpúreas, de un púrpura de terciopelo y pudo ver lo que, bueno. . . supuso que eran como lunares de luz y motas de polvo que bailaban en la claridad del sol. Miró a su derredor. A la derecha estaba su esposa, y su madre a la izquierda; y ¿qué hacía ese hombre vestido de negro? Parecía que murmuraba algo. ¡Oh, sí! Hogy ahora recordaba. Estaba recibiendo la extremaunción del sacerdote. Se sintió chocado más allá de lo que podía creerse porque halló, para su gran consternación, que podía leer los pensamientos del sacerdote, y qué estaba pensando que, si hacía una buena representación, la señora MacOgwascher haría una donación importante para la Iglesia. Son gente rica, seguía diciéndose mentalmente, y sería bueno que dieran una cantidad sustancial. Así, tan pronto como había impartido la extremaunción se volvió hacia la señora MacOgwascher y pronunció una bendición, sin dejar de pensar: "Eso va a ser bueno para, por lo menos, otra centena de dólares".

Hogy comenzó a temblar, se sintió lo más inseguro. La cama parecía ser de un material fofo incapaz de sostenerlo. Sus dedos se aferraban a la ropa de cama con desesperación y trataba de permanecer en la cama porque

todos sus instintos lo empujaban hacia arriba, siempre hacia arriba, hacia la luz.

"Se está yendo, se está yendo, se está desprendiendo", dijo una voz que Hogy oyó, y luego un extraño crujido. Trató de gritar aterrado, pero se halló sin voz. Tuvo la sensación de ser un barrilete. Miró hacia abajo y vió que tenía una especie de cordón plateado reluciente que se estiraba desde él hacia abajo, hasta un cuerpo de aspecto desmañado que yacía sobre la cama. Con un principio de lucidez se dio cuenta de que estaba observando su cuerpo muerto o moribundo. Podía ver la cabeza de su esposa, la cabeza del sacerdote, la cabeza de su madre. Y luego, al doctor que llegó apurado haciendo una escena. Desabrochó el saco pijama de Hogy y, de todo punto innecesariamente, aplicó el estetoscopio para menear gravemente la cabeza. Con este gesto teatral estiró la sábana hasta cubrir el rostro de Hogy. Hizo la señal de la cruz; el sacerdote hizo la señal de la cruz y las dos mujeres hicieron otro tanto.

"Ven con nosotros, ven con nosotros —susurraban las voces a Hogy—. Libérate, nosotros te cuidaremos. Todo está bien, estás en camino del cielo".

"Sí, al cielo, al cielo", exclamaron a coro otras voces. Hogy sintió un ligero sacudón e instintivamente miró hacia abajo. Vio que el cordón plateado se perdía, deshaciéndose y cayendo. Observó con bastante vértigo que volaba sobre el hospital, muy por encima de la ciudad, cada vez más alto y con mayor velocidad. Miró a su derredor y con gran sorpresa halló que era sostenido en el aire por cuatro ángeles que sacudían sus alas mientras lo contemplaban absortos con gran atención. Juntos ascendían a gran velocidad por entre el oscuro firmamento al canto de "Estamos yendo al cielo, estamos yendo al cielo".

CAPITULO IX

"Sostenido en lo alto en brazos de los ángeles. ¡Oh, muchacho, muchacho! ", se dijo Hogy. De pronto lo sacudió un tremendo tirón y se halló arrebatado de los brazos de los ángeles, descendiendo precipitadamente por entre la viva oscuridad. Del mismo modo repentino en que había ocurrido, el movimiento tuvo solución de continuidad y Hogy se sintió finalmente como rebotando sobre un pedazo de goma o actuando a la manera de un yo-yo. Estaba confundido y totalmente desorientado; le pareció estar en "alguna parte", pero no podría precisar dónde. Daba vueltas en torno de él y, como si espiara por un agujero en el cielo raso o por un agujero en el piso, observó una escena sumamente desagradable.

Estaba viendo lo que pasaba dentro de una funeraria. Se estremeció atemorizado cuando vio todos esos cuerpos desnudos sobre mesas peculiares, todos sometidos a cosas diabólicas que se hacían sobre ellos. Algunos estaban sujetos a un drenaje sanguíneo; otros, a la obstrucción de "orificios" para prevenir pérdidas y, más allá, dentro de un pequeño compartimiento, se vio a ¡SI MISMO! El cuerpo que había dejado estaba sobre una de esas mesas raras e, inclinada sobre él, había una mujer joven con un cigarrillo que colgaba despreocupadamente de su labio inferior. Hogy se sintió realmente estremecido de asombro cuando observó que estaba afeitando la cara de su cuerpo muerto. Siguió observando y pudo ver a un hombre que apresuradamente atravesó el piso inferior, dicien-

do: "Haz un buen trabajo, Beth, el señor MacOgwascher era un hombre muy importante. Tenemos que exponerlo esta tarde. Apúrate con él". La mujer asintió con la cabeza y continuó su tarea. Lo afeitó por cierto que con mucho esmero, aplicándole luego un maquillaje. Cepilló su pelo —o lo que había quedado de pelo en su cabeza—. aplicándole tintura a diversas partes canas. Luego, lo miró con gesto crítico y, caminando hacia la puerta del compartimiento, gritó: "Eh, patrón, éste ya está listo. Venga y déme su visto bueno".

El patrón salió presuroso del pequeño compartimiento en el extremo opuesto y se acercó a ella reprochándole excitado: "No debes decir cosas como ésas, Beth, no debes expresarte así. Este es el cuerpo del señor Hogy MacOgwascher, un hombre muy importante de la localidad. Exijo que todos estos cadáveres sean tratados con respeto".

"Bueno, patrón, usted no demuestra mucho respeto para con algunos de ellos —replicó Beth—. Me refiero a algunos de los cuerpos que ha tumbado en el aserrín, terminando con ellos rápidamente. Ellos no recibieron mucho respeto de su parte ¿verdad? Pero, de cualquier manera, usted es el patrón. Muy bien, adiós, señor MacOgwascher". Y así diciendo se alejó airosamente para empezar otro trabajo.

Hogy desvió la vista atónito; cuando después de cierto tiempo se sintió impelido a mirar nuevamente, halló que su cuerpo había desaparecido y que otro estaba siendo acercado para ocupar su lugar. Estaba todo envuelto en papel celofán arreglado como un paquete que ha de llevarse al lavadero, pensó Hogy. Observó con interés cómo el envoltorio de celofán era desenvuelto quedando expuesto el cuerpo. Era una mujer, y el patrón y su asistente le quitaron prontamente las ropas. Hogy, hombre recatado, apartó los ojos y miró más allá, observando una de las habitaciones de exposición. Allí estaba él, dentro de un féretro de mucho costo, y pudo ver a personas que mientras tomaban café, lo estaban contemplando. Una de ellas puso su pocillo de café sobre la tapa

del ataúd. Hogy observó su cadáver pensando que parecía una estrella de cine por la manera que había sido pintado, empolvado, teñido, afeitado y todo lo demás. Se dio vuelta con disgusto.

El tiempo siguió su curso. ¿Cuánto había pasado? Nadie sabe, quizá dos o tres días. El tiempo no importa en la vida que está más allá de esto. Pero Hogy estaba como pegado a cierto lugar y, repentinamente, empezó a moverse de nuevo. Miró hacia abajo y halló que su cuerpo era llevado en un coche fúnebre hacia una iglesia. Pudo ver el féretro que era introducido en la iglesia para celebrar el servicio religioso católico romano en su homenaje. El párroco subió al púlpito y empezó el panegírico de Hogy MacOgwascher: "Este hermano bienamado —salmodió el párroco— se halla ahora en el cielo, en brazos de Jesús, gozando de la recompensa de los virtuosos". Hogy dejó de ver y, cuando lo hizo de nuevo, fue obedeciendo a un insistente impulso. Recorrió la vista por abajo y halló que estaba siendo llevado al cementerio. Allí, una vez llegado, se celebró otro servicio religioso, y dio un brinco cuando un gran terrón de tierra cayó sobre su ataúd. Pero entonces se sintió muy desconcertado a medida que se daba cuenta de que su cuerpo estaba "allí" abajo, mientras él estaba "aquí" arriba, dondequiera que fuera allí y aquí. Y con esto, con el relleno de su sepultura, Hogy se sintió libre, y empezó a remontarse con una fuerza que estaba más allá de su control. Se oyó un pequeño golpe metálico y se encontró, para su total asombro, nuevamente descansando en brazos de sus ángeles. Tan pronto ocurrido esto, las criaturas celestes comenzaron a mover las alas y a sonreir, conduciéndolo hacia arriba sin que él supiera qué camino hacían; más bien diría "todos los caminos", porqué viajaban velozmente en la oscuridad que parecía tener vida, semejante a una oscuridad hecha de terciopelo negro. En cierto momento, a la distancia, apareció una luz, una gloriosa luz dorada. Hogy esforzó los ojos en dirección de donde provenía la claridad. A toda velocidad se dirigían hacia ella y la luz se hacía cada vez más

brillante y más grande, haciendo que Hogy tuviera que pestañear a causa de su gran intensidad. A medida que los ángeles emergían de lo que parecía haber sido un largo túnel, Hogy vio las puertas del cielo resplandeciendo delante de él, grandes puertas doradas todas con inmensas perlas engastadas. Había una pared de una blancura fulgurante que se extendía hacia la izquierda y hacia la derecha y, por entre los barrotes de las puertas, Hogy podía atisbar cúpulas enormes de catedrales y capiteles de antiguas iglesias.

Un sonido musical poblaba el aire, música santa. La música de "Ven a mi morada" con unos pocos compases de "Adelante, soldado cristiano" llegaba desde alguna parte. Ya se aproximaban a las puertas del cielo con los ángeles todavía sosteniéndolo y con sus alas todavía en movimiento.

San Pedro —o algún otro santo— apareció en la puerta preguntando: "¿Quién viene en el nombre del Señor? ". Uno de los ángeles contestó: "El señor Hogy MacOgwascher, difunto en la tierra. Pedimos que sea admitido". Las puertas giraron sobre sus goznes, abriéndose, y Hogy pudo ver a su primer santo de cerca. Parecía ataviado con una larga túnica blanca a manera de los camisones antiguos, que lo cubría desde el cuello hasta los tobillos. Lucía un par de alas adheridas por detrás que sacudía fácilmente, y desde algún lado de su espalda se extendía una varilla de bronce brillante que se extendía hasta unos pocos centímetros por sobre su cabeza y en su punto más alto sostenía un halo dorado. El santo miró a Hogy y Hogy miró al santo. Este último dijo: "Tendrás que ir a ver al ángel encargado del Registro para que estemos seguros de que realmente estás capacitado para entrar. Por allí, la segunda puerta a la derecha".

Los ángeles volvieron a sujetar a Hogy, quien tuvo la sensación de estar en manos de repartidores, y comenzaron a aletear. Más bien lentamente, lo sostuvieron avanzando a lo largo del limpio y suave camino a cuyos lados había santos o habitantes celestiales sentados sobre la hierba practicando el arpa. El sonido en general era

indescriptible porque todos ensayaban diferentes piezas musicales. Pronto llegaron a la oficina del ángel encargado del Registro y los asistentes pusieron de pie a Hogy, empujándolo suavemente hacia adelante. "Entra —dijo uno de ellos— dale todos los datos necesarios, fecha de tu muerte y todo lo demás. Nosotros esperaremos". De este modo, Hogy se vio ante un viejo y bondadoso santo sentado sobre un taburete elevado que, haciendo mover sus alas, miró a Hogy por encima de los anteojos bordeados de oro, con su mirada miope. Mojó el pulgar y empezó a pasar unas pocas páginas de un inmenso libro registrador diciendo algo por lo bajo a medida que lo hacía. De pronto se detuvo y retuvo la página mientras extendía la mano izquierda hacia arriba. "Aquí lo tengo —dijo— nombre: Hogy MacOgwascher, sexo masculino, muerte repentina. Sí, es él; es usted, aquí tengo su fotografía""

Hogy miraba en silencio. Todo parecía obedecer a un proceso muy peculiar. Las alas del anciano santo se agitaban, haciendo un ruido como si respondieran a un movimiento torpe. El ángel encargado del Registro puso su pulgar sobre su hombro diciendo: "Ya puede irse, lo están esperando fuera y le indicarán lo que debe hacer". Hogy se halló en movimiento sin saber cómo se estaba moviendo, y salió sin atravesar puerta alguna. Fuera, tan pronto como fue visto, sus asistentes empezaron a agitar sus alas nuevamente, sonriendo. Sujetaron a Hogy y lo trasladaron por el aire. "Ahora tienes que ir a la iglesia", dijo uno. "Sí, y también integrarte al juego de las cosas desde el principio", dijo el otro. Y con esto descendieron y atravesaron el sólido frente de la entrada a la catedral. Dentro se veían ángeles sentados en todas partes agitando sus alas al compás de la música. Hogy se sentía cada vez más chocado; todo parecía ser una parodia de cosas, pero permaneció allí durante todo el servicio que le pareció que no tendría fin. Los ángeles agitaban sus alas insistentemente persignándose y saludando al altar. Cuando todo hubo concluido y los ángeles salieron volando como bandadas de palomas, Hogy quedó solo en la catedral vacía.

Miró en derredor maravillado. Era imposible que esto pudiera ser el cielo. Había estado equivocado a lo largo de todo su camino. Esta conversación de los ángeles era una tontería; esta conversación de la gente que cantaba e iba a los servicios religiosos durante todo el tiempo era demasiado absurda como para ser creída, e inmediatamente se le ocurrió a Hogy que todo era ridículo. En ese momento se oyó un ruido como el fragor de un trueno y pareció como si del firmamento descendiera una viva luz ondulante como si se desgarrara una cortina y desapareciera. Hogy miró hacia arriba atónito. Allí estaba su padre que se adelantaba para recibirlo, riendo, y con los brazos extendidos: " ¡Oh, Hogy, hijo mío! —dijo MacOgwascher padre—; permaneciste atado a la alucinación de tu religión durante un tiempo, ¿verdad? No importa. Yo pasé lo mismo, salvo que mi alucinación me condujo a ver a Moisés. Bien, ahora ya has salido de esto y podremos hablar juntos sobre muchas cosas. Ven conmigo, hijo. Aquí tienes a una cantidad de amigos y parientes que quieren conversar contigo". Y MacOgwascher padre lo condujo hasta un hermosísimo parque que parecía muy concurrido.

El parque era de una belleza tal como jamás había podido admirar Hogy en su vida anterior, su vida terrestre, por supuesto. El césped tenía un matiz verde peculiarmente agradable y lucía flores que Hogy no conocía porque no existían en la tierra. Los senderos estaban maravillosamente conservados y no se veía una mancha de polvo ni el menor asomo de desorden. Para sorpresa de Hogy, así como para su deleite, en los árboles aparecían pájaros que gorjeaban y también pequeños animales como perros y ardillas y otros que eran desconocidos para él. " ¡Padre! —exclamó Hogy— ¿los animales vienen aquí también, entonces? "

MacOgwascher padre rió: "Hogy, hijo mío —dijo—, ya no debes llamarme 'padre' puesto que hacerlo sería exactamente lo mismo que llamar al actor de una representación por el nombre que tenía en ella. Después que ésta ha terminado, el actor puede cambiar su papel y su

nombre. En la última vida terrestre yo fui tu padre, pero en alguna vida anterior tú has sido mi padre o quizá hasta mi madre'"

La cabeza del pobre Hogy sufría una tremenda confusión. ¡Todo era tan extraño para él! "Pero, ¿cómo debo llamarte, entonces? ", preguntó.

"Hasta que las cosas se estabilicen un poco más, continúa llamándome 'padre', si así lo quieres. Con ello quizás evitemos complicaciones", contestó MacOgwascher padre.

Hogy quedó mirándolo para decir luego: "Dime, ¿dónde estamos? Es evidente que esto no es el cielo, porque tú eres judío y los judíos no son admitidos en el cielo".

MacOgwascher padre rio estruendosamente. La gente miró en la dirección donde ellos se encontraban y sonrió. Esto lo habían presenciado muchísimas veces. "Hogy, hijo mío, algunos de los conceptos que prevalecen en la tierra están totalmente equivocados. Yo soy judío, tú lo has dicho, pero he de aclararte que yo fui judío mientras estuve en la tierra. Ahora pertenezco a la verdadera religión, a la única religión y la única religión es ésta: si tú crees en un Dios o en una religión, entonces esa religión es buena. No importa si eres judío, católico, protestante, musulmán o de cualquier otra fe, La dificultad estriba cuando a uno le enseñan todas las viejas fábulas de una religión en especial y cuando uno llega acá está como hipnotizado por lo que espera que todo eso es lo que puede ver. En la tierra existen personas que viven alucinadas durante toda la vida suponiendo que son esto, aquello o lo otro. Tú puedes visitar en la tierra un hospital para enfermedades mentales y seguramente hallarás a unos cuantos Napoleones, a unos cuantos Jesucristos o quizás a algunos que se autodenominan Moisés. Estas personas real y honestamente creen que son lo que pretenden ser. Toma, por ejemplo —y señaló a alguien a la distancia—, a ese caballero que actualmente está allí y que ha llegado recientemente. Mientras habitaba la tierra le enseñaron que, cuando llegara al cielo, tendría todo lo que quisiera, bailarinas por docenas, etcétera. Ahora se

encuentra allí en un mundo de fantasía. Hay bailarinas por todos los rincones y hasta que él se de cuenta de tal falacia nadie podrá ayudarlo. Continuará durante años soñando ese cielo tan particular constituido por chicas que bailan y por toneladas de alimento. Tan pronto como perciba el engaño —lo mismo que te pasó a ti con tus ángeles y sus alas—, entonces podrá ser ayudado".

"Alimento, padre, alimento —dijo Hogy—. Has mencionado algo muy razonable, por cierto. ¿Dónde se obtiene comida en este lugar? ¡Estoy hambriento! ".

MacOgwascher padre mirando a Hogy dijo: "Hijo mío, debes comprender ahora. Escucha: tú llegaste aquí y pensaste que estabas en el cielo con ángeles por todos lados, y más ángeles tocando el arpa y cantando, pero te diste cuenta de que todo eso era simplemente una alucinación. Por igual trance está pasando nuestro amigo que piensa que hay bailarinas que no existen. Solamente es su imaginación incontrolada, como fue tu imaginación la que te llevó a ver ángeles. Del mismo modo, si quieres comida, bueno. . . imagínala. Tú puedes controlar tu imaginación y puedes obtener todo el alimento que necesites. Puedes conseguir bifes si quieres, salchichas si te apetecen, o una botella de whisky si lo deseas. Todo es mera ilusión, por supuesto, pero si insistes con esta tontería de que quieres comida, entonces, por lógica, tendrás que hacerlo. Ingieres alimento y más tarde tendrás que desembarazarte de ciertas cosas en el proceso común de eliminación. Por ello, también tendrás que imaginar facilidades sanitarias y hacer uso de ellas de la manera corriente siempre imaginando e imaginando, y todo así. No progresarás mientras estés atado a las cosas tontas del mundo.

"Bueno, yo tengo hambre y eso no es imaginación. Me siento muy hambriento, en verdad, de modo que si no se me permite obtener comida porque es una ilusión ¿qué es lo que tengo que hacer para librarme de este enorme apetito? " Hogy se expresaba en un tono muy petulante.

MacOgwascher padre respondió idulgentemente: "Es natural que sientas hambre porque te has habituado a ese

régimen de vida durante toda tu existencia. A ciertas horas establecidas acostumbrabas ingerir alimentos, convirtiéndose esto en un hábito. Si en vez de imaginar que te alimentas con carne muerta pensaras en las vibraciones saludables, entonces no experimentarías hambre. Piensa, Hogy, estás rodeado de energía vibrante que está cayendo sobre ti desde todos lados. Tan pronto como te des cuenta de que ella es tu alimento, tu sustancia, ya no sentirás hambre. Si imaginas carnes y bebidas, es una maniobra de retroceso total que retrasará en algo tu progreso".

Hogy reflexionó sobre el problema y, cuando iba a abrir la boca para protestar, halló que ya no tenía hambre. "Padre —dijo—, tienes el mismo aspecto que cuando estabas en la tierra. ¿Cómo puede ser eso posible? Ya ha trascurrido algún tiempo desde que estás acá. Tendrías que parecer bastante mayor y, de cualquier manera, presumiblemente eres sólo un alma aquí. . . y me siento tan confuso que no sé qué creer o qué hacer".

MacOgwascher padre esbozó una sonrisa de compasión: "Tú sabes que todos pasamos por esto. Algunos de nosotros podemos razonar más rápidamente que otros; pero supongamos que yo haya aparecido ante ti —digamos— como una mujer joven o un hombre joven ¿me habrías reconocido como la persona que conociste en la tierra? Si me hubiera acercado a ti y te hubiera hablado con una voz diferente, con diferentes gestos y una figura diferente, hubieras pensado que alguien estaba tratando de engañarte. Por eso aparezco aquí ante ti como me recordabas, hablándote en el tono que te era familiar. Del mismo modo a tus amigos que están aquí, a tus parientes, a todos, los verás como a las personas que conociste en la tierra, y aparecerán así porque tú solo ves lo que tú quieres ver. Si yo miro al señor X sé lo que estoy viendo, cómo el señor X es en cierto modo para mí, pero tu concepto del señor X puede ser totalmente distinto y, por tanto, verás a un señor X diferente. Es como si estuviéramos parados frente a frente y uno de nosotros sostuviera una moneda. Uno de nosotros verá el

anverso y el otro el reverso: es la misma moneda, pero ambos la consideraremos desde diferentes aspectos. Así es aquí y así es hasta en la tierra. Nadie sabe exactamente cómo ve uno a otra persona. Eso nunca se discute y jamás se piensa. Aquí aparecemos a los otros del mismo modo como lo hacemos en la tierra".

Hogy había estado contemplando el parque, atónito ante la vista que se presentaba a sus ojos: allí había un hermoso lago y en él botes con gente remando. Se sentó en un banco del parque mirando fijamente los botes. MacOgwascher padre se volvió hacia él diciendo: "Bueno, ¿por qué no podrían ellos divertirse, Hogy? No están en el infierno. Están haciendo lo que les gusta hacer y eso es algo muy bueno. Aquí pueden pensar en un bote, pueden salir al río y gozar algunas de las sensaciones —sumamente ampliadas aquí— que gozaban en la tierra". Durante algún tiempo Hogy no pudo responder. Estaba asombrado, demasiado confundido, de pronto se exaltó: "Yo pensé que aquí habría espíritus, ánimas flotando por todas partes. Pensé que lo pasaríamos cantando himnos y recitando oraciones, esto no se parece en nada a lo que yo esperaba que sería el cielo".

"Hogy, Hogy, tú no estás en el cielo. Te encuentras en una dimensión diferente en la cual puedes hacer cosas que no podías hacer en la tierra. Estás aquí como en una especie de estación a mitad de camino. Algunas personas experimentan un trauma considerable al morir del mismo modo que los bebés, al nacer en la tierra, sufren una gran conmoción. Muchos de ellos son ayudados a nacer con instrumentos que les producen daños. Sucede igual con la muerte. Algunos individuos, particularmente si han llevado una vida desgraciada, lo pasan muy mal al tratar de superarse y liberarse de las cadenas que los atan a la tierra. Un simple ejemplo es la manera como has estado deseando la comida y las ropas".

Hogy se miró, preguntando: "Cuerpos, cuerpos. Si somos almas, ¿por qué necesitamos estos cuerpos? ¿Para qué los necesitamos? ".

MacOgwascher padre sonrió y dijo: "Si pudieras apare-

cer en la tierra ahora serías un fantasma aunque, más probablemente, totalmente invisible para ellos. La gente podría caminar atravesándote y tú harías lo mismo con las personas que encontraras a tu paso debido a la diferencia de la vibración. Aquí me ves. Puedes tocarme, soy corpóreo para ti y tú eres corpóreo para mí. Hemos adquirido cierta clase de vehículo con el objeto de tener nuestro ser; hemos venido de la tierra y ahora tenemos un cuerpo diferente en este plano intermedio. Nuestros cuerpos todavía tienen un alma y ésta se va elevando hasta el superyó que está muchos planos más arriba. Tenemos un cuerpo aquí para aprender cosas sufriendo todavía como en la tierra, aunque mucho más levemente. Pero cuando nos elevemos, digamos, a la novena dimensión todavía tendremos un cuerpo apropiado para la novena dimensión. Si una persona que ya está en la novena dimensión bajara hasta aquí sería invisible para nosotros, como lo seríamos nosotros para ella porque somos diferentes. Progresamos plano a plano, y en cualquier parte que nos encontremos —no importa el plano ni la condición— siempre tendremos un cuerpo adecuado para esa condición".

MacOgwascher padre rio antes de decir: "Tú crees que me estás hablando, Hogy, pero no es así. Lo estás haciendo todo por telepatía. Nosotros no hacemos uso de la palabra aquí excepto bajo las condiciones más excepcionales. En cambio, empleamos la telepatía. Pero tenemos que irnos, muchacho. Tienes que entrar al Salón de las Memorias y allí, tú y solamente tú podrás ver todo lo que has hecho y reflexionar sobre lo que has pasado durante tu tránsito por la tierra. Verás lo que quisiste hacer, tus éxitos —que te parecerán sin importancia— y también tus fracasos. Te juzgarás a ti mismo. Tú serás tu juez, Hogy. No existe un Dios colérico sentado en su sitial sentenciándote al infierno o a la condenación eterna. No existe tal cosa, el infierno. Aunque. . . bueno. . . sí: el infierno es la tierra. Tampoco existe cosa tal como la condenación eterna. En la tierra experimentas ciertas cosas y tratas de hacer ciertas tareas. Puedes fracasar en

ellas, pero eso no tiene importancia. Lo importante ES cómo uno ha tratado de hacer una cosa y cómo llevó su propia vida, y así tú y tu superyó juzgarán cómo has vivido y cómo has muerto en la tierra. Decidirás qué más tiene que hacerse para terminar la tarea que has empezado y que quizá no ha sido terminada. Pero, ven. No debemos permanecer aquí charlando ociosamente". MacOgwascher padre se puso de pie, Hogy lo imitó y juntos caminaron paseando sobre el verde césped cuidadosamente recortado, deteniéndose durante un breve tiempo a la orilla del lago para admirar los botes y los pájaros acuáticos que jugaban en la superficie, para continuar después su camino.

Hogy rió de muy buena gana cuando, al dar vuelta un sendero, enfrentó un hermoso árbol con una rama que se extendía horizontalmente desde su tronco, pues sobre ella tres gatos estirados cuan largos eran dejaban caer sus colas desde el borde de la rama y ronroneaban constantemente en lo que Hogy consideraba una cálida luz solar de atardecer. Se detuvieron por un momento para mirar los gatos que levantaron sus cabezas, abrieron sus ojos y, ante el asombro de Hogy, sonrieron. Pasado su entretenimiento, los gatos reclinaron sus cabezas sobre la corteza de la rama y se dispusieron a dormir. "Nadie les hace daño, Hogy —dijo el padre—, aquí todo es paz y confianza. Este plano particular de existencia en manera alguna es malo".

"¡Oh! —exclamó Hogy—. Entonces hay muchos planos de existencia, ¿verdad?".

"Sí, tantos como sean necesarios —respondió el padre—. La gente va a la etapa más apropiada para ella. Los individuos vienen aquí para gozar de un pequeño descanso y decidir sobre lo que van a hacer, sobre lo que pueden hacer. Muchos pueden volver pronto a la tierra para ocupar allí un nuevo cuerpo; otros son enviados más arriba, a un plano superior de existencia. En realidad, no importa dónde uno esté. En cualquier parte que sea todavía tiene lecciones que aprender y conclusiones que sacar. Pero la tarde está avanzando y debemos apurarnos

porque tenemos que llegar al Salón de las Memorias hoy. Apresurémonos".

MacOgwascher padre empezó a caminar con más premura y parecía que sus pies ni siquiera tocaban el suelo. Cuando Hogy se puso a pensar en esto tampoco experimentó la sensación del sendero bajo sus pies. Era todo tan extrañamente atemorizante, pensó. Pero, de cualquier modo, lo mejor sería mantenerse tranquilo y observar la conducta de los otros. Ellos hacía mucho más tiempo que habitaban allí.

Dieron vuelta por una pequeña curva en el camino y frente a ellos se presentó el Salón de las Memorias, un edificio blanco que parecía como si estuviera hecho de mármol brillantemente pulido. MacOgwascher padre dijo: "Sentémonos aquí durante unos momentos, Hogy. No sabemos cuánto tiempo estarás en el Salón y es agradable contemplar el paso de toda la gente que anda por aquí, ¿verdad? ".

Se sentaron sobre lo que parecía ser un banco de piedra de parque. Hogy quedó fascinado al comprobar que el banco tomaba su forma, es decir, en vez de ser duro, indeformable, cedía un poco adaptándose a su físico. Se recostó contra el respaldo y éste también se adecuó cómodamente a él.

" ¡Mira! ", dijo el padre, al tiempo que señalaba la entrada del Salón de las Memorias. Hogy siguió la dirección del índice de su padre y escasamente pudo reprimir una sonrisa: presentando un aspecto desmañado y vencido, un gran gato negro salía con la vergüenza pintada en la cara y una enorme apariencia de culpa. El gato miró hacia donde ellos estaban y, al verlos, hizo un rápido giro desapareciendo detrás de algunos arbustos. MacOgwascher padre rio: "¿Ves, Hogy? En este plano hasta los animales deben ir al Salón de las Memorias. Ellos no se expresan en términos humanos, por supuesto, pero tampoco lo harás tú cuando entres allí. Todo se hace por telepatía". Hogy miró a su ex padre con la boca abierta por el asombro: "¿Quieres decir que los

ANIMALES van al Salón de las Memorias? Debes estar bromeando, ¿verdad? ".

MacOgwascher padre sacudió la cabeza y rió estruendosamente. "Hogy, Hogy, todavía no has cambiado nada. Tú piensas que los humanos están en la escala superior de la evolución; crees que los animales son criaturas inferiores, ¿verdad? Bueno, estás equivocado y mucho. Los humanos no son la forma fundamental de la perfección; existen muchas, muchas otras formas, y cada cosa que ES tiene una conciencia; cada cosa que ES vive, hasta este banco sobre el cual estamos sentados es una colección de vibraciones. Siente puntos prominentes de tu anatomía y se adecua a ellos y se amolda a ti para darte mayor comodidad. ¡Mira! ". Se puso de pie y Hogy miró el lugar donde su padre había estado sentado. "El banco vuelve a su estado normal, y ahora me siento nuevamente". Al decir esto acompañó sus palabras a la acción, o la acción a sus palabras como quiera expresarse y, una vez sentado, el banco inmediatamente tomó su forma anatómica. "Pero, como te estaba diciendo, Hogy, todo tiene una conciencia, cada cosa que ES se halla en estado de evolución. Ahora, los gatos ya no volverán a ser humanos al igual que los humanos no serán gatos, pertenecen a líneas diferentes de evolución, del mismo modo que una rosa no se trasforma en un repollo ni un repollo en una rosa. Pero se ha demostrado en la tierra que las plantas tienen sentimientos, sentimientos que han sido detectados, medidos y volcados en gráficos mediante equipos electrónicos sensibles. Aquí, en este mundo, la gente viene a una etapa intermedia, aquí estamos más próximos a los animales que en la tierra. No creas, Hogy, que éste es el cielo porque no lo es, ni es la etapa superior, o sobre ésa, o aun sobre ésa. Aquí estamos en lo que podríamos llamar una estación intermedia, un lugar de distribución donde se decide lo que la gente hará: ¿Se elevará a un plano superior? ¿O volverá a la tierra? Yo he aprendido mucho desde que estoy aquí; sé que estamos muy próximos al plano terrestre; constituimos la diferencia entre la radio común AM y FM. La

FM es una calidad mejor que la AM, tiene vibraciones más veloces, más sutiles, y aquí, en este mundo, nuestras vibraciones son mucho, pero mucho mejores que las de la tierra. Podemos percibir más cosas, nos hallamos en un estado entre la tierra física y el superyó espiritual. Llegamos aquí porque perdemos muchas inhibiciones. Es decir, en la tierra yo hubiera pensado que quien me dijera que un gato podría hablar y razonar y otras cosas por el estilo, estaba loco. En cambio, aquí he aprendido que no solamente razonan, sino que también lo hacen muy brillantemente en ciertos casos. Pero en la tierra eso no lo entendemos porque el modelo preciso de razonamiento es diferente del de los humanos".

Se sentaron allí durante algunos momentos, pudiendo ver la silueta del gato a la distancia. Parecía culpable y luego dio la sensación de que se encogía de hombros y se echaba a la luz brillante, yendo a dormir. ¿Luz de sol? Hogy miró el cielo y entonces recordó que allí no había sol, que cada cosa era un sol en miniatura. MacOgwascher padre obviamente había seguido sus pensamientos porque afirmó: "No, no hay sol aquí. Tomamos energía de lo que nos rodea que es irradiada hacia nosotros y no tenemos que ingerir el alimento del modo como lo hacemos en la tierra, ni tampoco recurrir al tipo de eliminación corriente allí. Si tomamos la energía radiante de aquí siempre tendremos tanto como queramos y no más, pero con el tipo de alimento que existe en la tierra siempre queda una cantidad de residuo y liberarse de él es uno de los grandes problemas de la humanidad. Recuerda, Hogy, no necesitas pensar en alimentos aquí. Sólo déjate estar y tu cuerpo asimilará toda la energía que necesite y no sentirás hambre, a menos que pienses en el tipo de alimento de la tierra y durante un breve lapso posiblemente lo desees vehementemente".

En ese mismo momento se acercó un hombre y Hogy fue realmente conmovido por el asombro. ¡Estaba fumando en pipa! Pasó a grandes trancos, balanceando los brazos y aspirando con verdadera fruición su pipa, echando grandes bocanadas de humo. MacOgwascher padre

miró a Hogy y volvió a reír. "Hogy —dijo—, te he estado diciendo que algunos desean ardientemente el alimento del tipo que se acostumbra en la tierra; otros, se mueren por fumar o beber. Bueno, pueden hacerlo si lo desean, pero no tiene objeto. Ello significa que no han evolucionado lo suficiente para librarse de los viejos hábitos terrestres. Este tipo está fumando; bueno, perfectamente si así lo quiere, pero con el tiempo llegará a darse cuenta de que es exactamente una tontería. El piensa en el tabaco y después en una bolsa con tabaco y pone su mano en un bolsillo de la ropa que también ha pensado y saca una bolsa imaginaria de tabaco con el cual llena una pipa también imaginaria. Por supuesto que todo esto es una ilusión, una alucinación, una especie de autohipnosis, y tú tienes lo mismo en los hospitales para enfermedades mentales en la tierra. Puedes ver a un individuo que tiene unos cuantos tornillos flojos y hasta algunos pueden haberlos perdido y, siendo insano en menor o mayor grado, piensa que está conduciendo un coche o cabalgando un caballo. Recuerdo que una vez, visitando un gran hospital para enfermos mentales en Irlanda, vi a un hombre en la más rara de las actitudes y al preguntarle qué suponía que estaba haciendo me miró como si yo fuera un idiota —sin darse cuenta de que EL lo era— y dijo: 'Bueno, ¿qué piensa que estoy haciendo? ¿No ve mi caballo? El pobre está cansado y tirado en el suelo y no me va a ser posible seguir mi camino hasta que se levante'. El loco levantó cuidadosamente su imaginario caballo y empezó a andar disgustado, comentando sobre todos los lunáticos que había en esa casa de salud".

Hogy sintió como un retorcimiento. No podía entender lo que le estaba sucediendo. Experimentaba una sensación muy singular, como si fuera una pieza de metal que estaba siendo atraída hacia un magneto. Por alguna extraña razón se aferró al brazo del banco. Su padre se volvió hacia él explicándole: "El momento ha llegado, Hogy, te están llamando del Salón de las Memorias. Es mejor que vayas. Te esperaré aquí hasta que salgas y

podré ayudarte pero, cuando salgas, llámame Moisés, no padre; aquí no soy tu padre. Y ahora vé".

Hogy se puso de pie y hasta con este movimiento de levantarse halló que había sido atraído más hacia el Salón de las Memorias. En cierta confusión se volvió para enfrentar la entrada y se halló con que casi estaba corriendo y se desplazaba mucho más rápidamente de lo que quería. Los grandes escalones de piedra aparecieron frente a él. Más de cerca, se asombró del tamaño del Salón, y las dimensiones de la gran entrada lo atemorizaron en sumo grado. Posiblemente se sintió como podría sentirse una hormiga trasponiendo la entrada de algún palacio en la tierra. Ascendió los peldaños, cada uno de los cuales parecía ser más alto que el anterior. ¿Era así? Posiblemente él se estaba achicando a cada paso que daba. Con seguridad, empequeñeciéndose en su propia estimación. Apeló a todo su coraje y fue ascendiendo. Pronto llegó a lo que parecía ser una gran superficie plana; le pareció estar sobre una meseta, una meseta sin característica especial alguna, salvo que frente a él se levantaba una gran puerta que parecía llegar al cielo. Hogy siguió adelante; a medida que se acercaba, la gran puerta se abrió y entró en el Salón de las Memorias. La puerta se cerró tras él.

CAPITULO X

El viejo monje se levantó trabajosamente del suelo y sacudió sus descoloridas ropas. Miró con compasión al hombre grandote que saltaba sobre el cerco que separaba el terreno del monasterio del bulevar público. El hombre pareció sentir que el monje lo estaba mirando. Se dio vuelta y se detuvo a mitad de camino a través del cerco, gruñendo: "Cyrus Bollywugger, monada, ése soy yo, el mejor periodista de artículos de actualidad. Si quieres hacer algo, llama a un abogado". El monje caminó lentamente hacia una hamaca y se sentó con un profundo suspiro.

"¡Qué cosa extraña! ", pensó. El, un viejo monje, caminando por el jardín de lo que fue su hogar monástico durante los últimos cincuenta años y que, a pesar de haber hecho señas y haber explicado que era propiedad privada, ese ordinario y rudo individuo había saltado la cerca, no obstante las protestas del monje, adelantándose y golpeándolo en el pecho con un duro y grueso dedo índice: "Denos noticia, monada, ¿qué pasa en esta guarida? Ustedes todos son un montón de viciosos, ¿eh? Bueno, usted no me parece tanto, pero denos el informe; voy a escribir un artículo". El viejo monje lo había mirado de arriba a abajo con el mayor desprecio que pudiera demostrarse, y no es bueno aparecer tan despreciativo con el prójimo, pero éste seguramente había ido más allá de lo tolerable. El viejo hermano Arnaldo había estado aquí durante años; ingresó cuando era un joven-

cito y desde entonces se había empeñado en conciliar las palabras de la Biblia con lo que él sentía que era justo y con lo que consideraba equivocado. Solía discutir consigo mismo —como era su costumbre— todo lo relativo a eso. No podía aceptar todo lo que estaba escrito en la Biblia como la pura verdad. Tiempo atrás había expresado sus dudas al abad pensando que él podría ayudarlo a resolverlas, aclarando su mente, pero no fue así; el abad lo increpó en un acceso de cólera y el viejo hermano Arnaldo fue castigado con la penitencia de lavar la vajilla del monasterio durante toda una semana.

Desde entonces, como ahora, después de haber sido asaltado por ese violento patán, se había repetido una y otra vez: "Señor, por Tu Misericordia no permitas que nada nos llegue demasiado cerca y parezca demasiado real". Esto lo calmaba, capacitándolo para observar las cosas desde un punto de vista abstracto.

Había caminado al azar pensando en su pasada vida. Recordaba el trabajo por las mañanas y el estudio por las tardes, y tanto... tanto por ilustrar o decorar. Las pinturas actualmente eran pobres, las cosas de plástico, las ilustraciones horribles y la vitela o pergamino... bueno, cuanto menos se hable de esto, tanto mejor. Podrían ser buenas para pantallas de lámpara, pero para una ilustración de primera calidad para lo cual se indicaban, las modernas producciones resultaban inútiles. Y después de las obligaciones de la tarde ¿qué ocurría? El mismo día tras otro, semana tras semana, mes tras mes y año tras año, los atardeceres y la cena en un silencio solitario; y después de la cena, las completas, la consumación de la séptima hora canónica. Y luego, la celda desolada, fría, ventosa, con una cama dura y estrecha y el inevitable crucifijo a la cabecera de la cama; celda tan pequeña que hasta un convicto en una prisión haría oír su voz de protesta bajo tales condiciones.

Había caminado pensando en todo eso cuando ese energúmeno irrumpió en el privado santuario, golpeándolo rudamente en el pecho y exigiendo que el anciano le proporcionara tema para un artículo sensacional. ¿Vi-

ciosos? ¡Santo cielo, no! Los monjes no eran viciosos, consideraban a los homosexuales con cierta compasión, pero con una total falta de entendimiento con ellos. El anciano se había mantenido inconmovible, ordenando a Cyrus Bollywugger que se retirara. El hombre había perdido los estribos, vociferando sobre el poder de la prensa diciendo que con su pluma podría destruir la reputación del monasterio y, como el monje quedara en silencio en íntima contemplación, Cyrus Bollywugger había levantado imprevistamente su puño del tamaño de un jamón, golpeando al anciano violentamente en el pecho y derribándolo. El monje quedó aturdido, aún en el suelo, preguntándose de qué sufría la humanidad en estos momentos; porque un individuo ordinario y tosco como ése golpeaba a un anciano frágil que estaba ya casi al final de su vida. No podía entenderlo. Permaneció en el suelo durante un rato y luego lentamente, penosamente, se incorporó sobre sus piernas vacilantes hasta enderezarse sobre los inseguros pies. Casi arrastrándose llegó hasta una hamaca y se sentó para recuperar su equilibrio y su compostura.

Bollywugger, profiriendo amenazas de escándalo, saltó finalmente la cerca y se dejó caer en el suelo del otro lado, alejándose con un rápido andar bamboleante que semejaba más a un gorila ebrio que a un espécimen de *homo sapiens.*

El hermano Arnaldo quedó sentado allí, cerca del espumoso mar, mirando hacia afuera con ojos perdidos en la distancia, sin oír o escasmente percibiendo, en realidad, los gritos y chillidos de los que gozaban divirtiéndose en la playa pública, niños que gritaban peleando y voces agudas de viejas regañonas que maldecían a sus hombres por algún desliz imaginario. De pronto el viejo Arnaldo se sobresaltó. Una mano se había posado sobre su hombro mientras una voz le decía: "¿Qué le duele, hermano? ". Levantó la vista para hallarse con otro hermano de su misma edad que lo observaba con sus ojos castaños cargados de preocupación. "He sido insultado por un periodista que saltó nuestra cerca y me golpeó en

el pecho —dijo el hermano Arnaldo—. Me exigía que le dijera que todos nosotros éramos unos viciosos —homosexuales— en este monasterio, y cuando yo lo negué con bastante severidad me golpeó en el pecho tirándome al suelo. Desde entonces me he sentido mal y necesitaría descansar un poco. Vamos, volvamos a la casa". Con movimientos entorpecidos se puso de pie y lentamente los dos ancianos que habían sido hermanos en el monasterio durante muchos, muchos años, recorrieron el sendero hacia el gran edificio que era su hogar.

Esa noche, después de las compuestas, cuando los monjes se hallaban en sus celdas, el hermano Arnaldo sintió un dolor tan profundo como si su pecho fuera penetrado por hierros candentes. Débilmente tomó una sandalia y golpeó con ella sobre la pared de la celda. Se produjo un movimiento y una voz llegó desde el exterior: "¿Qué pasa, hermano? ¿Está enfermo? ". El hermano Arnaldo respondió con voz leve: "Sí, hermano, ¿quiere preguntar al padre de la enfermería si puede venir a verme? ".

Hubo un asentimiento en voz queda y luego el ruido de sandalias que se arrastraban sobre el piso de piedra. Era extraño, pensó el padre Arnaldo, que ningún monje pudiera entrar en la celda de otro ni siquiera por el motivo más puro; ninguno, excepto el padre de la enfermería y también únicamente para cumplir con sus deberes de médico. ¿Qué podría haber en ello? ¿Algunos monjes son homosexuales? Posiblemente lo sean, pensó. Por cierto que las autoridades tienen normas y reglamentos suficientes como para asegurarse de que dos monjes no estuvieran juntos y pudieran solamente reunirse tres. El hermano Arnaldo yacía en su lecho de dolor reflexionando sobre esto hasta que fue sacado de sus pensamientos al abrirse la puerta de la celda, mientras una voz agradable preguntaba: "Hermano Arnaldo, ¿qué le pasa? ". Y el viejo Arnaldo contó todos los acontecimientos de la tarde, y el golpe que había sufrido en el pecho y su caída. El padre enfermero había sido un doctor en medicina muy reconocido, que dejó la práctica

disgustado, no sintiéndose capaz ya de tomar parte en la diversa confusión que invadía la "ciencia" médica actual. Con especial cuidado apartó la ropa del hermano Arnaldo para examinar su pecho que presentaba una coloración negra, azul y amarilla, y su ojo clínico descubrió que el hermano Arnaldo tenía algunas costillas rotas. Cubrió nuevamente el pecho del anciano, se levantó y dijo: "Debo ir a ver al padre subprior para informarle sobre esto, hermano Arnaldo. Usted tiene fractura de huesos y necesita unas placas radiográficas y tratamiento hospitalario". Se dio vuelta y salió silenciosamente.

Pronto se oyó un nuevo arrastrar de pasos y voces apagadas en el corredor. La puerta de la celda volvió a abrirse y el padre de la enfermería y el padre subprior entraron. "Hermano Arnaldo —dijo este último—, tendrá que ir al hospital para un examen radiológico y para que le hagan un yeso que necesitan sus costillas rotas. Iré a informar al padre abad de modo que pueda tomar las medidas necesarias. Mientras tanto, el padre enfermero permanecerá con usted en caso de que pueda serle útil". El subprior se volvió para abandonar la celda, pero el hermano Arnaldo suplicó: "No, padre subprior; no, padre subprior: no quiero ir al hospital. He oído mucho sobre los errores que allí se cometen y preferiría que el padre de la enfermería me tratara y, si mi mal estuviera más allá de su capacidad, encomendaré mi alma a Dios".

"No, eso no puede ser, hermano Arnaldo, no puedo aceptarlo. Sólo el padre abad puede ordenar una dispensa en este caso. Iré a verlo", dijo el subprior cuando abandonaba la celda.

Era poco lo que el padre de la enfermería podía hacer para ayudar al anciano hermano, pero humedeciendo un paño enjugaba la frente del enfermo tratando de reducir en algo la fiebre. Una vez más apartó las vestimentas del religioso de modo de aligerar el peso tratando de obviar mayores dificultades. Se sentaron juntos, pues el anciano permanecía medio sentado en la cama porque ahora esa postura le facilitaba la respiración.

Se oyeron nuevos pasos, la puerta de la celda volvió a

abrirse, y entró el padre abad. El subprior tuvo que esperar fuera, pues las celdas eran tan pequeñas que no podían admitir más de dos personas cuando una estaba en cama. El abad miró al hermano Arnaldo y en su cara se pintó la sensación de horror que le había provocado el estado del pecho del anciano. Entonces hubo un cambio de palabras en voz baja entre el abad y el padre de la enfermería y el primero, volviéndose hacia el hermano Arnaldo, dijo: "No puedo aceptar la responsabilidad, hermano Arnaldo, de dejarlo aquí en estas condiciones. Tendrá que ir al hospital". Se detuvo un momento frunciendo el labio inferior entre el índice y el pulgar en un gesto de pensamiento profundo. Después de algunos momentos volvió a dirigirse al hermano, diciendo: "Teniendo en cuenta su estado y su edad, si usted lo desea, hermano Arnaldo, hablaré por teléfono con el obispo y sólo podremos aceptar sus indicaciones".

"Se lo agradeceré, padre abad —dijo el enfermo—; no quiero cambiar éste, que es mi hogar, por los peligros desconocidos de hospitales en las condiciones en que éstos se encuentran actualmente. He oído mucho contra ellos, tanto que no les tengo confianza; y sin confianza no podré beneficiarme con su tratamiento. Toda mi fe está puesta en el padre de la enfermería".

"Lo que usted quiera, hermano Arnaldo —contestó el padre Abad—; yo no diría esto por lo que usted oyó, pero no puedo evitar estar de acuerdo con usted".

El abad abandonó la celda y junto con el subprior se dirigieron hacia la oficina del primero donde minutos más tarde pudo oírse la conversación telefónica con el obispo de la diócesis en la que el monasterio estaba ubicado. Después de frecuentes "Como usted diga, padre obispo, como usted diga. Sí, así lo haré. Adiós", se oyó el sonido del auricular que se apoyaba sobre el aparato.

El abad se sentó en silencio durante un rato y después, tomando una repentina decisión, envió por un amanuense para que tomara un dictado y preparara un documento que el hermano Arnaldo tendría que firmar, declarando que si rehusaba dejar el monasterio para trasladarse al

hospital lo haría bajo su propia responsabilidad, y el monasterio no asumiría responsabilidad alguna por lo que pudiera ocurrir como consecuencia de tal determinación.

El monasterio lucía frío y blanco a la brillante luz de la luna llena. La claridad se filtraba por entre las nubes que corrían raudas por delante de ella, comunicando un aire siniestro al edificio. El reflejo lumínico se proyectaba resplandeciente desde las numerosas ventanas que parecían hacer guiños a medida que las nubes se deslizaban rápidamente. En alguna parte alejada, un búho nocturno lanzó un estridente graznido en la oscuridad; más cercanamente se oía el susurro de las olas lamiendo la arena, alzándose cada vez más y retirándose para formar otras nuevas. En el monasterio todo estaba quieto, silencioso, como si hasta el mismo edificio supiera que rondaba la muerte y como si esperara el batir de las alas del ángel del presagio. De vez en cuando llegaban los ruidos extraños que producen los antiguos edificios que ya sienten el peso de los años. A intervalos se oían los pasitos escurridizos de pequeñas ratas que corrían sobre los pisos lustrosos y, de tanto en tanto, el chillido de temor de alguna de ellas. Pero el edificio estaba tan quieto y silencioso como puede estarlo un edificio viejo. Desde el reloj de la torre las horas fueron lanzadas hacia la campiña y a la distancia llegó el estrépito del tren que corría velozmente sobre sus rieles de hierro hacia la ciudad.

El hermano Arnaldo yacía sobre su lecho de dolor. A la luz de la vacilante llama de la candela podía ver al padre de la enfermería que lo miraba con compasión. De pronto, tan repentinamente como para causar sobresalto en el anciano monje, el padre de la enfermería habló: "Hermano Arnaldo, hemos estado tan preocupados por usted, por su futuro... A veces, usted tiene convicciones muy diferentes de las de la religión ortodoxa. Usted parece pensar que no importa en lo que se crea y que lo importante es creer en algo. Hermano Arnaldo, en esta última etapa, arrepiéntase... arrepiéntase, confiésese. ¿Puedo llamar al padre confesor? ".

El hermano Arnaldo lo miró y dijo: "Padre, yo estoy satisfecho con mi modo de vida. Voy hacia lo que creo ha de ser el cielo, y voy de acuerdo con mi propia convicción, que no es necesariamente la del libro. Creo que la religión que nos prescriben, la religión ortodoxa, es limitada en sus conceptos". La voz se volvió entrecortada por el dolor que laceraba su cuerpo. Sentía como si hubiera fuego en su pecho; sentía como si estuvieran clavándole clavos del mismo modo, pensó, como fueron atravesados las manos y los pies de Cristo, pensó en el dolor de la estocada en el cuerpo causada por el guarda custodio del Cristo crucificado.

"Padre, padre —llamó—, ¿quiere alcanzarme el Crucifijo para que pueda besar las Cinco Llagas? "

El padre enfermero se levantó moviéndose hacia la cabecera de la cama del hermano Arnaldo. Se acercó, después de persignarse, y tomó el Crucifijo acercándolo a los labios del viejo monje.

"Padre, padre —gritó Arnaldo con angustia y sorpresa—. ¿Quiénes son todos esos que se han juntado a mi derredor? ¡Ah, sí, ya veo! Aquí está mi madre,; ha venido a darme la bienvenida a la Gran Realidad, a la Vida Superior. Mi madre está aquí, mi padre está aquí, hay muchos amigos míos aquí, también". Muy rápidamente el padre se puso de pie, se dirigió hasta la salida de la celda y golpeó apresurada y enérgicamente sobre la puerta de la próxima. Hubo una exclamación de sorpresa desde adentro y casi al instante un monje asomó su cabeza rapada.

" ¡Rápido, rápido! —dijo el padre de la enfermería—. Llame al abad. El hermano Arnaldo nos está dejando".

El monje no se detuvo para ponerse bata ni sandalias. A toda velocidad salió por el corredor y bajó a saltos la escalera. Pronto retornó con el abad que había estado esperando, solo, en su despacho.

El hermano Arnaldo los miró desesperadamente, exclamando con angustia: "¿Por qué es que nosotros, los que predicamos la religión, tenemos tanto miedo de morir? ¿Por qué, padre abad, por qué tememos tanto la muerte? ". Una respuesta se hizo luz en el cerebro del mori-

bundo: "Lo sabrás, Arnaldo, cuando vengas hacia nosotros, al otro lado de la vida. Y vendrás dentro de poco".

El padre abad se arrodilló al lado del lecho manteniendo el Crucifijo entre sus manos elevadas. Oraba y pedía misericordia por el alma del hermano Arnaldo que se había apartado tan a menudo de los preceptos y de las escrituras de la religión. Al lado de la cama, la vela, chorreando su estearina, con su llama fluctuante, se consumía. Una brisa pasajera doblegó el pabilo volviéndolo tizón, pero la luz renació y en la claridad que provenía de esa única vela pudieron ver que el hermano Arnaldo se levantaba gritando: "Nunc dimittis, nunc dimittis. Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a Tu siervo en paz, de acuerdo con Tu palabra". Lanzó un gemido y cayó sin vida sobre las almohadas.

El padre enfermero se persignó y rezó una oración por el tránsito del difunto. Luego, pasando por sobre la cabeza del abad que todavía estaba arrodillado, cerró los ojos del hermano Arnaldo y depositó pequeñas compresas sobre ellos para mantenerlos cerrados. Pasó una banda por debajo de la barbilla y mantuvo apretada la jadeante boca. Ató la banda en la parte superior de la cabeza tonsurada. Con todo cuidado levantó la cabeza y los hombros del monje muerto y sacó las almohadas. Tomó las manos del anciano cruzándolas sobre el pecho, atendiendo en seguida la higiene post mortem. La sábana fue entonces estirada sobre el rostro sin vida del hermano Arnaldo.

Con movimientos lentos el padre abad se puso de pie y, saliendo de la celda solitaria, se dirigió a su propia oficina e impartió instrucciones a un monje. Minutos después, las campanas del monasterio doblaron en señal de duelo y silenciosamente todos los monjes abandonaron sus camas, se pusieron sus túnicas y descendieron en fila hacia la capilla para rezar en el oficio que se celebraba por el difunto. Algo después, cuando el sol apareciera en el horizonte, habría una misa, una misa a la cual asistirían todos, y el cuerpo del hermano Arnaldo, envuelto en su túnica y con la capucha cubriéndole el

rostro, con las manos en el Crucifijo sobre el pecho, sería llevado en procesión solemne desde el monasterio hasta la senda del jardín, y colocado dentro del pequeño cuadro consagrado que albergaba tantos de los cuerpos de los monjes desde épocas inmemorables.

Ya estaban dos monjes preparándose para dirigirse al cuadro consagrado y cavar la tumba, frente al mar, en la cual el cadáver del hermano Arnaldo descansaría hasta su disolución final. Los dos monjes salieron con sus palas al hombro, silenciosos, pensativos y preguntándose quizá qué había más allá de esta vida. La Sagrada Escritura nos enseñó mucho, pero ¿podía confiarse en la Sagrada Escritura exactamente, precisamente? El hermano Arnaldo siempre había dicho —para disgusto del abad— que no podía tomarse demasiado seriamente la Sagrada Escritura, sino sólo como una indicadora del camino, como una guía, como una orientación. El anciano monje frecuentemente decía que la vida de aquí en adelante era simplemente una continuación de la vida de la tierra. Hacía algún tiempo, el hermano Arnaldo se hallaba sentado silencioso en el refectorio. Frente a él había una botella sin abrir de agua efervescente. De pronto se puso de pie y, tomando la botella en sus manos, dijo: "Miren, hermanos, esta botella se parece al cuerpo humano; en ella tenemos un alma. Si le saco la tapa se produce un burbujeo, un torbellino en el agua que contiene, y los gases, al igual que en el alma humana, tratan de liberarse. Esta es la razón, hermanos, por la cual abandonamos nuestros cuerpos al final de esta vida. Ellos están sólo cubriendo nuestra alma inmortal, y cuando la vestidura está vieja y harapienta y ya no es capaz de mantenerse unida, entonces el alma se despoja del cuerpo y va a otra parte, ¿y para qué a otra parte? Bueno, cada uno de nosotros y todos nosotros lo descubriremos a nuestro turno". El hermano Arnaldo había volcado parte del contenido de la botella en un vaso, bebiéndolo rápidamente y comentando: "Ahora, el cuerpo que era el agua ha desaparecido exactamente como el cuerpo que es nuestro cuerpo desaparecerá con el tiempo en la tie-

rra y se resolverá al final en las partes que lo componen".

Los dos monjes pensaban en esto a medida que avanzaban hacia la senda y buscaban un cuadro apropiado en el cual cavar la tumba. Un metro ochenta de profundidad por un metro ochenta de largo por noventa centímetros de ancho. Sin pronunciar palabra se pusieron a trabajar, sacando cuidadosamente el césped que ponían a un lado, de modo que después pudiera ser utilizado para cubrir la nueva tumba.

En el monasterio, el cuerpo del hermano Arnaldo era movido antes que sobreviniera la rigidez cadavérica que hubiera dificultado el traslado por las vueltas de la escalera. Cuatro monjes tenían una sábana de lienzo con manijas en cada esquina. Con delicadeza la deslizaron por debajo del cuerpo del viejo monje ubicándolo en el medio de la sábana. Con todo cuidado estiraron los lados del lienzo hasta que las manijas pudieran encontrarse en el extremo superior y en el extremo inferior, los extremos de la cabeza juntos, y los extremos de los pies, juntos también. Con todo cuidado los monjes levantaron el cuerpo sacándolo del lecho y con todo cuidado maniobraron para hacerlo pasar por la puerta de la celda, manejándose con un poco de esfuerzo para doblar por el corredor. Desplazándose lentamente y recitando las determinadas frases del ritual para el difunto trasladaron el cuerpo descendiendo por la escalera hasta la capilla anexa. Ubicaron reverentemente el cuerpo en el féretro, arreglando las túnicas para que cayeran con naturalidad y colocando las sandalias sobre los pies del monje muerto. Con todo cuidado volvieron a poner el Crucifijo entre las frías manos y con todo cuidado bajaron la capucha hasta cubrir las facciones. Entonces, los cuatro monjes comenzaron su solitaria vigilia custodiando el cuerpo de su hermano muerto hasta que con las luces del día nuevamente se cantaran las misas.

Y así el hermano Arnaldo abandonó su cuerpo. Tuvo la sensación de que era sostenido, elevándose. Al mirar hacia abajo con cierta trepidación, halló un cordón azul

plateado que se extendía desde su actual cuerpo hasta el cadáver pálido que yacía abajo, en la cama. Cerca de él podía distinguir caras. Con seguridad ésa era su madre; y allí estaba su padre. Habían llegado desde más allá de las sombras para ayudarlo, para guiarlo en su viaje.

El camino hacia adelante estaba oscuro. Parecía ser un largo e interminable túnel, un túnel o quizás un tubo. Se asemejaba al tubo que los monjes llevan en las procesiones a lo largo de la villa en ciertas ocasiones, sostenido por una vara larga y que llega hasta las ventanas de modo que la gente pueda dar sus contribuciones echándolas por la boca en el extremo para que se deslicen hasta la bolsa recolectora abajo.

El hermano Arnaldo se sentía movido lentamente hacia arriba por ese tubo. Experimentaba sensaciones peculiares. Al dirigir su vista hacia abajo vio que el cordón de plata se estaba adelgazando y hasta que se desprendía y ya no estaba, al igual que una cinta elástica que, cortada, se retrae en sus dos extremos bajo su propia elasticidad.

Por encima de él, según iba atisbando hacia arriba, parecía haber una luz brillante. Le recordó cuando una vez tuvo que bajar al pozo del monasterio para ayudar a limpiar los filtros de agua. Al elevar la vista podía ver el círculo brillante de luz que iluminaba la parte superior del pozo. Experimentaba una sensación similar a medida que era llevado hacia arriba, hacia la luz, y se preguntaba ¿y ahora qué?

De pronto, como un personaje de escena que apareciera mediante un ardid, Arnaldo llegó —¿dónde?— al otro mundo o a otro plano de existencia. El no sabía qué era por el momento. La luz se proyectaba tan intensa que tenía que cubrirse los ojos y sólo después de un rato separó las manos con precaución, profiriendo un débil: " ¡Dios mío! " ante la vista que tenía delante. A su lado se oyeron risitas divertidas y, al volverse, pudo ver al que acostumbraba a ser su padre. "Bien, Arnaldo —dijo— ciertamente pareces asombrado. Debería de haber pensado que hubieras recordado todo, aunque debo decir que esto me llevó bastante tiempo".

Arnaldo miró en derredor. "Bueno, ciertamente ESTOY asombrado —dijo—. Este lugar se parece mucho a la tierra, una versión mucho mejor, lo admito, pero aparenta ser un mundo de tipo terrestre. Yo pensé que estaría llegando a no sé exactamente dónde, pero a un tipo de mundo más abstracto, no éste". Hizo un gesto refiriéndose a los edificios y a los parques. " ¡Esto parece una aterradora posversión de la tierra! ".

"Arnaldo, tienes mucho que aprender o volver a aprender —dijo su anterior padre—. Tus propios estudios, tu propia prolongada experiencia deberían de haberte llevado a la convicción de que si una entidad, un alma humana, fuera directamente de la tierra hasta las elevadas esferas celestiales, entonces sería destruir totalmente el sentido común de esa entidad; tan grande sería el cambio". Miró fijamente a Arnaldo y continuó: "Piensa en un vidrio, en una común copa de vidrio si lo prefieres; no puedes colocar una copa de vidrio fría directamente en agua muy caliente porque se rompería, y existen muchas cosas de naturaleza parecida que deben recibir un tratamiento gradualmente delicado. Del mismo modo, una persona que ha estado enferma durante un lapso prolongado, recluida en cama, no puede esperarse que abandone su lecho un día y camine y corra como si fuera un atleta bien entrenado. Aquí ocurre lo mismo. Has estado en un mundo muy cruel: la tierra. Has dado un salto hacia arriba y aquí te hallas en una etapa intermedia, digamos, un alto en el camino donde se puede hacer una pausa para orientarse".

Arnaldo miraba todo lo que lo rodeaba, maravillado ante la belleza de los edificios y del verde sin mancha de las plantas y de los árboles. Pudo observar animales y pájaros que en manera alguna temían a los humanos. Parecía un mundo donde reinaba la armonía.

"Pronto, sin duda, te trasladarás hacia arriba, a planos superiores, pero antes que esto esté decidido tienes que ir al Salón de las Memorias y allí podrás recuperar tu memoria debilitada, recordando la visita que has hecho aquí anteriormente".

"Me divierte enormemente la manera como dices 'arriba' o 'planos superiores' —comentó Arnaldo—. Yo creía que las esferas celestes y las terrestres o planos de existencia —llamémolas como se quiera— estaban interrelacionadas, y quizás hasta ocuparan el mismo espacio. Entonces, ¿por qué se dice 'arriba'? ".

Otro hombre irrumpió en la conversación. Había estado escuchando sin decir nada, e intervino para hacer notar suavemente: "Que es 'arriba' no hay la menor duda. Ascendemos a una vibración superior. Si estuviéramos yendo hacia una vibración inferior deberíamos descender y, en realidad, existen tales lugares de vibración inferior, y la gente de aquí, cuando tiene que descender por alguna razón —quizás ayudar a algún alma fatigada—, dirá que va a abajo para elevar a fulano. Pero ésta es una etapa intermedia, ascendemos a ella desde la tierra. Queremos liberarnos de la tierra y, si descendiéramos, entonces podríamos decir que estamos acercándonos al núcleo terrestre, y eso es lo que no queremos hacer. . . De modo que es arriba, hasta una vibración superior, hasta liberarnos del centro de la tierra y pronto usted, Arnaldo, estará ascendiendo nuevamente. De ello no tengo la menor duda, pues ésta es exactamente una etapa intermedia; de aquí la gente asciende a un plano superior o desciende a la tierra nuevamente para aprender más lecciones. Pero ya es tiempo de que vaya al Salón de las Memorias; todos tienen que ir allí primero. Venga por aquí".

Juntos emprendieron el camino de lo que parecía ser una calle muy bien cuidada. No había coches ni tipo alguno de vehículo impulsado mecánicamente. La gente caminaba y los animales hacían lo mismo, a menudo al lado de los humanos. Pronto Arnaldo y su nuevo amigo se desviaron de las calles y entraron en una pequeña senda al final de la cual Arnaldo pudo ver mucho verde. Avanzaba junto al otro, cada uno preocupado por sus propios pensamientos. En breve tiempo llegaron al final de la pequeña senda; frente a ellos se abría un hermosísimo parque con espléndidas plantas y flores de un tipo que Arnaldo jamás había visto. En el centro se elevaba

una gran estructura terminada en cúpula que la gente denominaba el Salón de las Memorias. Permanecieron de pie allí admirando el paisaje, el espacio verde, los vívidos colores de las flores y los muy brillantes azules del firmamento, reflejados límpidamente sobre la superficie de un plácido lago cercano al edificio.

Como obedeciendo al mismo impulso, Arnaldo y su nuevo amigo se encaminaron hacia el sendero que llevaba al Salón de las Memorias. Caminaron preguntándose quizá sobre las otras personas que estaban sentadas sobre bancos o tiradas en el césped. Con frecuencia se veía a algún individuo que subía los peldaños del edificio y a otro que salía por una puerta secreta. Algunos parecían alborozados y otros dolidos más allá de toda expresión. Arnaldo observaba, experimentando un estremecimiento y anticipándose a lo extraño de todo esto. ¿Qué sucedía en el Salón de las Memorias? ¿Qué le secedería a él? ¿Pasaría la prueba y ascendería a una vibración superior, a una forma de vida más abstracta? ¿O sería enviado nuevamente a la tierra para comenzar una nueva vida?

" ¡Mire, mire! —murmuró el nuevo amigo de Arnaldo, tocándolo levemente con el codo, mientras le decía en un susurro— son entidades que vienen desde un plano muy superior de existencia. Llegaron para observar a la gente. ¡Mírelos! ".

Arnaldo dirigió su vista hacia el lugar y vio dos esferas brillantes doradas que parecían hechas de luz, tan brillantes que Arnaldo ni siquiera podía adivinar su verdadera forma. Las esferas doradas eran llevadas como burbujas de oro en una leve brisa. Flotando llegaron hasta las paredes del Salón de las Memorias, tocándolas y atravesándolas sin dejar marca alguna en su estructura.

"Debo dejarlo —dijo el amigo de Arnaldo—. Pero manténgase animoso, no hay nada para USTED que pueda preocuparlo. Seguro. Adiós. Alguien habrá aquí para buscarlo cuando salga. ¡Alégrese, no se muestre tan triste! ". Y con esto se volvió repentinamente, desandando sus pasos.

Arnaldo, con una aprensión cada vez mayor —aunque,

no—, con un miedo terrible, se trasladó trabajosamente hasta el final del sendero donde comenzaba la entrada del Salón de las Memorias. Al pie de los grandes peldaños de piedra se detuvo y trató de mirar en derredor para ver qué sucedía, pero en realidad no se detuvo porque una fuerza lo estaba impulsando, atrayéndolo. Apuró los escalones y se detuvo un momento ante la gran puerta de entrada. De pronto, silenciosamente, ésta se abrió y Arnaldo fue empujado dentro, empujado o arrastrado, no importa cómo, pero quedó dentro, cerrándose la puerta detrás de él.

CAPITULO XI

Silencio, perfecto silencio, ni un susurro, ni un ruido, nada. El silencio era tan grande que había una absoluta ausencia de todo, excepto silencio.

Oscuridad, tan oscuro que Arnaldo podía casi ver cosas en la luz. Sus ojos habían sido acostumbrados a la luz, debían de haber acumulado configuraciones visuales lumínicas porque ahora, en la oscuridad tan profunda, estaba tomando destellos del nervio óptico.

Una absoluta ausencia de todo. Arnaldo se movía y no podía decir que se había movido, todo era vacuidad, más vacùo —pensó— que el espacio mismo. Pero repentinamente un débil punto de luz apareció "en alguna parte" y desde él se proyectaron rayos azules como las chispas que despide una herradura calentada al rojo y golpeada por un herrero. La luz era azul, azul pálido en el centro, intensificándose en un azul púrpura hacia afuera. La luz se expandía y todavía era azul, y Arnaldo vio el mundo, la tierra que había recientemente abandonado. Parecía estar flotando en el espacio. Sólo había una masa de nubes que semejaban pelotas de lana algodonada de diferentes colores, nubes negras y nubes blancas, y después una vislumbre momentánea de lo que pensó debía de ser el desierto del Sahara, nada más que arena y desolación. Entonces, a través de la tierra vio otros globos, todos, todos entremezclados, pero sin contacto entre ellos. "¡Voy a volverme loco —pensó Arnaldo—, salgamos de aquí! ". Y se volvió para escaparse. Detrás de él vio dos

círculos brillantes. Los miró fijamente y tuvo luego la impresión que sugerían: "Todo está bien, Arnaldo, conocemos todo de ti, hemos estado examinando tu pasado. Te has portado bien en esta vida pasada, salvo que has sido tan perezoso que no has ascendido más allá de la etapa de diácono, no te has molestado para lograr ser ordenado. Eso ha sido pereza, Arnaldo".

Arnaldo miraba fijamente y la impresión llegó a él: "No, tú no puedes vernos, pertenecemos a una vibración diferente. Todo lo que puedes ver es un globo de luz y esto es en manera alguna lo que nosotros parecemos. Pronto serás uno de nosotros —si lo deseas—; de lo contrario volverás a la tierra y rematarás unos pocos cabos que has dejado sueltos, tales como el asunto de haberte quedado en diácono cuando podrías haber ascendido mucho más".

"Pero ¿cómo son ustedes? ", preguntó Arnaldo.

"Nadie sabe cómo vive un rey —pensó una de las esferas—. La gente tiene las ideas más curiosas sobre los reyes y las reinas; algunos creen que viven el día entero sentados en un trono de oro con una corona sobre sus cabezas, sosteniendo el mundo y el cetro. Los reyes y las reinas en manera alguna viven así. De modo similar, la gente en la tierra tiene ideas raras sobre la vida inmediata después de la muerte, piensan que hay un cielo con puertas nacaradas, y bueno. . . hay un cielo con puertas nacaradas para aquéllos que creen en él porque aquí, en una región que está controlada por gente pensante, existe lo que la gente piensa que hay y si una persona imagina que hay ángeles volando verá ángeles volando. Pero todo es un desperdicio, en manera alguna es de utilidad en tal vida, y estas etapas intermedias son así para que puedan razonar sobre las cosas y desenredarlas".

Pareció haber alguna conversación entre ambos globos porque se produjo mucho movimiento y vibración entre los dos. Entonces, desde uno de ellos llegó este pensamiento: "Nos divierte mucho la gente que en este plano de existencia sigue tan esclava de sus hábitos y costumbres y debe imaginar alimento para imaginar que come.

Hemos visto —continuó la voz telepática— gente muy religiosa aquí que ¡hasta tiene que comer pescado los viernes! ".

" ¡Caballa sagrada! —dijo Arnaldo—. Eso parece un poco traído de los pelos ¿no? ".

"Pero ¿por qué la gente tiene tanto miedo a la muerte? —preguntó Arnaldo—. No obstante haber sido religioso y haber obedecido todos los reglamentos de la orden, debo confesar que estaba aterrado de morir. Pensaba que Dios estaría listo para castigarme por todos los errores que hubiera cometido; y siempre me he preguntado por qué la gente teme tanto la muerte".

La voz telepática se hizo oír nuevamente: "La gente teme la muerte porque no queremos que conozca la verdad. La muerte es agradable; cuando se llega a las últimas etapas del deceso todo temor es eliminado, todo dolor, todo sufrimiento. Pero la gente tiene que sentir temor y miedo porque de otro modo se suicidaría y habría suicidios masivos. Si la gente conociera lo agradable que es la muerte y cuanto mejor es la vida que llevamos aquí se suicidaría y sería algo muy malo, ciertamente. Se va a la tierra como los niños van a la escuela, para aprender; y los niños deben estar en la escuela y no permitírseles que se escapen para gozar de los placeres del campo. Por ello es que la gente teme la muerte hasta el último momento, hasta que se hace claro que ya no pueden posiblemente vivir más. Entonces se abrazan al calor de la muerte, a la felicidad de la muerte".

"Pero nosotros queremos que tú abandones los mundos materiales y vengas a los mundos del espíritu", pensó uno de los globos.

"Entonces, ¿por qué hay un cielo material —aunque sea imitación— si la gente no necesita cosas materiales? ", preguntó Arnaldo.

"Porque para un superyó o alma, o como quieras llamarlo, es necesario adquirir experiencia material, y en las penurias de la tierra uno puede aprender lecciones difíciles en unos pocos años, mientras que si las lecciones

tuvieran que ser absorbidas por un espíritu que vive en un mundo espiritual ello llevaría un período indefinido de tiempo. Ahora tenemos que mostrarte tu vida pasada. ¡Observa! ".

El mundo frente a Arnaldo parecía expandirse con tanta rapidez que pensó que iba a caer al fondo de un precipicio. . . —¿un precipicio en el espacio? — o sobre el mundo que giraba. Cayó —o pensó que había caído— descendiendo miles de metros y luego se encontró viviendo escasamente unos pocos metros sobre la tierra. Frente a él había hombres de aspecto extraño empeñados en un combate mortal, empuñando lanzas, hachas y hasta palos con pesadas piedras en sus extremos. Arnaldo los miró; una figura en particular atrajo su atención. Estaba poniéndose de pie, levantándose del suelo y atravesó con su lanza el pecho de un enemigo que se acercaba y se derribó en un mar de sangre. "Esa es una mala acción Arnaldo —dijo una voz en su cabeza—, y tenías que vivir muchas vidas para expiarla".

Los cuadros se fueron sucediendo desde los tiempos de los asirios a lo largo de diferentes períodos de la historia de la tierra y, finalmente, la vida que acababa de dejar. Pudo ver sus primeros días y las pequeñas faltas en que había incurrido, tales como robar en la huerta de un vecino, o tomar algunas monedas de una botella de leche que habían sido dejadas para que el lechero las recogiera. Vio cómo había ido al mercado unas cuantas veces apropiándose de fruta: manzanas, peras y bananas.

Más tarde se vio como monje inquieto por el temor de no ser capaz de aprobar los exámenes para ordenarse, adoptando así una actitud altanera para ocultar el miedo que le hacía sentir su propia incompetencia.

Se observó de nuevo moribundo, contempló su muerte y su ascensión vertical desde la tierra, siempre hacia arriba hasta alcanzar otro plano de existencia.

"Te desempeñaste muy bien en esa vida —dijo la voz sobre su cabeza— y sería una pérdida de tiempo para ti volver a la fase terrestre. Pensamos, en cambio, que deberías venir al mundo que está más allá de las cosas

materiales donde indudablemente podrás aprender mucho".

"Pero, ¿y mis amigos aquí? —preguntó Arnaldo—. Mi padre y mi madre y toda la gente que he conocido antes ¿no sería feo que yo haya venido y gozado de su hospitalidad para irme repentinamente a un plano superior? ¿Qué es lo que pensarán de mí? ".

La voz en su cabeza se puso a reír mientras contestaba: "Si ellos fueran dignos de ascender, Arnaldo, hubieran ido más arriba, y si no sales de este edificio con un aspecto que ellos puedan reconocer, entonces apreciarán que has ido más arriba, a un plano superior de existencia. Cuando salgamos de aquí nosotros tres seremos tres globos de luz para ellos, y habiendo visto entrar a dos y salir a tres sabrán que el tercero eres tú y gozarán con tu progreso y elevación. Esto también les da mucha esperanza para con el tiempo hacer lo mismo".

Y ocurrió que Arnaldo pensó: "Sí", y para su gran sorpresa halló que se sentía con una gran vitalidad, tan lleno de vida como jamás lo había experimentado antes, pletórico de energía y, mirando hacia abajo, ya no pudo ver sus pies ni sus manos. Preocupado por ello percibió la voz que le decía nuevamente: "Arnaldo, Arnaldo, tú eres ahora como nosotros. Si nos miras verás cómo eres tú. Somos sólo masas de energía pura tomando la energía extra de nuestros alrededores. Podemos ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa mediante el pensamiento y ya no necesitamos alimento, como sabes".

Hubo una singular sensación de canto y Arnaldo halló que seguía a sus dos amigos atravesando la pared del Salón de las Memorias. Sonrió levemente cuando vio a algunos de sus amigos afuera y la expresión de sus rostros cuando notaron que eran tres los globos que salían, cuando habían entrado sólo dos.

El sonido musical aumentó y tuvo la sensación de velocidad, de rapidez. Arnaldo pensó: "Me pregunto por qué siempre parece que estoy ascendiendo y nunca descendiendo". De inmediato tuvo la respuesta: "Por supuesto que vamos hacia arriba, nos elevamos hacia una vibración

superior. Jamás habrás oído que para alcanzar una vibración superior haya que ir hacia abajo ¿verdad? Vamos hacia arriba de la misma manera que en la tierra, cuando quieres cambiar tu estado, sales de ellas y asciendes, lo cual es el camino; si fueras hacia abajo te acercarías al centro de la tierra, justamente lo que estás tratando de evitar, pero. . . presta atención a donde estamos yendo".

Justamente en ese momento Arnaldo experimentó un choque o sacudida. No podía explicar exactamente el tipo de sensación, pero si lo hubiera pensado lo hubiera comparado con un avión de retropropulsión atravesando la barrera del sonido. Fue indiscutiblemente una sensación "peculiar", como si ingresara en otra dimensión, y eso era lo que precisamente estaba haciendo.

Después de esta repentina sacudida todo pareció estar en llamas en derredor y admiró colores centellantes, fulgurantes, de tonos que jamás había visto antes; cuando vio a las dos entidades que estaban con él, exclamó: " ¡Oh, ustedes son humanos como yo! ".

Los otros rieron, explicando: "Por supuesto que somos humanos del mismo modo que tú. ¿Qué otra cosa íbamos a ser? El gran Plan del Universo exige que la gente adopte cierta forma, por ejemplo, nosotros somos humanos —no importa si infrahumanos, humanos comunes o superhumanos—, y tenemos el mismo número de cabezas, brazos y piernas, el mismo método básico de hablar, etcétera. Hallarás que en este Universo particular cada cosa está construida en forma de molécula de carbono por lo cual no importa donde estás ubicado; humanos o humanoides son básicamente lo mismo como tú o nosotros. De la misma manera, el mundo animal básicamente es lo mismo, un caballo tiene una cabeza y cuatro miembros —al igual que nosotros— y, si miras un gato, nuevamente es lo mismo: una cabeza, cuatro miembros y una cola. Hace años los humanos tenían colas. Afortunadamente, se han arreglado sin ellas. Así que recuerda: a cualquier parte que vayas en este Universo, no importa en qué plano, todos tienen básicamente la misma forma que llamamos forma humana".

" ¡Dios mío! Yo los vi a ustedes como una bola de luz —dijo Arnaldo en confusión— y ahora los veo como super, super formas humanas, aunque todavía tienen una cantidad de luz que los rodea".

Los otros, riendo replicaron: "Pronto la usarás tú. Has venido a este plano para pasar un prolongado lapso; hay mucho por hacer y mucho por proyectar". Se retiraron durante cierto tiempo. Arnaldo empezaba a ver cosas que jamás había visto. Los otros lo estaban observando y uno dijo: "Espero que tu vista se acostumbre a ver cosas aquí; tú estás ahora en la quinta dimensión, lejos del mundo o del plano de las cosas materiales. Aquí no necesitas soñar con comida o bebida o elementos de tal naturaleza. Aquí existes como espíritu puro".

"Pero, si somos puro espíritu —reflexionó Arnaldo— ¿cómo es que los veo con forma humana? ".

"No tiene importancia lo que somos, Arnaldo, nosotros tenemos todavía que tener una forma. Si fuéramos bolas de llamas tendríamos una forma, y ahora, aquí estás enfocando tu vista quintidimensional y así nos ves como somos. También puedes observar plantas, flores edificios que te rodean; para la gente del plano desde el cual acabamos de llegar no habría nada, ni podrían venir aquí porque si llegaran serían quemados por las radiaciones tan intensas que aquí hay".

Se desviaron hacia una hermosa campiña que encantó a Arnaldo. Pensó qué difícil sería, si alguna vez retornara a la tierra, poder describir las condiciones en que estaba viviendo. Ni en la tierra ni en el planos cuatridimensional había palabras para describir esta quinta dimensión.

"¿Qué está haciendo aquella gente? ", preguntó Arnaldo, señalando a un grupo que se hallaba dentro de un agradable jardín. Sentados en círculo parecía —aunque la idea era totalmente absurda— que realizaban cosas mediante el pensamiento. Uno de sus compañeros se dió vuelta tranquilamente diciendo: "¿Ellos? . Están preparando cosas que serán enviadas más tarde afuera, como inspiración para cierta gente en la tierra. Como verás, hay

muchas cosas que se originan aquí y que ponemos en las mentes torpes de los humanos para tratar de elevar su nivel espiritual. Por desgracia, la gente de la tierra quiere utilizar todo para la destrucción, para la guerra o con fines de lucro".

Seguían a toda velocidad ascendiendo en el aire. No había caminos, lo cual asombró a Arnaldo, deduciendo que todo el tránsito allí se hacía por el aire.

Llegaron a otro espacio verde con una cantidad de gente en el parque que parecía estar caminando y lo hacía por senderos que lo atravesaban. "De este modo pueden pasear más fácilmente, Arnaldo —dijo uno de sus guías—. Acostumbramos a caminar por placer y como un medio de llegar a ciertos lugares lentamente, por lo cual tenemos senderos donde podemos practicar una caminata agradable al lado de un río o de un lago o en un parque Normalmente nos desplazamos por suspensión controlada como lo estamos haciendo ahora".

"¿Quiénes son todas aquellas personas? —preguntó Arnaldo—. Tengo un sentimiento de inquietud porque. bueno, creo reconocer a algunas de ellas. Es absurdo, por supuesto, totalmente descabellado. Es imposible que conozca a cualquiera de ellas o que ellas me conozcan a mí, pero tengo la misteriosa impresión de que las he visto antes. ¿Quiénes son? ".

Los dos guías las miraron contestanto: " ¡ELLOS Bueno, ése que está conversando con ese otro hombre grande fue conocido en la tierra como Leonardo da Vinci y su interlocutor como Winston Churchill. Allá —dijo señalando otro grupo—, hallarás a Hipócrates quien, en la tierra, en días ya muy lejanos, fue conocido como el padre de la medicina. Sufrió mucho para llegar hasta aquí porque se sostenía que en vez de ser el padre de la medicina había demorado su progreso durante muchísimos años".

"¿Cómo es eso? ", preguntó Arnaldo mirando hacia el grupo.

"Verás. Se decía que lo sabía todo sobre medicina y el cuerpo humano y, por consiguiente, se consideraba un

crimen enfrentar a semejante personalidad tratando de investigar más, y así se decretó una ley declarando crimen castigado con la muerte la disección de un cadáver o la investigación anatómica porque haciéndolo se insultaba a Hipócrates. Y esto demoró el progreso de la medicina durante cientos y cientos de años".

"¿Suben todos hasta aquí? —preguntó Arnaldo—. No hay mucha gente, si ése fuera el caso".

"Oh, no, no, no, por supuesto, no todos llegan hasta aquí. Recuerda el viejo adagio de que son muchos los elegidos pero pocos los que tienen éxito. Muchos quedan en el camino. Asciende un pequeño número de personas de mentalidad o espiritualidad avanzada y están aquí con un propósito especial; impulsar el progreso de la humanidad en la tierra".

Arnaldo tenía un aspecto sombrío. Experimentaba un sentimiento de culpa terriblemente incómodo. Dijo humildemente: "Creo que se ha cometido un error. Yo soy sólo un pobre monje; jamás aspiré a nada más, y si ustedes dicen que aquí se alberga gente de mentalidad o espiritualidad superior, entonces yo debo de estar aquí por una falsa apariencia".

Los dos guías le sonrieron diciendo: "Los individuos de buena espiritualidad por lo general se subestiman. Tú has aprobado las pruebas necesarias y tu psiquis ha sido examinada muy detalladamente; por eso estás aquí".

Se desplazaron a gran velocidad dejando tras sí agradables espacios verdes, subiendo a lo que en otro plano Arnaldo hubiera llamado un país alto. Encontró que sin el progreso de su visión espiritual y su discernimiento quintidimensional hubiera sido imposible para él explicar a nadie lo que estaba sucediendo. Antes de que llegaran a depositarse en una ciudad muy especial tenía que hacer una pregunta más: "Díganme, ¿alguna persona del plano terrestre viene alguna vez aquí y luego retorna a ese plano? ", preguntó.

"Sí. Bajo circunstancias muy especiales, gente también muy especial ha sido elegida para bajar allí al primer lugar, sube durante un tiempo para ser, digamos así,

instruida sobre cómo están las cosas en ese momento y recibir nueva información con referencia a lo que deben decir a la gente de la tierra".

Descendieron los tres juntos cqmo si estuvieran atados con lazos invisibles, y Arnaldo ingresó en una nueva fase de existencia; está más allá de la comprensión de los humanos entender o creer en ella.

EL SUEÑO DEL VIEJO AUTOR

El viejo autor soñaba un sueño y ésta es la manera cómo soñaba ese sueño. Estaba sentado, sostenido en su antigua cama de hospital con la pequeña máquina de escribir sobre las rodillas. ¿Conocen esa máquina de escri bir? Color amarillo canario, regalada por su viejo amigo Hy Mendelson, una pequeña y liviana cosa linda con un alegre repiqueteo cuando se la usa correctamente.

Miss Cleopatra, reclinada perezosamente a su lado soñaba con cualquiera de las cosas que las gatas siamesas sueñan cuando están satisfechas, calientes y cómodas Miss Cleo, no demasiado política, roncaba como un viejo trombón, si es que los trombones roncan. Pero el golpeteo de la máquina, inexpertamente manejada, era tedioso y monótono. El zumbido del tránsito que llegaba desde fuera parecía un enjambre de abejas libando en un campo de flores en verano.

El viejo autor tenía un terrible dolor de espalda. Lo sentía como un leño roto que le presionaba la carne y le pinchaba los nervios. No podía moverse porque era parapléjico, es decir, impedido de usar ambas piernas. Y, de alguna manera, moverse implicaría que Miss Cleopatra perturbara su hermoso sueño, y que una linda y pequeña gata como Miss Cleo tuviera siempre sueños agradables y NO debía ser molestada. Poco a poco el dolor iba cediendo y el teclear de la máquina se espaciaba hasta que al final, con un dejo de acritud en el tono, el viejo autor dijo: "Sal de mi camino, máquina, estoy cansado de

verte". Y así, la deslizó sobre una mesa al lado de la cama. Arrimándose lo mejor que pudo cerró los ojos y, según informes posteriores de dos personas interesadas, comenzó a roncar con un ronquido áspero, cascado e irritante —así se dijo—; de cualquier manera, roncaba y si roncaba debió de haber estado dormido.

Muchos eran los cuadros que se formaban ante sus ojos en su sueño. Soñaba que flotaba sobre las calles y que sabía que era en su forma astral, pero pensó: " ¡Dios mío, espero tener puesto mi pijama! ", porque muchos cuando viajan al astral olvidan que, de acuerdo con las costumbres civilizadas convencionales, pequeñas piezas de ropa deben cubrir por lo menos ciertas áreas de la anatomía.

El viejo autor seguía flotando, pero de pronto quedó inmóvil como si se hubiera congelado. Un coche de dos asientos se acercaba, y el viejo dicho "cuidar el pellejo" podría haber sido aplicable en este caso. Era un coche abierto; una de esas máquinas veloces inglesas como un Austin-Healy, o un Triumph, o algo parecido que venía dando tumbos por el camino y su conductora, una joven mujer, no prestaba la más mínima atención a lo que hacía. Su largo cabello flotaba en el aire detrás de ella y, con mucha frecuencia, lo apartaba de su frente para que no le oscureciera la visión. Fue en uno de esos momentos en que levantaba la mano derecha para retirar el pelo que, en cierto modo, la cegaba, cuando un coche —un pesado coche viejo— que avanzaba desde una intersección se detuvo en seco ante ella.

Se produjo un terrible estrépito y el ruido de choque de metales. Todo semejaba el aplastamiento de una caja de fósforos estrujada entre las manos. El vetusto coche fue arrastrado algunos metros a lo largo del camino. Un hombre, despedido violentamente desde el asiento de conductor, fue impulsado hacia adelante y cayó sobre el camino, malamente herido. A consecuencia del susto, su cara presentaba un pálido color pulga, o sea, el color que da el mareo cuando se viaja por mar, por aire o, como en este caso, por automóvil.

Los espectadores, con los ojos fijos y boquiabiertos, aparecieron por todos lados. Cabezas se asomaron espiando por las ventanas y chiquilines que salían velozmente de todos los rincones llegaron gritando a sus pares para que fueran a ver ese "accidente fenomenal".

Un hombre se apresuró a llamar a la policía y pronto se produjeron los sonidos que indicaban que ella y una ambulancia llegaban para recoger los restos ¡y había restos! En primer término, el coche policial dio una patinada hasta detenerse y en esa carrera tan pareja la ambulancia hizo lo propio y también se detuvo. Dos policías saltaron del vehículo y dos hombres saltaron de la ambulancia. Los cuatro convergieron hacia los coches accidentados.

Se produjeron empellones, gritos y alaridos. Uno de los policías volvió a su coche y tomó el micrófono solicitando imperiosamente un remolque. Gritaba tanto que casi resultaba innecesario emplear una radio; posiblemente todos en la ciudad podían oírlo.

Pronto, desde el final de la calle, apareció el relámpago de una luz ámbar y un remolque se acercó estrepitosamente por una mano equivocada en una calle de una sola dirección. Pero todo estuvo bien, esas cosas se hacen en momentos de crisis. El remolque realizó un correcto viraje por el camino y alcanzó la parte trasera del coche accidentado. Con rapidez, el pequeño auto —Austin-Healy, Triumph, o lo que fuera— fue remolcado unos pocos metros. Cuando se detuvo, el cuerpo de la joven cayó al suelo. Todavía temblaba levemente con las últimas manifestaciones de la vida que estaba perdiendo.

El viejo autor flotaba por arriba haciendo un sonido astral que podía ser interpretado como "¡tsk! ¡tsk! ". Miró nuevamente porque por encima del casi totalmente muerto cuerpo de la joven se estaba formando una nube. El cordón de plata conectado con el cuerpo astral y el cuerpo físico se adelagazaba y separaba, y el viejo autor pudo ver que era la réplica exacta del cuerpo de la mujer. Iba a moverse detrás de ella gritando: "¡Señorita, señorita, olvida sus calzones! ", pero recordó que las

jóvenes actualmente no los usan porque los han remplazado por prendas mucho más breves, y reflexionó que tampoco podía, después de todo, correr tras una jovencita para decirle que había perdido sus prendas íntimas. Recordó que era parapléjico, aunque con la excitación había olvidado que no lo era en el plano astral. De este modo la mujer se elevó a reinos superiores.

Abajo, en el lugar del accidente, los hombres estaban empujando, paleando y restregando lo que podía haber sido un par de botellas de salsa de tomate o jalea de frambuesas. Un camión del cuerpo de bomberos llegó al lugar y, conectando sus aparatos y mangueras, lavó la calle, limpiándola de sangre, coágulos y petróleo —gasolina, en el continente americano.

Los comentarios, el cotorrero y las conversaciones seguían y seguían, y el viejo autor se cansó de mirar. Coches recolectores de latas llegaban para cumplir con su cometido. No, él miró hacia arriba, en el preciso momento en que podía verse la parte posterior de la muchacha oscurecida por una nube. El viejo autor siguió el camino.

Era una buena manera, pensó, de pasar un rato en una tarde de verano. Como tenía mucha experiencia acerca del viaje astral, se fue elevando con mucha velocidad hasta que aventajó a la joven y llegó "allí" antes que ella.

Estaba muerta para la vida carnal, pero viva en el "otro lado", y siempre resultaba interesante para el viejo autor observar a los recién llegados cuando se aproximan a las metafóricas puertas del cielo. Así entró en el reino de lo que algunas personas llaman el "otro lado" y otras, purgatorio pero que, en realidad, era simplemente lo que podría considerarse una estación de recepción. Permaneció a un costado del camino y, de improviso, la joven apareció unos pocos metros en el aire y luego descendió a nivel del piso.

Un hombre asomó por algún lado averiguando: "¿Recién llegada? ". La joven lo miró desdeñosamente y dio vuelta la cabeza. Entonces el hombre volvió a interrogarla: " ¡Eh! señorita, ¿qué pasó con sus ropas? ". La

muchacha se echó un vistazo y se sintió horrorizada, volviéndose de un encantador tono rosado. Era un hermoso rubor que se extendió por todas sus formas, por atrás y por delante, arriba, abajo y a los costados. Miró al hombre y luego al viejo autor —¡también un hombre! — y echó a correr hundiendo los pies en el suave camino.

En su huida llegó hasta una bifurcación del sendero. Se detuvo por un momento y se dijo: "No, no tomaré la derecha porque es el lado de los conservadores; mejor me decido por la izquierda, podría llegar hasta algunos buenos socialistas". Y así se internó velozmente por el camino de la izquierda. Ella ignoraba que ambos caminos conducían al mismo lugar, al igual que la antigua canción de las montañas escocesas donde: "Tú tomas el camino alto y yo tomaré el bajo, y estaré en Escocia antes que tú". Así, los dos caminos representaban sólo un experimento, de modo que el ángel encargado del registro —a él le gustaba ser llamado así— tuviera idea del tipo de persona que iba a conocer.

La joven retardó el movimiento hasta adoptar el trote y, posteriormente, el simple paso. El viejo autor, experto en los caminos del astral, mientras flotaba detrás de ella, iba gozando de todo el escenario que tenía a la vista. La muchacha se detuvo. Frente a ella se presentaban unas puertas tenuemente iluminadas, o le pareció a ella que eran puertas porque ya venía dispuesta a creer en el cielo, en el infierno, etcétera. Se detuvo y un hermoso y viejo ángel salió y, abriendo las puertas, dijo: "¿Desea entrar, señorita? ". Ella lo miró y refunfuñó: "No me llame 'señorita', buen hombre, yo soy 'Eso' y no lo olvide". El ángel sonrió y dijo: "Oh, de modo que usted es una de ESAS, ¿eh? Yo creí que era una señorita; y como ha perdido la ropa. . .". La joven volvió a mirarse, ruborizándose nuevamente, y el viejo ángel ahogó una risita en su larga barba, diciendo: "Y ahora no se ponga nerviosa por mí, damita, o debería ser dama/caballero, porque ya los conozco a todos, de todas maneras, por detrás, por delante, etcétera. Entre, el ángel encargado

del registro la está esperando". Abrió un poco más las puertas y ella entró. Las puertas se cerraron con ruido, un ruido innecesario, según pensó el viejo autor a medida que flotaba por encima de ellas. Pero el viejo ángel —ella sabía que era un ángel porque usaba una hermosa bata de baño y sus alas se proyectaban desde los hombros y se movían levemente cuando caminaba— la condujo a lo largo de un pequeño camino y abrió una puerta diciendo: "Entre, al final del corredor encontrará al ángel encargado del registro sentado en el vestíbulo. Haría bien en ser agradable con él, ahora; no sea demasiado altanera ni demasiado 'eso' o la torturará con "¿Dónde murió? ¿Dónde murió su madre? Y ¿dónde está su padre ahora, en el cielo o en el infierno? "

La joven aspiraba ruidosamente por la nariz. Todo esto la tenía con miedo y cohibida. La gente que pasaba la miraba y de alguna manera el polen de las flores de los jardines celestiales hería su pituitaria. De pronto soltó un terrible estornudo que casi hace volar el nimbo del ángel encargado del registro. " ¡Oh, perdón! —dijo avergonzada—. Siempre estornudo así cuando huelo olores extraños".

El ángel del portal de la muerte, con una risita ronca dijo: "Oh, sí, él, usted sabe —sacudiendo el pulgar ante el ángel encargado del registro— huele un poco. Tenemos muchas personas que estornudan cuando lo huelen".

El ángel encargado del registro revisó algunos papeles y murmuró: "Oh, sí. Fecha del fallecimiento, fecha de esto, fecha de aquello. Bueno, no queremos eso. Yo he hecho las preguntas, pero si la joven debe darme la información tendría que pasar el resto del día llenando formularios. Es este expediente, usted sabe. . . —y repentinamente, mirando otra vez la cara de la joven dijo— Dígame, ¿no ha traído colillas de cigarrillos? Me vendría bien una pitada y es muy extraño, pero cuando la gente llega aquí lo primero que hace siempre es arrojar fuera las colillas de sus cigarrillos. Están mejor en los cuarteles del infierno porque muchos fuman allí, a todas luces, ante las comarcas más inferiores, y lo que él dice es definitivo".

Se dio vuelta y casi choca con el viejo autor, quien dijo: " ¡Eh, Pop! ¿De modo que ha llegado otra, no? Vamos juntos y divirtámonos".

El guardián de las puertas del cielo contestó: "Sí, el trabajo ha sido un poco aburrido esta mañana. Ha llegado mucha gente correcta y me cansé de dejarla pasar. Iremos y nos divertiremos un poco. Los otros pueden esperar".

Así, el ángel del portal de la muerte y el viejo autor caminaron codo a codo por el corredor, y en el amplio salón del final tomaron asiento juntos en sillas astrales a medida que observaban a la muchacha que, sacudiéndose nerviosamente, caminaba hacia el ángel encargado del registro.

Este era un hombre bajo, rechoncho y sus alas no se le adaptaban bien debido a que se agitaba mucho cuando él hablaba, asemejándolo a una vieja que cuando habla mueve sus dientes hasta casi dejarlos caer. Bueno, el ángel del registro era sí; cada vez que se movía, sus alas golpeaban y para hacerlo peor, las partes superiores estaban tan cerca de su halo que casi lo lastimaban. Con bastante sorpresa la muchacha vio que el halo estaba en realidad sostenido por tiras de cinta adhesiva. Sorbió nasalmente con fuerza. Todas estas cosas son muy extrañas, pensó, pero en ese momento el ángel encargado del registro la miró a la cara —la había estado mirando antes— y preguntó: "¿Fecha de fallecimiento? ¿Dónde están las colillas? ".

La mujer sacudió la cabeza presa del mayor asombro, indicando que ella no había traído cigarrillos ni nada parecido que pudiera fumarse. Entonces el ángel refunfuñando volvió a preguntar: "¿Dónde falleció usted? ¿Tuvo un buen empresario de pompas fúnebres? ". Buscó entre sus papeles y sacó una tarjeta en la cual leyó: "I. Digsem, Buryemall Ilimitada. Especialidad en servicios fúnebres. Cremaciones a conveniencia". "Allí —dijo— allí es donde usted debe de haber sido equipada. tenemos una cantidad de clientes de esa casa y siempre sabemos lo bien que han sido tratados porque observamos sus

cicatrices. Nos gusta ver por dónde han extraído la sangre —y señalando la zona inguinal continuó—; una cantidad de jóvenes elige ese lugar para poner sus agujas y extraer la sangre. Pero algunos de nosotros preferimos que haya sido drenada del cuello, lo que evita la respiración y el desparramo de saliva". Pensó un momento y luego dijo: "Pero supongo que eso no tiene importancia cuando ya están muertos ¿verdad? No lo había pensado antes".

La joven continuaba de pie; finalmente echó un vistazo a los papeles y dejó escapar una exclamación de rabia: " ¡Mire! En ese formulario usted me ha fichado como 'señorita' y yo no soy señorita, soy 'eso'. Le exijo que corrija ahora mismo. No toleraré esta discriminación". Se encolerizaba cada vez más hasta volverse toda roja. Fácil era observar el cambio de color porque estaba desprovista de ropas de modo que se volvió roja totalmente, mientras golpeaba el piso con los pies. El ángel encargado del registro hizo algo para tranquilizarla diciendo: "Bueno. . . bueno. . ., cálmese ahora, cálmese. Usted sabe dónde estamos ¿verdad? —frunció los labios produciendo un sonido como de mofa—. Bueno, señorita, nosotros no admitimos 'eso' aquí. Usted ya ha decidido a dónde va a ir porque a las mujeres Lib (liberadas) o a cualquier persona que pertenezca a los medios informativos le está vedada la experiencia celestial. En cambio, vaya a las regiones del infierno. Eso es para usted, muchacha, levante los pies y múevase hacia allá. Haría mejor en bajar. Yo hablaré por teléfono con Satanás para decirle que ya está descendiendo. No olvide hacerle presente mis mejores recuerdos porque nos hemos propuesto ver cuál de los dos recibe más pacientes. El gana ahora honradamente ¡porque usted es una de esas liberadas! ". Se volvió y alcanzó el cesto de los papeles, y haciendo un bollo con el formulario de la joven lo echó dentro y se puso a ordenar esmeradamente su escritorio poniendo sobre él un nuevo bloque de papeles.

La muchacha miró en torno de sí desorientada y luego, volviéndose hacia el viejo autor, dijo: "¿No son

aquí demasiado inhospitalarios? ¡Qué gran discriminación! Cuando encuentre a la autoridad máxima no le quepa la menor duda de que voy a quejarme. Pero ¿cómo hago para ir al infierno desde aquí? ".

El viejo autor la miró y pensó qué lastima era que tuviera que ir al infierno donde seguramente la asarían con su mal carácter y su actitud engreída y petulante. Pero contestó simplemente: "Es indistinto cualquier camino que usted elija; todos ellos conducen al infierno, usted lo sabe, excepto uno: el que acaba de perder. De modo que empiece a bajar por ese sendero y hallará que va barranca abajo velozmente".

La joven resopló y dijo: " ¡Sea! ¿No va a abrirme la puerta? Usted dice que es un caballero".

El viejo autor y el guardián del portal de la muerte la miraron atónitos y el último contestó: "Pero usted es una de esas mujeres que si le abrimos la puerta para que salga dirá que la estamos denigrando y que le permitimos el ejercicio de sus derechos, uno de los cuales es que pueda abrir las puertas malditas usted misma". El guardián se volvió con un rezongo y se alejó apurado para vigilar las puertas porque alguien estaba tratando de meterse y hacía sonar los barrotes.

"Venga conmigo, usted —dijo el viejo autor—, yo le mostraré el camino. Tengo muy pocos amigos allí abajo y, por supuesto, un gran número de enemigos. Pero, tenga cuidado cuando llegue porque alrededor del cincuenta por ciento de la población son ex vinculados a los medios de información y no son muy populares. Venga, vamos".

Juntos emprendieron el camino hacia abajo; el sendero parecía interminable para la joven que de improviso se volvió hacia el viejo autor diciendo: "¿Pero no tienen un sistema de tránsito rápido aquí? ".

"No, no —contestó el viejo autor— usted no necesita aquí un sistema de tránsito veloz porque cada uno va al infierno tan rápidamente como pueda. Mire sólo a la gente de la tierra ahora". Tocándola ligeramente con el codo le indicó ver sobre el borde del camino y entonces,

para su asombro, la joven halló que estaba observando a las personas en la tierra. El viejo autor continuó: "Mire a ese hombre allí, sentado detrás de ese gran escritorio. Estoy seguro de que es un editor de escritores o algo por el estilo; o posiblemente... —se detuvo un momento y jugueteó con su barba antes de continuar— sí, sí, ya sé exactamente lo que es: un agente literario. Cuando usted llegue a las regiones bajas debería cargar una pala bien llena de brasas y echársela encima. Esto le servirá de inspiración".

Doblaron una curva del camino y entonces vieron ante ellos las puertas del infierno con un brillo rojo sangre, echando chispas en la oscuridad. A medida que recorrían el sendero descendente hacia las puertas, la joven vio a un diablo realmente furioso tomar su tridente y un par de guantes de asbesto. Con gesto rápido se calzó los guantes y alcanzó la manija de las puertas echándolas hacia atrás, despidiendo humo y enviando una lluvia de chispas. "Pase, encanto —dijo a la mujer—, la estábamos esperando; llega a tiempo a nuestra fiesta. Nosotros sabemos cómo tratar a jóvenes desviadas que se han 'liberado' como usted, pronto le enseñaremos que usted es una mujer y no lo contrario. Le enseñaremos que usted es un perfecto símbolo del sexo". Se volvió y empujó a la muchacha frente a él y con mucha suavidad le aplicó las púas de su tridente en las nalgas. Ella dio un salto en el aire y un chillido agudo, mientras sus pies saltaban y corrían antes de tocar nuevamente el suelo. El diablo que cuidaba la puerta se volvió hacia el viejo autor y dijo: "No, no, viejo amigo, usted no puede venir aquí; a usted le queda todavía su tiempo infernal en el mundo. Ahora chamuscaremos a algunos de sus perseguidores y detractores. Usted vuélvase y agite un poco más el avispero, nosotros necesitamos más víctimas aquí para palear carbón y sacar la lava. ¡Largo de aquí, váyase! ".

De este modo desapareció la joven del sueño del viejo autor. Y también de nuestras páginas y sólo podemos suponer, quizá ligera o intencionadamente, el destino de tal joven con todas sus líneas anatómicas colocadas en

sus lugares exactos condenada a tal infernal atmósfera, aunque ella misma habrá admitido que no era lo suficientemente buena como para gozar de la atmósfera celestial.

Así, el viejo autor empezó a recorrer nuevamente el sendero, manteniendo los ojos y los oídos abiertos para percibir las escenas y los sonidos que producía esa gran cantidad de vida que correspondía a la parte infernal del otro lado. Cuando se puso a observar pudo ver detrás de sí al infierno. Grandes lenguas de llama eran arrojadas al firmamento, así como algo que parecía bolas de fuego, con todas las características de una exhibición de fuegos artificiales. Después se produjeron lluvias y lluvias de chispas brillantes que se elevaban describiendo una parábola para caer nuevamente. Con bastante frecuencia se oían gritos, chillidos y alaridos, y toda el área presentaba un tinte rojizo que la tornaba sumamente desagradable. El viejo autor se alejó y, al hacerlo, le llegó el ruido de la puerta al rojo vivo que se abría, y gritos de : " ¡Autor, autor! ". Una horda infernal —lástima que no fuera celestial— se volcaba atravesando la puerta abierta y subía velozmente la cuesta dando alaridos de: " ¡Autor, autor! ".

El anciano emitió un suspiro como para reventar las costuras de sus pantalones —si los tenía puestos— y se volvió. Con relación a este punto así tendría que ser por respeto a las lectoras aclarando que, aunque no tenía pantalones puestos, lucía una bata apropiada, de modo que las damas pueden continuar leyendo.

Hubo un montón de llamadas por señas, gesticulaciones, gritos y demás, de manera que el autor bajó nuevamente la cuesta y se sentó en un banco del cual tuvo que levantarse apresuradamente a causa del calor. En la puerta apareció un hombre muy grande con un par de cuernos muy bien lustrados y una cola con una saeta en el extremo y un atractivo arco azul sobre ella. Supongo que el azul sería para hacer contraste con el rojo que prevalecía en el ambiente. Se acercó y, saludando al autor, le dijo: "Yo podría trabajar bien con usted aquí,

en el infierno. Estoy seguro de poder ofrecerle un buen trabajo. ¿Qué me dice? ".

El viejo autor lo miró, replicando: "No conozco eso, seguramente esto es una cueva que sirve de vaciadero".

El señor Satanás lo miró aún más satánicamente y se escarbó los dientes con una astilla de algún viejo ataúd que había acertado a pasar en su camino. A medida que hurgaba sus dientes la astilla se carbonizaba y despedía pequeñas chispas como hace toda madera podrida. Algunas de las chispas cayeron en dirección en donde se hallaba el autor, quien con toda presteza se apartó de ellas.

Satanás insistió: "Usted escribe una enormidad, viejo hombre, y eso es lo que yo quiero. En realidad, podría trabajar muy bien con usted y usted sabe que tengo mucho para ofrecerle. ¿Qué es lo que quiere? ¿Señoras o muñecas, o como ustedes las llamen? ¿Párvulos? No, por favor, no vomite aquí, ello provocaría un hedor insoportable con la prensa si lo hace. ¿Qué otra cosa quiere usted? ".

El viejo autor sentía náuseas ante la idea de los párvulos que le estaban ofreciendo; luego pensó en las señoras o muñecas, prostitutas o lo que fuere, y tampoco le parecieron muy atractivas. Después de todo, todos saben los líos que hacen las mujeres. . .

"Le diré qué —dijo el diablo con un brillo en los ojos—; ya sé lo que a usted le gustaría. ¿Qué me dice de un racimo de mujeres de la Liberación Femenina y así podría enseñarles que la liberación de las mujeres ciertamente es una cosa estúpida? Sí, puedo darle cualquier número de mujeres liberadas, algunas de ellas horribles, también. Diga usted sólo una palabra y tendrá tantas como quiera".

El viejo autor enojado contestó: "No, no quiero mujeres liberadas. Mándelas tan lejos como pueda, manténgalas fuera de mi camino".

El diablo rio estrepitosamente y sus ojos mostraron un brillo realmente diabólico cuando gritó: " ¡Ya sé, ya sé! ¿Qué le parece unos cuantos de los que pertenecen a los

medios de comunicación? Usted podría tener un cajón de letras de imprenta inservibles con ellos, hacerles escribir algunas palabras fuertes y luego hacérselas comer. Sí, eso sería lo indicado para usted. Diviértase con la gente de prensa; ellos ya han tenido su diversión con usted. ¿Qué me dice de esto, viejo hombre, eh? ".

El viejo autor sacudió su cabeza una vez más. "No, no. No quiero saber nada con esos infrahumanos, considero a la gente comprometida con los medios de comunicación como definitivamente perversa, y ellos han de ser los personeros de usted, o llámelos como quiera. No permita que se me acerquen, no me gustan. Me gustaría prender un enorme fósforo bajo su olla hirviendo o sea lo que fuere que hace usted con ellos".

El diablo tomó asiento en un lugar fresco y salió un vapor alarmante de sus asentaderas. Cruzó una pierna sobre la otra y su cola restalló como un látigo con la misma intensidad que su pensamiento. De pronto saltó sobre sus pies con un grito de triunfo: " ¡Ya sé, ya sé! —vociferó—. ¿Qué le parece un hermoso yate o, ya que usted ha estado siempre interesado en los botes de remo, un estupendo bote de remo todo suyo? ". Usted podría tener una infernal tripulación mixta y un montón de tiempo para pasear por los lagos cálidos, etcétera. Puede tener al Mar Rojo como lugar de recreo. Está rojo con sangre humana. usted lo sabe, le gustará. La sangre caliente tiene un sabor realmente bueno".

El viejo autor lo miró desdeñosamente y dijo: "Diablo, usted no parece saber mucho. ¿No se da cuenta de que si yo tuviera un bote de remo estaría en el agua caliente porque el Mar Rojo de sangre humana ahora justamente está en ebullición? ¿No es eso agua hirviendo? ".

El diablo rio y dijo: "Usted está haciendo montañas de puñados de tierra o puñados de tierra de montañas. De cualquier manera, ¿de qué se queja? Por supuesto que aquí, abajo, su queja sería bien cocinada. Pero, ¿cuál ES su queja? Usted ha estado en agua hirviendo toda su vida, ¿o no? ¡Debería pensar que ya se habría acostumbrado a eso! ".

El viejo autor jugaba con los pies en la arena caliente dibujando cosas; el diablo miró las formas y chilló de dolor porque había divisado diversos símbolos religiosos tales como la Rueda Tibetana de la Vida, entre otros. Chilló de dolor y saltó hacia arriba y hacia abajo y, por accidente, metió una de sus pezuñas en el símbolo y fue despedido en el aire como zumbido, desapareciendo tras las puertas candentes al rojo. Cuando se lo vio por última vez, volaba en dirección del Mar Rojo de sangre humana.

El viejo autor quedó tan atónito que se sentó nuevamente sobre el banco, levantándose con toda rapidez, mayor aún que la que había empleado el diablo para desaparecer, porque ese asiento estaba caliente, más caliente ahora que el diablo se había sentado sobre él. Sacudió su bata chamuscada y decidió que ya era tiempo de alejarse de allí. El infierno no era lugar para él. Así, nuevamente se puso en marcha ascendiendo la cuesta para salir del hoyo. Esta vez echó una mirada, más seguro.

En la parte superior de la cuesta halló a un guardián que lo saludó afablemente diciendo: "¡Vaya! No he visto a muchos salir por aquí; por lo general, entran. Usted debe de haber sido demasiado bueno para que le permitieran irse". Entonces miró al viejo autor y dijo: "¡Oh, sí, hombre! Yo lo conozco. Seguro que usted es algún gato. Usted escribe sobre ellos en los libros de Rampa, ¿verdad? Bueno, usted no es amigo de nosotros, usted ha evitado que muchas almas malas nos llegaran. Vaya por su camino, hombre, no queremos ningún negocio con usted, ¡lárguese! ". Y luego, antes de que el viejo autor se alejara, lo llamó diciendo: "Espere un minuto, tengo algo para mostrarle". Y le señaló un extraño artefacto que se levantaba a su lado mientras explicaba: "Ahora, mire por esto y tendrá una buena vista del infierno. Es interesante. Verá todo tipo de cercado para prisioneros. Tenemos editores en uno, agentes de publicaciones en otro, gente de prensa en otro, y allí a la izquierda, mujeres liberadas. En la puerta continua a ellas, un cercado especial para los viejos etonianos, y

usted sabe, ellos no fraternizan. Pero, véalo por usted mismo".

El viejo autor se aproximó cautelosamente para cambiar luego de parecer precipitadamente a causa del calor que emanaban los aparatos. Sin decir palabra se dio vuelta y empezó a ascender la cuesta.

En lo alto vio nuevamente las puertas del cielo. El guardián acababa de moverse para cerrarlas y echarles el candado para la noche. Lo saludó con un: " ¡Hola! ¿Le gustó el infierno? ".

El viejo autor respondió el saludo y contestó con un grito: "No, hay un ambiente infernal allí".

El guardián de las puertas del cielo volvió a hablarle: "Es peor aquí, en nuestra atmósfera celestial. Hemos tenido que poner los puntos sobre las íes. No debemos decir una mala palabra y, si lo hacemos, bajar al hoyo y pegar nuestra lengua a un plato caliente. Yo volvería y escribiría otro libro si fuera usted".

Y eso es lo que el viejo autor hizo.

Se desplazaba preguntándose qué más tendría que ver. ¿Quizá la Fuente de las Perlas o el Pavimento de Oro? Pero en el momento en que estaba pensando en eso oyó un fuerte "clang" en algún lado. Era un sonido como de cristalería que chocara entre sí. Sintió un repentino dolor y se enderezó de golpe ante la advertencia de una voz que le decía: "Vamos, vamos. Es la hora de su inyección". Y cuando miró vio una fea y grande aguja hipodérmica que descendía para pinchar su nalga. La voz prosiguió: "¿Escribiendo otra vez sobre la otra vida? ".

"No —contestó el viejo autor—; estoy escribiendo el final de este libro. Y éstas son las últimas palabras".

INDICE

Esta edición se terminó de imprimir
en La Prensa Médica Argentina
Junín 845 (1113) Buenos Aires, Argentina,
en el mes de Julio de 1997.

Molygruber, personaje de esta obra de Rampa, destila su historia, pero ésta no cesa con lo mortal, prosigue más allá donde los que no están buscan alcanzar inútilmente la vida. Por ello, recorre el Salón de las Memorias como un pasaje al juicio de Osiris para arribar al cielo del Amenti. No son los dioses egipcios quienes ahora lo acompañan; sin embargo, otros nombres y otros rostros psíquicos los representan. Ogwascher y el hermano Arnaldo presencian su muerte, ese lento desencarnar, la ruptura del cordón de plata que los une a su despojo. Hay un lugar fuera del tiempo donde prosigue la inevitable tragedia. Los muertos volverán a la tierra con otras representaciones, pero sus viajes astrales cada vez serán menores hasta morar con los bienaventurados. Estas tres historias, más la del diablo, enjuician las concepciones de la vida y de la muerte, revelando estos misterios que están más allá de la personalidad.

Lobsang
Rampa


ISBN 950-16-0517-5
9 789501 605174

